Erich Hackl

COMO SI UN ÁNGEL

PERIFÉRICA



COMO SI UN ÁNGEL

ERICH HACKL

TRADUCCIÓN DE RAQUEL GARCÍA BORSANI

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *Als ob ein Engel*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-14-6

1

Quisiera que la historia acabara como acaba aquel cuento: «Se abrió la puerta y entró la hija, con sus cabellos dorados y sus ojos rutilantes, y fue como si un ángel bajara del cielo. Se allegó hasta su padre y su madre, los abrazó y besó. Así fue, y todos lloraron de alegría».

No fue así. Gisela Tenenbaum no regresó, y lo que queda es un tejido de voces, por tramos apretado, por tramos agujereado y frágil. Tiene esa impronta de la verdad: así era ella, así vivíamos. Lo dicen sus padres, sus hermanas, sus amigos. Ellos, entre tanto, han envejecido, treinta años y más. Solo Gisi sigue tan joven como entonces, veintidós, y la mitad de su futuro es parte de nuestro pasado.

2

En 1977 el Viernes Santo cayó el 8 de abril. Fue el último día que, con toda certeza, Gisi vivió. Consta, en cualquier caso, que pasó la noche anterior en un apartamento pequeño y escasamente amoblado de la calle Italia en Godoy Cruz, un suburbio de Mendoza. La ciudad fue fundada en 1561 a ochocientos metros sobre el nivel del mar, arrasada tres siglos después por un terremoto y reconstruida luego con espléndidas avenidas bordeadas de plátanos y jacarandás, plazas y jardines floridos y un gran parque llamado, como muchos otros sitios de la zona, Libertador San Martín. El general y su ejército partieron de Mendoza en 1817 a liberar Chile y Perú del dominio colonial. Pese a ello, la ciudad no despierta asociaciones precisamente rebeldes. Los mendocinos tienen más bien fama de conservadores y reservados.

En el apartamento son tres: Gisela Tenenbaum, José Galamba, Ana María Moral. Son montoneros, dispersos y necesitados de ayuda; su cúpula se prepara para huir a Roma, no sin avizorar el inminente triunfo sobre la dictadura y exhortar a los compañeros que permanecen en el país a que no claudiquen, sino redoblen su entrega. Es posible que los tres intuyan la derrota, lo que ignoran es la dimensión de la catástrofe. Pero aunque supiesen cabalmente cuál es su situación no podrían dar marcha atrás, los militares vienen pisándoles los talones, solo les queda seguir, resistir, no fallarles a los compañeros. Además aún recuerdan la sensación de defender, fuertes y optimistas, una causa justa. Hace mucho que se conocen, juntos han pasado por trances de vida o muerte, se han dado ánimo y consuelo, no hay motivos para suponer que les agobie la convivencia en la estrecha vivienda (dos habitaciones con corredor, baño, una especie de lavadero). Ana María y José militan en la misma célula, Gisi pertenece a otra. Ella sale la mañana del 8 de abril de 1977 porque en el distrito de Las Heras, al norte de la ciudad, hay una reunión clandestina de su grupo y debe participar. Poco después, también los otros dos dejan el apartamento, ubicado en la planta baja. No bien salen del edificio advierten un comando paramilitar que se dispone a acordonar la calle: hombres vestidos de civil pero armados, en tres o cuatro vehículos, furgonetas, autos Ford Falcon. José y Ana María rozan sus manos como casualmente, luego echan a correr por la

vereda: Ana María hacia la izquierda, José hacia la derecha. Los hombres han sido tomados por sorpresa, un instante están indecisos, quién persigue o le cierra el paso a quién. Hasta que salen tras ellos pasan seis, ocho segundos. José oye un silbido de disparos, a su lado estalla el parabrisas trasero de un coche estacionado, él baja a toda velocidad por la primera transversal, aventaja a una anciana, un carrito, un vendedor de frutas que desaparece como el rayo en la entrada de un edificio. Cambia de acera oculto tras un camión, otra vez una esquina, enfrente una parada de colectivo, justo arranca uno. José sube de un salto y se deja caer, respirando con agitación, en el asiento detrás del conductor.

Logra escapar, está ileso, evita calles acordonadas, encuentra cobijo en alguna parte por unas horas, por una noche o dos. Después, con ayuda o sin ella, logra salir de la ciudad, se oculta en el monte. Dos meses más tarde hace llegar un mensaje a los padres de Gisi, pregunta si podrían ayudarlo. Willi y Helga lo recogen y llevan, en el baúl de su auto, a casa de ellos, donde en cualquier momento podría caer la policía. Días después le consiguen donde quedarse, una apartada fábrica de ladrillos, allí vive el hermano de un dirigente sindical llamado Daniel Romero. Al año siguiente los militares darán con su paradero y se lo llevarán junto con su empleador y el hermano de éste. Ninguno de ellos volverá a ser visto.

Ana María llega hasta la calle Joaquín V. González, en cuyo número 163 se alza la iglesia Nuestra Señora de Fátima. En su desesperación busca refugio allí, sube a toda carrera los escalones hacia la puerta, la salpica el hormigón que salta bajo una ráfaga de disparos, de pronto un golpe poderoso en su espalda, Ana María se tambalea y desploma más allá del umbral, ya dentro de la iglesia, donde el cura prepara la misa vespertina. En lugar de socorrer a la mujer herida que desde el piso de piedra le suplica que cierre la puerta, él sale y llama a los perseguidores con un gesto. Aguarda gran concurrencia de fieles este día, en el que murió Jesucristo y ha de morir Ana María, ya en el lugar de los hechos, ya durante su traslado, ya en una mazmorra, bajo el alias de Graciela Beatriz Luján, a causa de «anemia severa provocada por hemorragia aguda», según diagnóstico del médico militar Dr. Alcides Alberto Cichero, quien certifica que el deceso se produjo a las 20,30 horas.

Heidi, la hermana mayor de Gisi, ve por televisión entre las seis y las ocho de la noche el boletín informativo con los últimos éxitos de las fuerzas del orden: «Una mujer de presumiblemente veinticinco años de edad fue abatida por integrantes de los órganos de seguridad en un tiroteo que se produjo durante un allanamiento en el Departamento de Godoy Cruz. La vivienda habría servido como centro clandestino de operaciones de los sediciosos. En la misma se hallaron

armas e impresos subversivos». La cámara hace un paneo sobre muebles destruidos y ropa desparramada por el suelo, Heidi mira fijo la pantalla, escucha la voz machacona del locutor, se resiste a la certeza de que ese sea el apartamento donde se ocultaba Gisi. Da aviso a sus padres.

3

Helga Markstein nació en domingo. En las memorias que escribió hace un par de años para sus nietos menciona, antes que nada, las circunstancias que rodearon su nacimiento. El caluroso día de verano en Stadlau, a las afueras de Viena, en la urbanización de Neu-Strassäcker, sobre la orilla izquierda del Danubio; las primeras contracciones de su madre aquella mañana del 29 de junio de 1930, la alegría y al mismo tiempo la decepción entre los parientes invitados a almorzar, porque ese mediodía Fanny Markstein, en vez de servirles escalopes, ensalada de papas y, de postre, cerezas en almíbar, estaba en un hospital municipal por segunda vez de parto, dando a luz a una beba rubia y de ojos azules. Así la había pedido Heinz, el hermano de Helga, y para su llegada había dejado noche tras noche un terrón de azúcar en la ventana, cebo para la cigüeña que en aquel entonces todavía traía la bendición de los hijos. El bloque de viviendas de paredes encaladas, con cocina y sala de estar en la planta baja, el dormitorio de los padres y dos cuartos para los hijos bajo el tejado, al final de una escalera empinada; en el fondo una huerta con frutales, arbustos, canteros con legumbres, en la que Helga jugaba con Peter, su primo del alma; el padre, prudente y comprensivo, que entre semana salía de casa muy temprano para regresar recién al anochecer y ser recibido con gran alboroto por la pequeña hija.

Rudolf Markstein trabajaba en la sección contable de dos periódicos de izquierda liberal, *Die Stunde* y el *Neuer Wiener Tag*, y jamás ocultó sus ideas socialistas. El levantamiento obrero de febrero de 1934 lo sorprendió en la oficina, en el centro de Viena, y recién cuando amainaron los enfrentamientos, tras la derrota de sus compañeros, pudo irse a casa, donde habrían de detenerlo días después: un vecino envidioso había escondido un fusil bajo el compost de la familia Markstein con la intención de que la policía lo hallara en el registro domiciliario. Y así ocurrió. Regía entonces la ley marcial y por tenencia ilegal de armas correspondía la pena máxima, pero Rudolf Markstein contaba con buena reputación y con algunos amigos, incluso influyentes, que atestiguaron su inocencia. Hasta en la urbanización hubo disparos, Fanny Markstein se arrojó al suelo con los niños para que no les dieran las balas, perdidas o no, de los

soldados, luego buscó refugio donde unos conocidos en una localidad más allá de los límites de la ciudad. Helga no sintió miedo, solo extrañaba a su padre. Estando él presente, nadie podía hacerles daño. Ya entonces él quería marcharse, emigrar con la familia a Australia, pero la madre se oponía.

Ahora sí se acabó la libertad, por mucho tiempo, y los nazis siguen creciendo, mira lo que está pasando en Alemania.

Anda, no será para tanto.

Cuando en marzo de 1938 las tropas alemanas invadieron Austria, los adultos pasaban mudos y abatidos pegados a la radio. Helga no sabía por qué tenían esas caras serias, pero comprendió que los acechaba un peligro. ¿Tendrán que irse nuestros papás a la guerra?, le preguntó a su prima. Susi negó con la cabeza, eso la dejó tranquila. Pero en junio, pocos días antes de su octavo cumpleaños, vinieron unos hombres y se llevaron a los hermanos Markstein. La noche siguiente llegaron, desde la calle, gritos y risotadas groseras, luego un resuello y un raspado contra la pared exterior de la casa. Un nazi borracho trepaba por la espaldera de hiedra, queriendo subir a la ventana del dormitorio, para darle su buen susto a la judía Markstein. Pero un travesaño cedió bajo su peso y se fue abajo, asido de dos zarcillos, y terminó en el huerto. Un vecino, alarmado por los gritos de socorro de la madre de Helga, corrió al intruso con una horquilla.

No hubo muchos en la urbanización que siguieran siendo serviciales y amables; la mayoría comenzó a evitar a la familia, los dejaron de saludar, o lamentaban a viva voz que Stadlau no estuviese todavía «limpio de judíos». El cartero les dejaba en la puerta del jardín correo proveniente de Dachau, más tarde de Buchenwald: Estoy bien, también de salud. Después, de un día para otro, los obligaron a abandonar la casa. Una tía abuela los acogió en su apartamento en el barrio de Döbling, cerca de Hohe Warte. A partir de septiembre, Helga y su primo fueron obligados a seguir las clases en una escuela primaria que las autoridades habían desocupado para destino exclusivo de niños judíos. Se hacinaban en grupos enormes, en condiciones que imposibilitaban el dictado regular de clases. Delante de la escuela solían merodear adolescentes nazis que aprovechaban cualquier oportunidad para propinar una paliza a alguno de los niños. Helga lo sabía y se cuidaba, pero una vez la cercaron, la sujetaron y empujaron contra una pared. Por suerte lo vio un hombre de overol azul que apartó a empellones a los muchachos y prometió darles cuatro bofetadas si no la dejaban inmediatamente en paz. A Helga le temblaban las rodillas cuando llegó a casa. Pero el incidente no la disuadió de salir a callejear con Peter cada vez que podían; admiraban las mansiones señoriales con sus fachadas ricamente ornamentadas, los muchos automóviles y vehículos tirados por caballos, y, en los

escaparates de una juguetería, las máquinas de vapor, los juegos de armar, las casas de muñecas. Los adultos, entre tanto, hacían cola ante los consulados esperando conseguir una visa para todos, también para los dos hombres presos en el campo de concentración. Por fin, gracias a las gestiones de un pariente de Buenos Aires propietario de tierras en Bolivia, que acudió a las autoridades de ese último país, obtuvieron el «permiso de salida única» del Reich Alemán. En enero de 1939 el padre y el tío de Helga dejaron Buchenwald, y justo al año preciso de la ocupación de Austria por los alemanes, la familia Markstein tomaba a primera hora del amanecer, en la vienesa Estación del Oeste, el tren con destino a Hamburgo. Semanas después arribaron exhaustos y sin recursos a La Paz.

4

Helga y Willi vieron a Gisi por última vez el 3 de abril de 1977, Domingo de Ramos, que pasaron juntos en El Challao, un concurrido lugar de excursiones al pie de la montaña, a unos ocho kilómetros de la ciudad. Hacia las siete de la tarde regresaron a Mendoza y dejaron a Gisi cerca del apartamento de Godoy Cruz. Antes de bajar del auto, ella y su madre combinaron para verse el domingo siguiente. Solían encontrarse en una parada sobre el transitado Paso de los Andes esquina con Armani. Allí Helga hacía como si esperara un colectivo, minutos después llegaba Gisi y pasaba frente a ella, y ella luego la seguía, por lo general hasta una confitería donde conversar tranquilas y sin peligro de ser escuchadas. Pero el Domingo de Pascua Helga esperó en vano a su hija, y lo mismo una semana más tarde. Para entonces sabía que los militares habían sido informados sobre el lugar y la hora de la reunión en Las Heras, que habían acechado a los diez o doce montoneros, los habían reducido, uno a uno o conjuntamente, y se los habían llevado.

No obstante, Helga y Willi creían que, por esas cosas del azar, Gisi se había salvado, y no les faltaban motivos. En primer lugar, notaban que su casa en la calle Coronel Díaz seguía siendo vigilada. Ya antes habían advertido, noche tras noche y a veces también de día, la presencia de un auto estacionado al otro lado de la calle, con dos hombres en los asientos delanteros que, al parecer, tenían a Gisi en el punto de mira. Si ella efectivamente hubiese caído, ya no habría razón para que siguieran espiando la casa.

En segundo lugar, hacia fin de mes un ex compañero de clase de Gisi, alumno como ella de la Escuela Técnica Química, fue al consultorio de Willi para, según afirmó, aligerar su conciencia.

Yo sabía lo que iba a pasar. Que iban a agarrar a Gisi. Pero no hice nada para impedirlo.

Willi no supo muy bien cómo reaccionar ante la inesperada confesión y solo hizo un vago gesto con la mano, como restándole importancia. Pero en realidad hubiese querido preguntarle unas cuantas cosas. ¿Quién te dijo que Gisi estaba en peligro? ¿Cómo la habrías podido ayudar? ¿Y por qué me das a entender que habría

estado en tus manos ayudarla? Quizá el muchacho quería sondearlo. Quizá esperaba que Willi dijera no tienes nada que reprocharte, nuestra hija se encuentra bien. Entonces, el muchacho habría tenido razones para suponer que Gisi todavía estaba en contacto con ellos. Quién sabe si no lo mandó alguien con el propósito de dar con la prófuga.

Había todavía un tercer indicio de que Gisi aún no había sido capturada. Días antes o después de la visita del ex compañero de clase, otro joven, también un conocido o compañero de estudios, detuvo a Willi por la calle.

Guillermo, imagínese, anteayer vi a Gisela, sí, en uno de los viñedos de las afueras.

¿Estás seguro?

Totalmente.

¿Hablaste con ella?

No hubo oportunidad, él iba acompañado y no quiso ponerlos en peligro ni a ella ni a sí mismo.

Pero era Gisela, ¡la reconocí enseguida!

Willi y Helga conocían al muchacho como persona seria y de confianza que, sin duda alguna, no tenía intención de engañarlos. Pero cabe pensar que se equivocó. O que Gisi fue capturada recién después, a comienzos de mayo. En cualquier caso, no hubo más señales de vida de su hija, quien habría hecho todo lo posible por mandar un mensaje a sus padres, en esto nunca les había fallado. Hoy Helga está convencida de que Gisi cayó en manos de los militares el 8 de abril, cuando la reunión de su grupo, o, a más tardar, a comienzos de mayo. Pero en aquel entonces tanto ella como Willi abrigaban la esperanza de volver a verla. Por eso vacilaron mucho antes de interponer en el juzgado un recurso de hábeas corpus denunciando la desaparición de su hija, recurso que, por supuesto, fue desestimado. Hasta ese momento creían que, de hallarse Gisi aún en libertad, al denunciarla como desaparecida solo la perjudicarían.

Una vez, todavía en el año 1977, una conocida les contó que la había visto en Maipú, en una farmacia. Que Gisela entró, presentó una receta, recibió el medicamento y volvió a salir.

Así fue, se lo juro por lo más sagrado.

Otra vez, cinco o seis años más tarde, se les acercó, muy agitada, una enfermera que trabajaba con ellos en un proyecto asistencial en una villa miseria en Rivadavia. Abrazó a Helga y le dijo en susurros: Les tengo una gran noticia, no lo van a creer. Y era que había escuchado en el Hospital Central de Mendoza a dos médicos que conversaban sobre los muchos desaparecidos de la dictadura y la dolorosa incertidumbre en que vivían sus familias; entonces ella les

había dicho tengo dos buenos amigos, la hija de ellos también está desaparecida, a lo cual uno de los médicos le preguntó cómo se llaman, y ella respondió Tenenbaum. Ah, claro, dijo él, por supuesto, los padres de Gisela.

Diles que no se preocupen. Gisela está a salvo.

Qué, ¿está viva?

Claro. Primero estuvo oculta en el sur, después la llevaron a Cuba, yo mismo ayudé a sacarla del país, y ahora está en Suiza. En cuanto le sea posible, se va a poner en contacto con sus padres.

Cuando, tras mucho buscar al médico y una serie de evasivas de su parte -que no tenía tiempo, que justo estaba con mucho trabajo, no, mañana tampoco podía ser, y después salía de viaje por algunas semanas-, Helga lo tuvo enfrente para pedirle explicaciones, el hombre negó haber dicho nada sobre Gisi. Que él ni la conocía, que eran puros inventos de Margarita, la enfermera. Helga insistió, entonces se puso grosero.

Déjeme en paz, salga inmediatamente de acá, o la mando internar en el psiquiátrico. Usted está loca.

La acusación no la tomó por sorpresa, al fin y al cabo durante el régimen militar trataron de locas a las mujeres que exigían que se esclareciera el destino de sus hijos desaparecidos. Helga no se movió de su sitio, lo miró fijo a los ojos y le preguntó si no le daba vergüenza andar largando mentiras. Él le aguantó la mirada unos segundos, se dio media vuelta sin decir nada y salió corriendo.

Y la verdad es que desde entonces abandonamos toda esperanza, dice Helga, y Willi, sentado a su lado, guarda silencio.

5

Bolivia no ofrecía mucho para que los refugiados se sintieran como en casa. Era un país pobre con una docena de propietarios mineros inmensamente ricos, dos millones y medio de indios obligados a trabajar sus tierras ancestrales en calidad de siervos y un millón y medio de cholos obsesionados por distinguirse de estos últimos en la vestimenta, las costumbres y la reputación. Por necesidad o por recelo, ambos grupos mayoritarios evitaban mezclarse y no mostraban interés alguno en tratar con los inmigrantes europeos. Además, aparte de la dificultad para comunicarse en español, los recién llegados tenían en su mayoría profesiones u oficios prescindibles en La Paz. Pese a ello, con el tiempo casi todos alcanzaron un mediano pasar. No así la familia de Helga. Los Markstein no conseguían sacudirse la precariedad económica, pese a ser gente trabajadora y creativa, capaz de adaptarse a situaciones nuevas y habilidosa para muchos menesteres, salvo para hacer dinero. Primero arrendaron un terreno en las afueras de La Paz donde cultivaron verduras, pero lo que ganaban no alcanzaba para el sustento. Después, probaron suerte con la finca Elma, un parador para excursionistas. El restaurante estaba sobre una colina, lo rodeaba un paisaje de arena y piedra, cuatro eucaliptos mustios y cactos polvorientos.

Todas las mujeres de la familia, no solo la madre de Helga, eran excelentes cocineras y servían raciones abundantes, y así no tardaron en hacer clientela entre los exiliados de la Federación de Austríacos Libres, quienes llegaron a celebrar allí una fiesta con atracciones al estilo del Prater vienés, como un mago que sacaba conejitos de la galera, una vidente con velo que sabía responder a todas las preguntas, una comedieta titulada *El asesino sádico* y canciones de la patria lejana, que todos entonaron a coro antes de que una pequeña banda aportase la música para el baile. Los domingos era necesario que los niños de la familia colaboraran sirviendo las mesas, lavando platos y apostándose en la puerta para impedir que alguien se marchara sin pagar. Dado que los precios apenas cubrían los costos, al poco tiempo no tuvieron más remedio que dejar el negocio. La madre de Helga alquiló una habitación en el centro de La Paz, donde los fines de semana ayudaba en la cocina de un restaurante. Rudolf Markstein

consiguió empleo como supervisor de mozos en el selecto Hotel Sucre, y Heinz, quien había empezado a aprender el oficio de electricista en cuanto llegó a Bolivia, entró a trabajar en una empresa de exportaciones sin mayor entusiasmo, porque lo suyo eran la literatura y la historia y, con toda su alma, hubiera querido ir a la universidad. Pero para eso no había dinero. Helga asistía a una escuela primaria que los exiliados alemanes y austríacos fundaron para sus hijos porque las escuelas públicas eran sucias y malas, y las privadas, caras. Mucho no aprendió; los maestros, salvo pocas excepciones, no tenían la menor experiencia pedagógica, y los alumnos eran en su mayoría niños inquietos y más o menos perturbados por lo vivido antes y después de la expulsión de su país. En las aulas el jaleo era continuo y, en realidad, nadie se ocupaba de ellos.

A los doce años Helga comenzó a aprender el oficio de sombrerera. Deseaba aliviar cuanto antes el bolsillo de sus padres. Todo lo que le enseñó su patrón, un inmigrante alemán por demás tacaño, fue a enderezar con un martillo los alfileres chuecos. Cierta vez a ella se le rompió un vaso, él perdió los estribos y empezó a insultarla, entonces Helga, sin decir palabra, se marchó para siempre. Después el hombre intentó hacerla cambiar de opinión, pero para entonces ella había conseguido otro trabajo. De noche asistía a un curso de secretariado que incluía contabilidad, dactilografía y correspondencia comercial. Una chica del barrio que había vivido unos años en Gran Bretaña le enseñó nociones básicas de inglés, que ella profundizó con asiduas lecturas y consultas del diccionario. En especial le gustaron entonces las novelas de John Steinbeck.

Trabajaba ya como secretaria de una empresa importadora cuando por La Paz se propagó la noticia de que la Segunda Guerra Mundial había acabado. ¡Alemania había sido derrotada! Salió como todos los empleados corriendo a la calle, donde se abrazaron, radiantes de alegría.

6

También en Mendoza hubo mujeres valientes que reclamaron públicamente la verdad sobre el paradero de sus familiares desaparecidos. Como las Madres de Plaza de Mayo en Buenos Aires, se reunían los jueves en la Plaza San Martín para circular junto al monumento al Libertador. Llevaban un pañuelo blanco en la cabeza, y en las manos pancartas con el nombre y el retrato de sus hijos. Los primeros tiempos, los efectivos de seguridad las golpeaban, las detenían o las dispersaban, y no faltaron transeúntes que las insultaran: Locas; pero con el tiempo su presencia fue tolerada. Helga se les unió en 1981, cuatro años después de la desaparición de Gisi y un año antes de la guerra por las islas Malvinas que la Junta Militar, sobreestimando sus fuerzas y esperando el apoyo de los Estados Unidos, inició con el propósito de enardecer los sentimientos nacionalistas de los argentinos y distraerlos así del impacto social de la crisis económica. Pero la humillante derrota ante la Marina Británica precipitó el fin de la dictadura. Tras una serie de huelgas y manifestaciones multitudinarias Reynaldo Bignone, el último presidente de facto, anunció elecciones democráticas, de las que en octubre de 1983 resultó vencedor Raúl Alfonsín, el candidato del Partido Cívico Radical. Durante su mandato se juzgó y se condenó a los comandantes en jefe de las tres Armas, pero dos leyes de indulto limitaron drásticamente la posibilidad de ulteriores acciones judiciales.

Ya antes de la asunción del nuevo presidente fueron excarcelados los presos políticos. Se trataba de opositores de izquierda detenidos con anterioridad al Golpe, durante el gobierno de María Estela Martínez, viuda de Perón. Los habían torturado y les habían impuesto penas draconianas en juicios irregulares instruidos por tribunales castrenses, además las condiciones de su reclusión habían sido terribles, pero al menos no los habían matado, y el régimen nunca negó que se hallaran en su poder.

Uno de aquellos excarcelados, Daniel Ubertone, contó a Helga y Willi que el fiscal, un vice-comodoro de la fuerza aérea, le había dicho a los gritos, durante el alegato, que admitiese de una vez que había

estado volanteando, que de nada le servía negarlo porque ellos conocían todos los detalles de la actividad; tenían a Gisela Tenenbaum en su poder, quien así lo había confesado hacía tiempo.

Muy probable, incluso seguro, que fuese una mera trampa del fiscal. De todos modos la noticia nos infundió nuevos ánimos, dice Helga.

Imaginaron que los militares, siguiendo el ejemplo de los nazis, habrían deportado a los desaparecidos a campos de concentración, y pensaron que la comisión investigadora creada por el gobierno de Alfonsín sabría informarles del lugar al que había ido a parar su hija.

Nos decíamos no pueden haberlos asesinado a todos. Eso es imposible. Por lo menos algunos cientos tienen que haber sobrevivido. Dónde están pues las prisiones secretas en que los encerraron. Que nos digan dónde, nosotros vamos a sacarla.

La esperanza se fue esfumando a medida que iba sabiéndose más sobre las dimensiones de la represión y el funcionamiento de los centros clandestinos de tortura. Dado que a los mandos militares inferiores se les concedió haber actuado «por obediencia debida», estos dejaron de estar obligados a declarar ante la Justicia, por lo cual en la mayoría de los casos nunca se supo qué pasó con los desaparecidos. Por su parte, los jueces de instrucción no manifestaban la menor prisa cuando se trataba de atender demandas por violación de derechos humanos. Bajo el gobierno de Carlos Menem, sucesor de Alfonsín, se llegó a indultar, «en aras de la pacificación nacional», a los militares antes condenados. Recién en junio de 2005 la Corte Suprema de Justicia declaró inconstitucionales las leyes de amnistía respecto a delitos cometidos bajo la dictadura. El Juzgado Federal nº 1 de Mendoza sigue sin considerar hasta hoy una denuncia del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos por privación de libertad, secuestro y homicidio de quince miembros de la Juventud Peronista o Grupo Montoneros, entre ellos Gisela Tenenbaum.

Durante un viaje por Europa en el año 2003, Helga y Willi leyeron en un periódico español que en San Vicente, Provincia de Córdoba, habían abierto por primera vez una fosa común de la época de la dictadura militar. De regreso en Argentina, les indicaron que se dirigieran en Buenos Aires al Equipo Argentino de Antropólogos Forenses, una organización de derechos humanos independiente que trabajaba en la identificación de los cadáveres. Allí les dijeron que los muertos de San Vicente habían sido enterrados ya en 1976, pero ellos pidieron que les tomaran una muestra de sangre para pruebas de ADN, por si se encontraban más cadáveres, y dejaron una descripción física de su hija: un metro setenta de altura, de complexión delgada pero ancha de hombros, ojos azules, cabello rubio, dentadura completa.

¿Y si aún estuviera viva?

Durante mucho tiempo su hermana mayor no podía deshacerse de la idea de que Gisi, por la tortura, hubiera perdido su identidad. Que se hubiera vuelto esquizofrénica y no supiera quién era ni cómo se llamaba ni de dónde venía. Que entonces la hubieran soltado, tal vez sacado del país. Gisi vive, no se sabe dónde, no se sabe cómo, con otro nombre, sin recordar, sin saber que existe algo como la memoria.

7

Los padres de Gisi se conocieron en Buenos Aires, donde Helga había encontrado trabajo como secretaria poco después de su llegada a Argentina en noviembre de 1946. Su hermano Heinz había entrado al país un año antes de forma clandestina y procurado los servicios de un abogado que les consiguió identidades falsas a él, a Helga y a sus padres. Según los nuevos documentos, Helga había nacido ya en 1929 como hija de inmigrantes checos, que la anotaron en el Registro civil con el nombre de Olga.

Heinz la introdujo en un círculo de personas jóvenes que habían huido junto con sus padres de Viena y que en Argentina no habían escatimado esfuerzos en denunciar públicamente el atropello de la ocupación de Austria. Apoyaban la lucha de los Aliados con recursos económicos y propagandísticos, organizando actos de beneficencia y enviando paquetes con víveres, y pensaban establecerse de nuevo en su patria una vez acabada la guerra. Las noticias sobre la suerte corrida por sus familiares en los campos de exterminio nacionalsocialistas hicieron que muchos de ellos cambiaran de parecer; además, se habían acostumbrado a Argentina y dudaban si podrían rehacer sus vidas en la devastada Europa. La mayoría de los exiliados deseaba que tanto acá como allá se impusiese el socialismo que, según entonces aún creían, se había hecho realidad en la Unión soviética. No veían con buenos ojos al general Juan Domingo Perón, rápidamente convertido en el hombre fuerte del país después del golpe militar de junio de 1943 y de salir vencedor en las elecciones presidenciales de febrero de 1946. Lo consideraban un fascista y un demagogo empeñado en disimular el poder del capital mediante reformas sociales y económicas. Tampoco confraternizaban con el nuevo proletariado nacido a consecuencia del éxodo rural, si bien lo juzgaban capaz de realizar las transformaciones sociales también por ellos añoradas. Se trataba de una clase con mentalidad nacionalista, a la cual socialistas y comunistas infundían desazón, cuando no la misma hostilidad que a su caudillo.

Además de actividades políticas y culturales, esos jóvenes austríacos compartían los fines de semana jornadas deportivas en un

club de remeros sobre el delta del Tigre. Allí, un domingo a comienzos de 1947, Helga y Willi fueron presentados el uno al otro. Aparentemente el interés mutuo fue más bien discreto, pues no volvieron a encontrarse sino tres años más tarde, en mayo de 1950, con ocasión de una fiesta familiar. Esta vez la atracción fue rápida y consistente. Bailaron juntos toda la noche sin poder dejar de mirarse a los ojos, acordaron una cita para el día siguiente, al otro se dieron los primeros besos y no se ocultaron que habían encontrado su gran amor. Un mes después anunciaron su compromiso, y el 10 de febrero de 1951 se celebró la boda.

Willi y su madre, Laura, vivían desde 1938 en Buenos Aires, los primeros tiempos en un conventillo en Palermo. Willi había crecido sin padre en el barrio obrero vienés de Ottakring, en un bloque de viviendas económicas cerca del Brunnenmarkt; tempranamente había adquirido la dudosa capacidad de borrar de su memoria los recuerdos dolorosos, amén de los escenarios a estos ligados, razón por la cual apenas conservaba imágenes de Viena y de las circunstancias de la fuga a Argentina. En Buenos Aires empezó a trabajar con un joyero mientras asistía a cursos nocturnos en una academia técnica. Lograđo el título, no le fue difícil conseguir empleo como técnico constructor. La joven pareja soñaba con una casita enjardinada en uno de los suburbios, y efectivamente adquirió un terreno en Caseros, cerca de la línea ferroviaria Pacífico; pero entonces Willi se cruzó con un viejo amigo que hacía tiempo no veía. El hombre, de profesión químico, vivía entre tanto en Mendoza, y le habló con entusiasmo de la apacible vida en esa ciudad de provincias situada al pie de los Andes, de las bellezas del paisaje y del clima tan benigno, además de revelarle que pensaba abrir allá un laboratorio, porque acababa de desarrollar un nuevo tipo de gas refrigerante para heladeras. Que con eso se podían ganar fortunas. ¿Willi y su joven esposa no querrían participar? Entre los tres reunirían fácilmente el dinero necesario para las inversiones, y él justamente andaba buscando socios preparados y solventes para las tareas de administración y distribución. Willi, aunque no entendía nada del asunto, quedó prendado de la idea. Siempre había deseado vivir en un entorno rural, alejado del ajetreo de la gran ciudad, y Helga, por su parte, estaba acostumbrada a cambiar cada pocos años de domicilio. Así que redujeron sus gastos al mínimo, vendieron el terreno y, mes a mes, enviaron dinero a Mendoza. El proyecto avanza a buen ritmo, escribía el hombre, pero que era aconsejable que no se precipitaran, que permanecieran todavía en la capital. Que él les comunicaría a su debido momento cuándo sería oportuno que se trasladaran. Sin embargo, al cabo de un año nada pudo retenerlos más tiempo en Buenos Aires. Renunciaron a sus empleos, hicieron las maletas, vendieron cuanto les pareció

prescindible, y el 2 de noviembre de 1952 se tomaron el tren. Al día siguiente arribaron a Mendoza. Brillaba el sol, no había una sola nube en el cielo, y al oeste se elevaban, poderosas, casi irreales, las cumbres nevadas de los Andes.

Aunque habían telegrafiado al socio la hora de su llegada, tuvieron que sacarlo de la cama a puro timbrazo. Avergonzado pero sin rodeos, el hombre les confesó que desde un principio los había engañado. Él no había inventado ningún gas refrigerante ni alquilado laboratorio alguno. Ni siquiera había trabajado regularmente en nada, sino que había estado viviendo de sacarles dinero con promesas falsas a personas crédulas como ellos, dinero que luego gastaba en el casino de la ciudad. Helga y Willi se abstuvieron de denunciarlo. Sus ahorros se habían esfumado, de qué les servía mandarlo tras las rejas. Ya que estaban en Mendoza y la ciudad les gustó, decidieron probar suerte en ella. Encontraron una habitación barata, se alimentaron de tomates, pan y uvas, y salieron a recorrer tiendas de delicatessen y confiterías como representantes de una nueva marca de cacao. Varias semanas después, en un control médico de rutina realizado en el hospital, Helga supo que estaba embarazada de tres meses. Se sintió feliz. Willi, en cambio, quedó sumamente preocupado. Si a duras penas les alcanzaba para dos, ¿cómo daría para tres? Además, les faltaba experiencia en el trato con niños, Helga había sido la menor de su familia y Willi no recordaba haber tenido jamás a un bebé en brazos. Poco a poco, sin embargo, las preocupaciones de Willi sobre cómo y de qué vivirían se fueron revelando infundadas; la propietaria de una droguería buscaba un empleado de confianza y se decidió por él, prometiéndoles incluso para después del parto dos habitaciones en el fondo del antiguo caserón, sin ducha pero con un gran patio y un lindo emparrado.

El 15 de junio de 1953 Helga dio a luz a una niña sana a la que puso por nombre Heidi, inspirándose en la heroína de aquella novela de Johanna Spyri que había leído a los diez años. Contra los temores de Willi, no tardaron en manejarse muy bien con la bebé, y cuando se les planteaba alguna duda, seguían los consejos de *Dr. Spock's Baby and Child Care*, un moderno manual para padres proveniente de los Estados Unidos, regalo de Trixi, la prima de Helga. Heidi fue una niña alegre y afectuosa, dormía toda la noche y rara vez lloraba, motivo por el cual Helga pronto sintió ganas de lanzarse a otra cosa. Las circunstancias la habían obligado a trabajar desde muy joven, y ahora quería seguir una carrera. Algo que fuera útil para los demás, de preferencia Medicina. Willi la apoyó en su decisión. Pero para ser admitida en la universidad tenía que cursar antes la secundaria, y para ello le faltaba el último grado obligatorio de la primaria. Lo aprobó en calidad de libre en un mes, junto con chicas de once y doce años.

Cuando, después del último examen, salió al patio de la escuela, vio a Willi, que esperaba junto a los padres de las alumnas, y delante de él, el cochecito, y dentro de este, a Heidi. Resultó que él, contagiado por el entusiasmo de Helga, decidió estudiar Medicina como ella. Se inscribieron juntos para cursar la secundaria. En diciembre de 1954 rindieron los exámenes correspondientes al primer año. Cinco semanas después, el 4 de febrero de 1955, nació Gisi.

8

Primero fue la esperanza. También estaba el dolor, desde el principio. La esperanza pasó, el dolor formó costra. Y después surgió un sentimiento nuevo. Se mostraba de manera encubierta, permaneciendo indefinible durante mucho tiempo: ¿era fastidio o agotamiento, o incapacidad para aceptar lo sucedido? Eso también, pero había más. Rabia. (¿O debería decir «bronca», o sea: rabia mezclada con odio, impotencia y humillación, además de la certeza de que los esfuerzos de Gisi fueron inútiles?) Ella, Heidi, hace un par de días nomás escuchó, de boca de una amiga de su hermana, un comentario que le partió el corazón. Lo que más me duele de tu hermana es pensar que todo fue al pedo. Que tu hermana se tomara todo aquello realmente en serio. Que se lo creyera hasta el último momento. Lo del pueblo, la revolución, los tiempos mejores. Bronca, porque Gisi se expuso voluntariamente al peligro, porque sobreestimó sus fuerzas, porque fue demasiado orgullosa para retirarse a tiempo, porque rechazó que la ayudaran, porque estaba convencida de hacer lo correcto. Pero el llamado pueblo no quería saber nada de los objetivos que ellos perseguían. Tampoco le iba tan mal al pueblo, comparado con la situación actual. Quería que lo dejaran en paz. Estaba con aquellos que le prometían un crédito para la vivienda, un aumento de sueldo, un televisor, un auto usado. Estaba con los otros, encargados de imponer el orden para que aquellos pudieran hacer tranquilamente sus negocios. ¡Basta ya de huelgas y manifestaciones, basta ya de atentados y secuestros! Televisión en vez de sublevación. Fútbol hasta el embrutecimiento.

Bronca, justamente por la terquedad de Gisi, por su insensatez, su confianza, porque el hecho de que esté desaparecida sigue marcando la vida de todos ellos y Gisi no lo tuvo en cuenta. Nada es como antes. Año Nuevo, cumpleaños, aniversarios de boda, medallas de honor, cualquier distinción, cualquier motivo especial para alegrarse con toda la familia: siempre falta alguien, siempre está empañada la alegría. La muerte temprana por accidente o enfermedad grave se podría superar. Con el tiempo uno acabaría resignándose incluso si hubiese sido víctima de un delito común con desenlace fatal. Por supuesto fue asesinada, sería absurdo ponerlo en duda. Pero su cuerpo, o lo que de

él quedó, no se ha encontrado hasta el día de hoy. Cómo hacer duelo por una hermana, una hija, una tía, tía abuela a estas alturas, que se fue y sin embargo sigue ahí. Nadie en la familia ha podido superar esta situación, cada uno reacciona distinto. Ella, Heidi, por ejemplo, advirtió que confundía a sus dos hermanas, un mecanismo de defensa, qué otra cosa si no; durante años en sus sueños las dos se le aparecían como una sola persona, como si no hubiese tenido más que una hermana. Mientras ella estaba despierta, Gisi seguía presente para ella, única, inconfundible, pura. Pero a nivel inconsciente se desdibujaba, se convertía en Mónica, por lo cual ella, Heidi, tenía que estarse cerciorando continuamente: ¿existió alguna vez Gisela Tenenbaum, mi hermana? ¿Es cierto lo que recuerdo? ¿Quién es aquella nena de ocho meses y rulos rubios que veo sentada en el corralito de madera que mis padres compraron para mí porque yo era muy inquieta y me escapaba en cuanto ellos se descuidaban? Estoy de dos años y medio frente a ella, acuclillada en el piso de tierra del patio, de este lado de los barrotes, entre los que mi mano va y viene para quitarle el pato de juguete, la muñeca, los cubos, muy lentamente, uno a uno, y ella está sentada frente a mí, pero del otro lado y con bronca porque no puede evitarlo.

Esta imagen es el primer recuerdo que tiene de Gisi.

El último es del año 1976, cuando Paola, la hija mayor de Heidi, tenía tres meses. Paola nació en mayo, el 19, así que tiene que haber sido en invierno, a mitad de agosto. Heidi y Óscar, su esposo Óscar Mussuto, vivían entonces en el Barrio Cano, en un apartamento que les había dejado la madre de Helga. Óscar no estaba en casa y Gisi lo sabía, de lo contrario no habría venido, porque él no la dejaría entrar. Estaba casi irreconocible: se había teñido el pelo de negro y lo tenía bastante corto. Esa fue la primera y única vez que vio a su sobrina, y le llevó un regalo, un osito de peluche rojo que Paola conserva hasta el día de hoy. Llamaba a Paola por su otro nombre, Verónica. Porque la hija de Heidi tiene dos nombres: Verónica Paola. Después del nacimiento Heidi insistió en que Paola se llamara Verónica, y Óscar, en que Verónica se llamara Paola, y ninguno quería ceder, porque a Heidi el nombre Paola le parecía horrible, mientras que a él le resultaba horrible Verónica, así que pelearon muchísimo por este tema; en general peleaban mucho, a decir verdad todo el tiempo, también por el nombre. La cosa empezó con que Heidi quería a toda costa un hijo varón, y se pusieron de acuerdo en que, si efectivamente era un varón, el nombre podría escogerlo ella, y si era una nena, lo escogería él, pero estaba convencidísima de que sería un varón. Al final tuvo una nena, con lo cual se armó un lío, porque Óscar quiso ponerle Ariadna Paola, que a Heidi le pareció particularmente horrible, y por eso dijo al menos uno de los dos nombres se lo pongo

yo. Total que su hija estuvo dos semanas sin nombre, finalmente él aceptó Verónica pero insistió con Paola, que a ella seguía pareciéndole a contrapelo, por lo que no aflojaba, y él tampoco, y Gisi no estaba al tanto de esa pelea porque en las cartas que Heidi le había escrito la llamaba siempre Verónica, por eso Gisi le dijo Verónica, Vera, Verita a su sobrina, esa vez, la última que Heidi la vio; y después la pelea entre Heidi y Óscar por el nombre siguió como un año más, él: Paola, ella: Verónica; hasta que Mónica, su otra hermana, le dijo a Heidi: Mirá, vos sos la mamá, aflojá, pensá en tu hija, le van a hacer daño con esto del nombre. Mónica justo había leído un libro, la historia de una mujer de nombre Sybil que sufría de trastorno de personalidad múltiple, entre otras cosas porque su padre le había puesto un nombre y su madre, otro; esto pasó de verdad, decía Mónica, por la salud de tu hija, aflojá y decile Paola. Al padre de ellas de por sí le gustaba más Paola, por otro lado uno de los hermanos de Óscar se puso del lado de Heidi. En fin, quedó Paola, un nombre que a Heidi nunca le terminó de gustar, y ahora no sabe a qué venía todo esto… Ah, sí, a que Gisi a Paola la llamó Verónica. Porque cada vez que Heidi le mandaba unas líneas, jamás mencionaba a Paola, siempre Verónica, Vera. Ni idea de por qué Gisi le pidió un peine esa vez, seguramente para peinarse, para qué si no, el caso es que lo del peine no se le ha olvidado. Gisi, distraída, lo guardó en su bolso, había llegado en algún momento esa mañana, se había quedado como dos horas y media o tres, Heidi cree que incluso almorzaron juntas, después Gisi se fue y ella desde el balcón la busca, ve cómo su hermana atraviesa el jardín delante del edificio (el apartamento quedaba en un primer piso, un lindo apartamento, todo ese conjunto de edificios era muy bonito, en el césped había incluso un parque infantil con cajón de arena y hamacas), entonces le va a gritar el peine, te olvidaste de devolverme el peine. Pero Heidi piensa bueno, que se lo lleve, qué importa.

Ni por un segundo me pasó por la cabeza que acababa de ver a mi hermana por última vez.

9

Todavía hoy le parece inconcebible que la gente en la calle, incluso conocidos de la familia, las confundieran a ella y a Gisi, o que, cuando Helga o Willi salían con ellas a dar un paseo, al Parque General San Martín por ejemplo, mujeres totalmente extrañas se inclinaran sobre las dos para admirar de cerca a las presuntas mellizas. Porque, salvo el hecho de que los padres las vestían igual, por comodidad o porque así se estilaba entonces, ambas hermanas se distinguieron desde pequeñas una de la otra en el color de los ojos, el color del cabello y el carácter. Heidi era vivaz y sociable, a veces hasta impertinente; Gisi, callada y atenta, y dotada de una gran fuerza de voluntad. Cada vez que Helga le pedía a la mayor que le alcanzara alguna cosa, ya fuera el hilo de coser o el pimentero de la cocina, Heidi gruñía un no puedo, mientras que Gisi se apresuraba a responder ¡yo sí puedo!, y enseguida había acercado una silla al armario o al aparador, se había subido a ella y ya le llevaba a su madre lo pedido. O si en una excursión a las montañas se trataba de cruzar por una pasarela haciendo equilibrio, o si había que sacar la basura a la vereda, y los padres preguntaban quién va primero, quién ayuda, Gisi gritaba: ¡Yo la primera!

Yo soy la segunda, decía Heidi, y comenta que en esas cosas no le importaba serlo. Que la ambición de su hermana en realidad no le molestaba mayormente y más bien le servía para no estar siempre en el centro de atención.

Sí le molestó, en las primeras semanas después de nacer su hermana, que los padres ya no se ocupasen exclusivamente de ella. En particular se sentía abandonada cada vez que Gisi mamaba. En esos precisos momentos exigía que la alzaran en brazos, y si sus berridos no surtían el efecto deseado, se trepaba al regazo de su madre, y del regazo a los hombros, y desde allí buscaba la manera de subírsele a la cabeza. Helga se defendía con una medida que no figuraba en el manual para padres jóvenes del Dr. Spock: se encaramaba a la mesa con Gisi en brazos, subía una silla, se sentaba como en un trono, desabrochaba su blusa y daba de mamar a la pequeña. Heidi aprovechaba la oportunidad para desaparecer subrepticiamente, ya en el dormitorio de los padres, donde una vez vació un tintero sobre la

colcha, ya en la cocina, donde despachó una cacerola con leche chocolatada, o en el patio, donde alguien había olvidado retirar de la pared la escalera para subir al tejado. Cuando Helga se asomó, Heidi ya estaba en el peldaño más alto.

El apartamento quedaba en la calle Buenos Aires, en pleno centro, donde había muchos comercios y talleres pero pocas viviendas. Ello tenía el inconveniente de que no siempre había una vecina a quien confiar a las chicas si Helga tenía que salir por alguna diligencia. Willi no podía ausentarse de la droguería ni un momento, era el único encargado, haciendo de gerente, administrador, encargado de las vidrieras, vendedor y cajero, todo en uno. De modo que Helga se acostumbró a llevar a las chicas consigo a todas partes. Pero en una ocasión tuvo que dejarlas solas media hora, y cuando regresó estaban casi irreconocibles bajo una tempestad de plumas. Heidi había aprovechado su ausencia para explorar las entrañas del edredón.

Cuando Gisi cumplió dos años, las inscribieron en el jardín de infantes del Centro Cultural Israelita. Heidi se sintió como en casa desde el primer día y enseguida se hizo amiga de otros niños. Gisi, por el contrario, no tenía con quién jugar y pasaba las horas llorando sentada en un rincón, según contaba Heidi en casa. Helga dudó si retirar o no a su hija menor del jardín de infantes. Cada mañana le preguntaba ¿no preferís quedarte conmigo? No, decía Gisi negando muy enérgica con la cabeza. Ya no voy a llorar más.

El Centro Cultural Israelita no era un club elitista. Brindaba facilidades a los socios que, como Willi y Helga, andaban justos de plata; no hacía, pese a su nombre, segregación de tipo religioso ni cultural, y solía invitar a estudiosos, intelectuales y artistas a dar charlas. Allí ofreció uno de sus primeros conciertos el cantante Víctor Heredia, quien se haría famoso años después con una canción sobre su hermana desaparecida. Para Willi fue el sitio donde encontrar a personas como él apasionadas por el acontecer político, y un sustituto del Movimiento por Austria Libre de Buenos Aires. Entre los amigos de ese grupo él había sido uno de los primeros en dejar de hacerse ilusiones sobre el carácter socialista de la Unión Soviética, pero de todas maneras seguía entendiéndose mejor con los comunistas que con nadie; les discutía sus puntos de vista, les compraba *Nuestra palabra*, el órgano del Partido, y estimaba a la mayoría de ellos por su integridad personal, aunque les reprochaba su fe ciega en los lineamientos impuestos por Moscú y también su errada percepción de la sociedad argentina. En su fuero interno también les recriminaba su actitud hacia las capas subalternas de la población argentina. No era que ellos se creyeran superiores, pero tenían poco contacto laboral y personal con los «cabecitas negras», según se llamaba y sigue llamando, despectivamente o no, a los pobres venidos del campo. Años más

tarde, cuando sus hijas ya eran mayores, a Willi le dolió un poco que ellas no se interesaran por la política mientras los hijos de sus amigos del club estaban admirablemente al tanto de la Gran Revolución Socialista de Octubre, la Batalla de Stalingrado, la Guerra de Corea y las contradicciones internas de la burguesía argentina.

Helga y él aprobaron con disciplina y un entusiasmo inalterado los cinco años de enseñanza secundaria. En los cuatro primeros no era obligatorio asistir a las clases, nocturnas, y bastaba con presentarse a los exámenes de fin de curso. Pero en el último ciclo la asistencia era preceptiva, por lo que ambos salían juntos de la casa al término de la tarde. Una amiga quedaba a cargo de las chicas hasta que ellos regresaban. Quizá fuera entonces, o más probablemente uno o dos años después, cuando Heidi comenzó a sentir miedo en la oscuridad si no estaban en casa los padres. Helga y Willi habían comprado camas cuchetas para sus hijas, la mayor dormía arriba y estiraba un brazo buscando a su hermana, que le tomaba la mano y le contaba noche tras noche un cuento para conjurar el miedo. Heidi ya no recuerda detalles, el caso es que salían ladrones o monstruos que la asediaban, y ella se estremecía aunque sabía que todos los cuentos acaban bien; de hecho, en el último instante aparecía Gisi, montada en un espléndido caballo blanco, y la rescataba del poder de los malvados.

Esa obsesión por salvar a los demás. El síndrome del redentor ya entonces, dice Heidi.

Ya no sabe cuánto rato su hermana le sujetaba la mano, supone que hasta que ella se quedaba dormida; entonces Gisi se soltaría suavemente, devolvería el brazo de Heidi arriba y le acomodaría la almohada, para luego conciliar ella misma el sueño.

En noviembre de 1958 Helga y Willi terminaron la secundaria con la nota máxima y enseguida se pusieron a preparar el examen de admisión a la Facultad de Medicina. Se presentaron ochocientos candidatos para ciento veinte plazas. Cuando, bastante nerviosos, revisaron el cartel con la lista de los admitidos, dieron con sus nombres: Guillermo Tenenbaum en el puesto número doce y Olga Markstein de Tenenbaum en el cuarenta. En marzo, después de las vacaciones de verano, Heidi empezó la escuela primaria, y sus padres, las clases en la universidad. Willi iba por la mañana, mientras que Helga asistía al turno vespertino y estudiaba de noche (primer año: Anatomía, Química, Física), hasta que a las tres de la madrugada Willi se levantaba y tomaba su lugar encima de los libros. Él tuvo que dejar el empleo en la droguería porque la dueña no estaba dispuesta a mantenerlo con horario reducido. Dos amigos le consiguieron un empleo como visitador médico, pero más provechosa y duradera resultó otra actividad: en el Hospital Central, Helga y Willi lograron que una enfermera gruñona les enseñara a poner inyecciones y todo lo

necesario al respecto. La mujer había considerado un atrevimiento que se le pidiera instruir en eso a personas que recién empezaban a capacitarse. Así y todo, el manejo de la jeringa les garantizó un ingreso modesto pero suficiente los años siguientes. La actividad requería, por cierto, una rutina rígida y no exenta de sacrificio. Por entonces, la penicilina, por ejemplo, debía ser suministrada cada cuatro horas, lo que significaba que Willi casi nunca podía dormir toda la noche de corrido.

Hacia fines del primer año de facultad, Helga quedó embarazada por tercera vez. Al poco tiempo tuvieron que buscarse otra vivenda, pues el propietario de la casa que alquilaban les dio el desalojo tras haber oído que Guillermo Tenenbaum era comunista; él prefería no tener gente así viviendo bajo su techo, y menos aún considerando que a un paso quedaba la comisaría de la Policía Federal. Por un matrimonio amigo del Centro Cultural Israelita, dueños de una farmacia en Las Heras, Willi y Helga supieron que en unos meses se iba a desocupar una vivienda justo enfrente, en la calle Lisandro Moyano: dos dormitorios, estar, cocina y baño, alquiler accesible. Poco después de la mudanza, el 29 de junio de 1960, nació Mónica, justo el día en que Helga cumplía treinta años.

Por falta de dinero, y quizá también porque así había sido en la «Viena roja» de donde venían, lo más normal para ellos era usar las instalaciones públicas de la ciudad. Si, por ejemplo, no había que pagar para acceder a la Pileta Municipal, ¿a qué molestarse en solicitar admisión a un country club privado, con cuyos socios no tenían nada en común? Ambas hermanas habían aprendido a nadar en las instalaciones del campamento del Centro Cultural Israelita, Gisi a los dos o tres años, y un día la vio nadar un profesor de natación del Gimnasio Municipal y habló con los padres convenciéndolos de fomentar el talento de esa niña. En una exhibición pública en la que estaba presente el entrenador de Menores del club de YPF, Yacimientos Petrolíferos Fiscales, el profesor arrojó a Gisi al agua con brazos y piernas amarradas. La pequeña emergió a la superficie y nadó varias piletas, aparentemente sin esfuerzo. Cuando al final de la demostración le desataron brazos y piernas y ella estaba saliendo de la pileta, se le acercó el entrenador y le preguntó cómo se llamaba.

Gisela Tenenbaum, dijo ella.

Lindo nombre para una campeona, dijo él.

Se la llevó al club, donde salió segunda en su primera competición, sin haber tenido una sola hora de entrenamiento. También Heidi y, más tarde, Mónica ingresaron al plantel de natación de YPF, y ninguna tuvo que pagar cuota social; sus padres apenas habrían podido asumirla. Ya el gasto de desplazarse en colectivo hasta la pileta del club en Godoy Cruz suponía una carga para el presupuesto familiar.

10

Kuki Giménez tenía ocho años cuando la familia Tenenbaum se instaló en la vecindad. En aquella época el barrio se veía bastante pobretón, afirma Kuki, las casas parecían destartaladas o a medio construir; las calles eran de tierra y, según el tiempo que hiciera, los colectivos y camiones levantaban nubes de polvo o traqueteaban entre charcos que llegaban a la rodilla, y la única área de juego para los niños era una cancha de fútbol de tierra pelada y apisonada, con cuatro pastitos en las líneas laterales. Invitar a los amigos a la casa no era aconsejable, esto Kuki lo supo muy temprano, porque sus padres eran muy estrictos, jodidos, dice, impacientes y hasta irascibles, pues se alteraban enseguida si ellos andaban correteando y gritando. Además Kuki se ligaba cachetadas si traía una mala nota del colegio o si respondía mal o si aparecía con el pantalón roto porque había peleado con chicos mayores.

Que existía otro tipo de padres lo descubrió cuando se hizo amigo de Heidi y Gisi. No solo él, sino también Quito y Hugo, compañeros de clase. El padre de Hugo era militar, pero al menos no andaba rezongando y fue uno de los primeros de la cuadra en tener televisor, frente al que ellos se reunían en las tardes, a las cinco y media en punto, para no perderse las locas aventuras del Capitán Piluso y su amigo Coquito. Después del programa todos volvían a casa de los Tenenbaum, a jugar y porque allí les daban un vaso de leche. Si un chico quería triunfar en sus aventuras, debía tomarse su vaso de leche diario, aseguraban Piluso y Coquito, y confirmaban Guillermo y Helga. Y cuando comentaban que muchos padres no tenían el dinero para comprar leche para sus hijos, Gisi quedaba pensativa.

No puede decirse que en lo de Tenenbaum los padres les dejaran hacer cualquier cosa a los chicos, en absoluto. Pero a él, Kuki, le daban a entender que era bienvenido. Además, no tenían esa costumbre de algunos adultos de tratar a los niños con una indulgencia especial, como si fueran loquitos. Ambos eran personas sencillamente extraordinarias, muy apreciadas en todo el barrio sin que ellos estuvieran buscando que los apreciaran. Eran serviciales, eso sí, y no tenían pretensiones ni se creían mejores que nadie, aunque sin

duda lo eran; vivían modestamente y asumieron el esfuerzo de seguir esa larga carrera, pero no porque esperaran hacer su agosto una vez recibidos; cuando Kuki los conoció iban en bicicleta a visitar a los enfermos porque les faltaba dinero para el colectivo. Pero mandaban a las hijas al club de natación. Dice Kuki que a sus padres jamás se les hubiera ocurrido apuntarlo en un club.

Él se llevaba particularmente bien con Heidi. Ella era más vivaracha que su hermana y siempre bien dispuesta para una vuelta de «rin raje», para arrojar globos llenos de agua desde el balcón, para meterse en el patio de una casa y manchar con pomada de zapatos la ropa tendida. Gisi casi nunca participaba de esas travesuras, y no por cobardía, sino porque le daban pena los vecinos que ellos embromaban. Prefería quedarse en la casa estudiando o, años después, leyendo, mientras los demás iban a bailar los sábados por la noche o los domingos por la tarde. Discotecas no había, por lo que se reunían en la casa de alguno, preferentemente donde no estuvieran los viejos. Todos ponían algo: Coca-Cola, empanadas, pan con mortadela. O se iban juntos de picnic. O iban al cine. Otras diversiones no conocían.

Gisi era una nadadora de primera. Cada vez que competía, todos ellos acudían al club y eran su hinchada. Heidi también nadaba en torneos. Pero Gisi era mejor. Durante algún tiempo Heidi fue incluso novia de Kuki. Manito, algún beso, ni se les ocurría ir más allá. Pero luego se pelearon, por culpa de él, que se enredó con otra chica, estaba para la joda y no se tomaba muy en serio lo de la fidelidad. Y un día Heidi se apareció con otro novio. El caso es que ya se habían peleado, y después Kuki y sus padres se mudaron. La familia Tenenbaum también se mudó, una cuadra más allá, a la calle Juan Jufré, y con el tiempo se perdieron de vista. A Gisi todavía la vio alguna que otra vez, pocas, en la Facultad, porque él iba al turno nocturno y ella al vespertino. Durante el día él hacía el servicio militar en la Fuerza Aérea, donde después, en 1976, empezó a trabajar como técnico de aeronaves. Estaba dos años más adelantado que Gisi en los estudios. No, no sabía que ella anduviera metida en política, a él nunca le interesó la política. Y Gisi tampoco intentó nunca hablarle de eso, quizá porque sabía dónde trabajaba Kuki. Él no se enteró sino después, por Guillermo y Helga, de que ella estaba desaparecida. Aunque todo ese tiempo hacía mantenimiento de aviones militares en la Cuarta Brigada, él nunca vio nada raro. Algunas veces, a los de personal civil como él los mandaban a casa antes de finalizar la jornada, como si no quisieran tener testigos indeseados. Él no le dio más vueltas a la cosa. Hoy hay quienes dicen que en un galpón cerca del aeropuerto, en Las Lajas, miembros de su brigada torturaron y asesinaron a opositores del régimen. Kuki no sabía nada de eso. Por lo demás, en Mendoza se respiraba un ambiente más bien tranquilo. Y si

algo pasaba, la gente guardaba silencio. Así son los mendocinos, dice Kuki, cautos y reservados. Ni siquiera cuando terminó la dictadura militar hubo grandes manifestaciones. Solo las Madres salieron a la Plaza San Martín. Él pasó una vez por ahí y las vio. Pero no se sumó a la marcha, ni tampoco Quito ni Hugo, quien hacía tiempo que no vivía en Las Heras porque se mudó al campo con sus padres. Además, no era aconsejable dejarse ver por la plaza, y menos alguien como él que cobraba su sueldo de los militares. Por otra parte, como se dijo, a Kuki la política nunca le interesó. Lo único curioso en esto es que de un tiempo acá sí tiene cierta actividad política, porque desde 1983 existe en las Fuerzas Armadas un sindicato para los empleados civiles y actualmente él es uno de los delegados.

¿Si eso tendrá algo que ver con Gisi?

11

También Helga aprendió a nadar siendo muy joven.

En el verano de 1934 Fanny Markstein se fue con sus dos hijos de viaje a Storozhynets, región de Bucovina, a visitar a sus parientes. Los padres de Fanny se habían separado cuando ella tenía dieciséis años. Su madre se marchó entonces a Viena con los cuatro hijos menores, mientras su padre y su hermana mayor permanecieron en Storozhynets. Y ahora Fanny quería volver a verlos, y también que Heinz y Helga conocieran el país de su infancia. Fue el primer viaje en tren de Helga, y a sus cuatro años de edad le parecieron interminables ese día y medio por la llanura y los valles de los Cárpatos orientales, atravesando campos de maíz, praderas, huertos frutales y pantanos. Iba hincada en el asiento, la nariz pegada al vidrio de la ventanilla, y le asombraba que el mundo fuese tan grande y desconocido.

Lo que le habían contado sobre su abuelo no era precisamente bueno: un plomero respetado que había logrado reunir cierta fortuna pero había sido demasiado duro con sus hijos, obligándolos a trabajar desde muy pequeños, y muy avaro, particularmente con la propia familia. A sus doce años de edad, Fanny poseía un único par de zapatos, ya muy gastados, y no fue sencillo hacerle entender al padre que necesitaba nuevos. Cuando este finalmente los encargó al zapatero del pueblo, le insistió al hombre que los hiciera cuatro números más grandes, 38 en lugar de 34, dado que su hija seguiría creciendo y él no estaba dispuesto a volver a comprarle zapatos al cabo de pocos años.

Un despropósito, comentaría la madre de Helga, porque mis pies dejaron de crecer en el número 36. Pero eso no le importó a vuestro abuelo.

La nieta vienesa constató que el ahorro ya no lo obsesionaba. Los días pasados en Storozhynets ella lo visitó casi todas las mañanas en su magnífica casa sobre la plaza principal, y en cada visita él secretamente le obsequió una moneda para que se comprara un helado. Vivía ahora con una mujer joven y criaba unos canarios que Helga no se cansó de admirar. Pero incluso más que en casa de su abuelo, le gustó donde la tía Lotte, quien, junto a su esposo y sus hijos adolescentes Hilde y Erwin -su otra hija, la mayor, llamada Grete,

cursaba entonces la secundaria en Chernivtsi-, habitaba una modesta casa de madera en las afueras de Storozhynets, no obstante lo cual eran alegres y se mostraron contentos con los inesperados huéspedes. Helga salió un par de veces a recorrer los bosques de hayas de la zona acompañando a su tío. Él le contaba unas historias de unos lobos que en las heladas noches de invierno se acercaban al poblado y aullaban de manera pavorosa, y ella en cada oportunidad se aferraba a su mano, en tanto la invadía la feliz certeza de hallarse a salvo de cualquier peligro.

Tal sentimiento tampoco la abandonó el día en que por un pelo no se ahogó en las aguas del Siret, a media hora de camino de la pequeña ciudad. Una mañana Heinz pidió para ir a bañarse al río con sus primos, y Helga tanto rogó que le permitieran acompañarlos; su madre accedió finalmente, entre otros motivos, gracias a que tía Lotte la tranquilizó diciéndole que sus hijos eran responsables y tendrían cuidado. Pero una vez junto al río, en un paraje solitario, Hilde y Erwin decidieron cruzar a nado hasta la otra orilla y requirieron a Heinz que se les sumara. Aunque no le gustó la idea de dejar sola a su hermana, no quiso parecer cobarde ante los primos mayores. Le insistió pues a Helga que no se moviera de ese sitio, ellos regresarían enseguida. Helga asintió, los vio irse nadando y se dispuso a construir un castillo de arena rodeado de un foso, para lo que se acercó al río a recoger agua en el hueco de sus manos. Avanzó un paso, otro más, un tercero, y de pronto perdió pie.

Mientras se alejaba con mala conciencia, Heinz una y otra vez volvía la cabeza para mirar a su hermana. Había llegado a la mitad del río cuando no la vio, pegó un grito y dio la vuelta. Debió de haber volado más que nadado, dice Helga hoy. Lo cierto es que ella todavía estaba consciente cuando él la sacó del agua, la asió en alto por los pies y la sacudió. Helga tosía que daba lástima, y de su boca salió cantidad de agua; después empezó a agitar las piernas y a exigir que la pusieran en el suelo. A diferencia de los otros, ella ni siquiera estaba asustada.

De la que nos salvamos, dijo Heinz, temblando de agitación. Mejor no contemos nada, mamá se pondría muy nerviosa inútilmente.

Bueno, dijo Helga.

Efectivamente, no mencionaron el incidente, ni en casa de la tía ni tampoco en el viaje de regreso, que emprendieron tres semanas más tarde con una gran jaula que contenía el regalo de despedida del abuelo: dos canarios a los que llamaron Pupsi y Pipsi.

Recién en Viena se atrevió Heinz a revelar a sus padres que Helga casi se había ahogado en el Siret. Pero poco antes, en ese mismo verano, en el Danubio Viejo, él le había enseñado a nadar.

12

Cabe suponer que Helga recordara ese primer gran viaje cuando, veintinueve años más tarde, en aquel caluroso febrero de 1963, los Tenenbaum emprendieron otro trayecto en tren, similar por lo largo, cuyo destino fue Bolivia. Allí los esperaban otras tías de Helga en la ciudad de Tarija. También cabe suponer que en esa oportunidad ella y Willi les hablaran a sus dos hijas mayores por primera vez de los fallecidos de la familia. Pues de los parientes de Storozhynets solo las primas Hilde y Grete habían sobrevivido a los crímenes de los nazis.

El tren descarriló en medio del desierto de San Juan, lejos de cualquier poblado. Salvo algunos machucones y raspones, no hubo heridos entre los pasajeros, y la familia Tenenbaum se llevó el mero susto. A instancias del personal ferroviario a bordo, los pasajeros descendieron de los vagones y colocaron sus pertenencias junto al terraplén. Los hombres inspeccionaban los daños mientras, más locuaces que de costumbre por la excitación fruto del percance, competían en la truculencia de otros accidentes, mortales o casi, que referían y habían vivido o meramente escuchado. Entre tanto, las mujeres sacaban refrigerios del fondo de sus bolsos y los niños lloriqueaban porque tenían sed o necesidad urgente de ir al baño. En torno de ellos había solo arena y guijas, ni siquiera una roca que echara sombra. Willi hizo con las maletas y los bolsos una pared tras la cual la pequeña Mónica quedaba al menos relativamente protegida del sol abrasador y de las ráfagas de aire. Ya oscurecía cuando de la dirección opuesta llegó un tren de solamente tres vagones. Entre el gentío que se apiñaba por subir, de repente perdieron de vista a Gisi. Ni Heidi sabía dónde había quedado su hermana. Mientras Willi cuidaba del equipaje, Helga, con Mónica en brazos, y Heidi iban de un lado a otro abriéndose paso, cada vez más alarmadas, entre la multitud que competía por obtener un asiento, y llamaban a Gisi a los gritos, sin éxito. Helga ya se preparaba mentalmente para que el tren partiera sin ellos, cuando de pronto la vieron. Estaba asomada a la ventanilla de uno de los vagones: les hacía señas y gritaba con todas sus fuerzas: ¡Aquí, rápido, apúrense, tengo asientos para todos!

Eso era típico de Gisi, dice Helga. Siempre tan responsable. Hacía

lo correcto por su cuenta. Jamás hubo que decirle que hiciera esto o aquello.

Tampoco en la escuela. Desde el comienzo se destacó, no solo por su caligrafía impecable, sino también por lo trabajadora, humilde y buena compañera que era. Tienes sentimientos muy elevados y gran inteligencia, Gisela, le escribió su maestra en el boletín de notas, en noviembre de 1962. ¡Persevera! Heidi cree que si Gisi no salió abanderada en séptimo grado, el último de la primaria, sino solamente escolta de la bandera nacional, en las ceremonias de fiestas patrias de su escuela, fue debido a las firmes convicciones de su padre, según las cuales los niños deben resolver solos las tareas escolares. Él decía en Austria, cuando yo iba a la escuela, mi madre tampoco me ayudaba, alcanza con que presten atención durante la clase. Si había algo que no habían entendido podían, por supuesto, preguntarle a su papá. Pero de ninguna manera iban a estar Helga o Willi encima de los cuadernos de sus hijas como hacían otros padres. Ellos se esforzaron por brindarles el marco adecuado para el estudio, una rutina acorde, y hacían muchas actividades con las hijas. Confiaban en ellas, y esa confianza incluía también la capacidad de ellas para superar solas las dificultades.

Heidi también tenía condiciones. Pero hacía los deberes como de pasada, o no los hacía, con tal de irse cuanto antes a jugar con sus amigos. A su padre le llamó la atención que Gisi se pasara tardes enteras haciendo los deberes para la misma maestra con quien Heidi, dos años antes, aparentemente nunca había tenido que hacer deberes. Gisi sacaba siempre las mejores notas, un 8, un 9, incluso un 10, mientras Heidi sacaba todo tipo de notas. Para evitar problemas, se le ocurrió darle a firmar al padre los exámenes suyos corregidos entreverados con los de Gisi. Un montón de hojas, arriba las buenas notas de Gisi, y Heidi esperaba que su padre, ya de noche y cansado de la jornada, firmara sin prestar demasiada atención. Error. Se armó un lío de mil demonios. Solían armarse esos líos, al menos eso recuerda la hermana menor: los cinco sentados a la mesa del almuerzo, Heidi llorando, Willi cantándole las cuarenta en voz muy alta, y Gisi tranquila, sin alterarse, bajándole el tonito, enfrentándolo sin miedo.

Ella se ponía de mi lado y lo enfrentaba, dice Heidi. Porque cuando las papas quemaban, por supuesto tirábamos las dos para el mismo lado. Probablemente se debiera a que éramos muy diferentes. Teníamos intereses distintos, objetivos distintos, ideas distintas sobre qué es lo que importa en la vida. Rara vez nos cruzábamos para estorbarnos. Por supuesto, también nos peleábamos, lo normal entre hermanas. Ya entonces yo hablaba mucho, Bocacha me llamaba Gisi y decía que me callara, que la tenía harta de tanto hablar. O me llamaba

Pelirroja, para molestarme, ese era mi punto vulnerable, yo no quería aceptar por nada del mundo que tenía el pelo rojo. Me ponía como loca y la perseguía furiosa por toda la casa, la corría por los cuartos hasta el balcón, ida y vuelta, alrededor de la mesa de la cocina, alrededor de la cama de nuestros padres, y, si la agarraba, le tiraba del pelo. Pero generalmente nos llevábamos bien. De todas maneras, ese poco que nos peleábamos a mi papá lo sacaba de las casillas. Él toleraba disputas sobre grandes temas: política, sociedad, historia. Pero en casa quería armonía. La verdad es que nunca vi que mis padres se pelearan. Esto, después, fue un problema para Mónica y para mí en nuestros matrimonios, porque los comparábamos con el de nuestros padres y nos parecían pésimos. Tardamos en advertir que nuestras crisis matrimoniales eran lo normal, que la excepción era más bien la armonía entre nuestros padres.

Gisi salió a su padre. Lo decían hasta los amigos de Willi, que a veces le tomaban el pelo, su vástago del medio era una copia suya. Y eso que físicamente no parecían de la misma familia, porque Gisi sacó los ojos y los cabellos de Helga, mientras Heidi y Mónica se parecían más a su padre, de miembros menudos y ojos castaños. ¡Pero en el carácter, en la forma de ser! Gisela es el hijo varón de Guillermo, decían los amigos, porque había desarrollado esas virtudes que generalmente se atribuye a los hombres: era reflexiva, disciplinada, seria. Además no se esforzaba por caer bien. En casa de los Tenenbaum estaba mal visto todo lo que fuera superficial, cosa que Gisi suscribió plenamente. No por obediente, sino porque para ella eso era lo correcto. Leía libros y periódicos, coleccionaba estampillas, escuchaba los noticieros de radioemisoras extranjeras, mientras Heidi comenzaba a probar peinados nuevos frente al espejo y a pintarse las uñas.

Por ese tema tuve unos líos terribles con mi papá, pintarse las uñas era para él una tara burguesa.

Heidi no quería saber nada de política, ni entonces ni después. Cuando asistían a las charlas en el Centro Cultural Israelita, todos juntos, porque los padres casi siempre las llevaban, Gisi escuchaba todo muy atenta, mientras Heidi se aburría allí sentada y pensaba en otra cosa.

Mirado así, dice Heidi, Gisi era la más cercana a papá. Pero no significa que él tuviera preferencia por ella, él nunca hizo diferencias entre nosotras tres. Y de ninguna manera le inculcó sus ideas ni le hizo ningún lavado de cerebro. Simplemente ellos tenían intereses comunes. También yo los podría haber compartido, fue una oferta que rechacé. No me quisieron menos por eso. Y mi mamá, que es muy inteligente, apreciaba mucho, y quizá sobrevaloró, los lados buenos de mi papá: su generosidad, su inteligencia, su disposición a intervenir

por el bien de otros. Fue siempre una compañera modelo, como sacada de un libro. Ella nos mantuvo juntos, ella contenía las pasiones, era el elemento compensatorio en la familia. Actuaba casi siempre desde un segundo plano. Una vez, años más tarde, me dijo que le habían dado risa mis travesuras de chica. Jamás me di cuenta de que le hicieran gracia mis cosas. Nunca se le ocurrió contradecir a papá cuando me regañaba. Quizá eso haya sido lo correcto. En casa nunca había dos opiniones distintas de cada asunto. Siempre estaba claro qué cosa era correcta y qué cosa no. Mi hermana internalizó esa actitud. También en la natación. Gisi ganaba las competencias de natación una tras otra, no solo porque tuviera grandes condiciones físicas, sino por su carácter. Tenía un marcado sentido de la responsabilidad y quería cumplir con todas las normas que le parecían correctas. Si había que nadar, nadaba, y si hubiese tenido que entrenar las veinticuatro horas, habría entrenado las veinticuatro horas, nunca se le habría ocurrido protestar. Yo tampoco protestaba en esos casos, pero cumplía de mala gana, para mí nadar era una obligación, porque mi padre lo exigía, pero la verdad es que me daba lo mismo si en una competencia salía bien o última, o si casi me ahogaba en mitad de la pileta. Ella quería batir sus propios récords y yo andaba mirando si encontraba entre los chicos a alguno que me gustara. Entonces todavía no, pero faltaba poco.

13

Por un lado, el asunto con el gorro de natación, por el otro, su actitud en el campeonato de Juveniles. Dos anécdotas que explican bastante la personalidad de Gisi. Por si fuese necesario explicar algo a propósito de ella.

Las mellizas Cristina y Ana María Ferrer tenían doce años, cuatro más que Gisi, cuando ingresaron al plantel de natación del YPF. Con beca, porque tampoco sus padres hubiesen podido pagar. Ya el primer día se hicieron amigas de Gisi. Era imposible no quererla inmediatamente, porque Gisi era desinteresada, servicial, con una gran voluntad, pero aparentemente no estaba interesada en sacar ventaja a las otras nadadoras. Además, brillante, en todo sentido. Sí, era realmente brillante. Hay una edad en la que todos quieren destacarse. Gisi no. Ganaba un campeonato tras otro, pero daba la impresión de que ganar le resultaba casi desagradable, se ruborizaba cuando aparecía su nombre en el marcador o una foto suya en el periódico.

Sí, la anécdota del gorro de natación y lo ocurrido en la premiación de Juveniles. Pero, antes de ir a eso, Cristina y Ana María quieren dejar en claro que para ellas Gisi fue mucho más que una amiga. Fue como una hermana, más que una hermana. Un ser especial, un ángel. Hasta cara de ángel tenía, con sus pecas y sus trenzas de pelo rubio ensortijado, y como un ángel se comportaba. Justamente lo del gorro de natación, o que nadara por Cristina en Juveniles. En cualquier caso, no tardaron en hacerse inseparables las tres; Cristina y Ana María entraban y salían todo el tiempo de casa de Gisi, jugaban juntas, juntas almorzaban o cenaban, juntas escuchaban música. La diferencia de edad no era ningún problema. Los padres de Cristina y Ana María se hicieron tan fans de Gisi como sus hijas. La adoraban, casi la reverenciaban. Y al revés, para los padres de Gisi, Cristina y Ana María eran como de la familia. También en el club la querían mucho. Incluso las poquitas chicas que buscaban de todas maneras sobresalir y al principio la temieron como a una rival. Siempre había alguna chica que se olvidaba de traer el gorro de natación. Sin gorro estaba prohibido entrar al agua. Más de una vez

Gisi, no bien tocaba el borde de la pileta, se sacaba su gorro y se lo arrojaba a la chica que no tenía. Pensaba en eso antes que en cualquier otra cosa. Recién después preguntaba por su tiempo.

Gisi dejó de nadar a los quince años. Dijo que quería aprender alemán. Que además el cloro de la pileta le daba alergia, con los años habían empeorado las molestias en los senos nasales. Cristina y Ana María nadaron todavía una temporada más y después también ellas dejaron la natación. Ya no se veían tanto con Gisi, pero mantuvieron el contacto, y si pasaban dos semanas sin verse, entonces se llamaban por teléfono. Cristina y Ana María ya estaban en la universidad, una estudiaba Periodismo, la otra, Profesorado de Educación física. En 1976, antes de recibirse, Ana María se marchó a España. En Denia trabajó dando clases de natación, después estuvo un par de años trabajando en Italia. Cristina terminó sus estudios en Mendoza, pero no buscó trabajo como periodista, sino que se preparó y se puso a trabajar como maestra.

Ya antes se había agravado mucho la situación política. Hasta en Mendoza salió la gente a las calles. Empezó a comienzos de abril de 1972, con manifestaciones de los maestros exigiendo aumento de salarios. Se les sumaron otros sindicatos. Pero en lugar de atender esos reclamos, el gobierno del general Alejandro Lanusse ordenó aumentar las tarifas de la electricidad. Hubo disturbios, incendios, batallas campales entre los manifestantes y la policía. Se decretó el «estado de excepción» para toda la provincia. Lanusse finalmente se vio obligado a dejar sin efecto la subida de precios y a aumentar los sueldos. Al menos durante esa semana, Mendoza fue la vanguardia de la resistencia a la autoridad y de la lucha contra el desmantelamiento de las prestaciones sociales. Por entonces Cristina y Ana María dieron refugio en su casa por algunos días y noches a una docena de jóvenes que lo necesitaban, debido al toque de queda y a las patrullas militares que rondaban permanentemente. La madre cocinó guisos para todos en una olla enorme y negra de hollín que hacía años no usaban, su padre se resignó a quedarse metido en el dormitorio con expresión mortificada, si bien no dijo nada contra los inesperados huéspedes que invadían su casa, pero él consideraba inútiles esas manifestaciones; además, de haberles tocado un registro domiciliario, él habría perdido su puesto como empleado público en la imprenta oficial de la provincia. De todas maneras, la represión que siguió al «Mendozazo» no fue nada en comparación con la que vendría tras el golpe de 1976, cuando tropas de choque acordonaron barrios enteros y entraron a registrar casa por casa. Antes de que Ana María se marchara a España, ella y Cristina sacaron de la casa a escondidas sus libros comprometedores, y un amigo llamado Vicente los enterró en el fondo de una casa.

Claro que ellas estaban en contra del Gobierno, contra los militares, y ayudaron como mejor pudieron a la gente perseguida, pero lo cierto es que no se identificaron con ningún partido ni sintieron que debieran sumarse a la lucha armada. Gisi tenía otro compromiso político, mucho mayor. También era mucho más inteligente. Y su preocupación social no era una pose: estuvo en ella desde el comienzo. Ya en la época en que se conocieron. Los ojos se le contraían llenos de tristeza, de indignación, cada vez que veía a un chiquito harapiento pidiendo limosna. Ella era así. Sencilla, sin ínfulas de ningún tipo. No se maquillaba nunca. Tampoco lo necesitaba. Igual que no necesitaba proclamar sus ideales políticos. Ni se le ocurría. Respetaba la opinión de los otros. Nunca quería convencerte de sus puntos de vista. En ese sentido era muy cuidadosa y respetuosa.

En algún momento por fines del 75 o comienzos del 76, Helga preguntó si les molestaría que Gisi les escribiera a ellos, sus padres, dirigiendo las cartas a casa de ellas. Claro que no, dijeron ellas. Y cada carta que llegaba, ellas se la alcanzaban enseguida a la madre de Gisi. No era complicado. Helga y Guillermo entre tanto eran los médicos del club de YPF. La entrega se hacía en Godoy Cruz, en las inmediaciones de la pileta de natación. A Cristina le llamó la atención que Gisi tuviera que recurrir a ellas para no perder el contacto con sus padres. Pensó que la estructura de Montoneros no estaría nada bien.

También Ana María Moral fue una gran nadadora, sobre todo en 200 metros mariposa. Competía por Talleres, el segundo mayor club deportivo de Mendoza. La llamaban *la Pescadito*. Una pena que solo peces de verdad puedan pasar sumergidos mucho tiempo.

Supongamos que Gisi viviera todavía. Sería una científica de primer nivel. Una gran profesional y una excelente persona. Ella no fue ingenua, no estuvo engañada, no se metió en eso contra su voluntad. Sabía perfectamente lo que arriesgaba. Fue su deseo, y duele aceptar que lo pagó con la vida. Han pasado tantos años, pero Cristina y Ana María nunca olvidarán el final de aquel torneo de Juveniles.

Gisi nadaba todavía en la categoría Menores, pero la pusieron a nadar reemplazando a Cristina en el equipo de Juveniles. Cristina era la favorita para los cien metros y doscientos metros pecho, pero no pudo competir porque acababan de operarla de apendicitis. Gisi nadó mejor que nadie, barrió con todas las competidoras, en promedio cuatro y cinco años mayores que ella. En la ceremonia de entrega de premios le dieron un trofeo. A diferencia de otras oportunidades similares, esta vez no parecía avergonzada. Mientras el público todavía aplaudía, ella descendió de un salto del estrado, fue corriendo hacia Cristina y entregó el trofeo a su sorprendida amiga.

A la verdadera campeona, le dijo. Porque vos habrías ganado si hubieses competido.

14

Las peleas entre Heidi y Gisi cesaron de golpe, no bien la mayor empezó la secundaria. Fue como si Heidi solamente hubiese esperado a encontrar un lugar en el cual su conducta no chocara permanentemente con las ideas y expectativas morales de su casa. Siguió sin interesarse por la política, pasó a preocuparse más bien por su guardarropa y a reunirse con amigos cada minuto libre, pero ya no tuvo necesidad de disimular las malas notas de sus pruebas entre las de Gisi. Había elegido educación secundaria con orientación humanística, un tipo de escuela que entonces habilitaba a los graduados a ejercer como maestros, por lo cual en los dos últimos años era particularmente importante la carga horaria en asignaturas como Pedagogía, Lógica, Didáctica y Metodología. Pasó a interesarle todo lo relacionado con la formación de la personalidad y con la educación de niños, y logró un buen promedio de notas, incluso en Matemáticas y en las asignaturas de Ciencias Naturales. Lo cual no impidió que le fastidiase el hecho de que en su clase había casi solamente chicas.

Dos años después que ella, en diciembre de 1967, también Gisi egresó de la escuela primaria. Si en un principio barajó la idea de ir al Liceo Agrícola, se decidió, después que hubo aprobado el examen de ingreso a ambas instituciones, por la Escuela Secundaria Técnica Química en Las Heras, que tenía fama de ser muy exigente.

Heidi se ocupó desde el comienzo como una segunda madre de Mónica, la benjamina de la familia. Durante el día Helga estaba ausente mucho, debido a sus estudios o al trabajo, por eso fue natural que las hermanas mayores le cambiaran los pañales a Mónica y la ayudaran a vestirse, que la peinaran, la recogieran del jardín de infantes y más tarde de la escuela, y que la acompañaran a las fiestitas de cumpleaños. Pero, además, Heidi disfrutaba de asumir responsabilidad por la hermana siete años menor, le gustaba cuidarla, y si era necesario también mandonearla un poco. Todavía hoy le cuesta aceptar que Mónica haga su vida, y tiene que esforzarse para no estar dándole recomendaciones y órdenes, o por lo menos un consejo acá y allá; para ella Mónica sigue siendo la hermanita que

tenía que estar de regreso en casa a las ocho, y a quien ella olisqueaba para saber si no habría fumado un cigarrillo a escondidas. Y Mónica reconoce que es Heidi y no Helga quien mejor se acuerda de sus primeros años de vida. También que fue una niña inteligente pero particularmente distraída. Vivía en la luna terriblemente, pensaba en cualquier cosa menos en el lugar en que se encontraba, en un aula mal equipada, por ejemplo, frente a una maestra que se tomaba como ofensa personal si un alumno no prestaba atención en clase y que por eso le gritaba, por lo que Willi y Helga fueron a hablar con la maestra y le pidieron que tuviera más paciencia en lugar de asustar a su hija con sus estallidos de furia. Dado que el pedido no dio resultado, les pareció mejor realizar un cambio en ese mismo primer año, y un par de meses después, en junio o julio de 1966, inscribieron a Mónica en otra escuela. La nueva maestra, una mujer del barrio, le dijo a Heidi un par de semanas después: Escuchame, tu hermana ni siquiera sabe todas las letras del abecedario, si no se pone alguien a practicar con ella, va a tener que repetir el año. Entonces Heidi pasó los catorce días de las vacaciones de invierno preparando con Mónica el programa escolar. No fue un sacrificio para ella; ya entonces, a los trece años, estaba convencida de que no había nada más lindo que trabajar con chicos.

La relación de Gisi con Mónica era diferente, más íntima, como las amistades entre chicas que ni el tiempo ni las circunstancias pueden alterar. La diferencia de edad era también entre ellas considerable, cinco años, pero se notaba solamente en el hecho de que también Gisi se preocupaba por cuidar a la hermanita. A diferencia de Heidi, ella hacía sentir a Mónica que necesitaba de su presencia con la misma urgencia que Mónica de la suya. Mirando atrás, a Mónica la época entre sus cinco y sus doce años de edad se le aparece como un período de felicidad continua, gracias sobre todo a la dedicación de la segunda de sus hermanas. Gisi era, dice, muchas cosas en una: compañera, amiga, consejera, ejemplo.

Y yo la sigo buscando en cada par de ojos azules, en cada trenza rubia, en cada sonrisa que se me acerca, por la calle o en cualquier otro lado.

Gisi y ella -Gi y Mo, así se llamaban una a la otra- inventaron y dominaron ampliamente un idioma secreto que solamente ellas entendían, una variante propia de jeringozo duplicando la primera sílaba de cada palabra. Solían dar vueltas a la manzana en sus bicicletas, y en cada vuelta una de ellas tenía que inventar una canción y cantarla por lo menos diez minutos, después le tocaba a la otra y después otra vez a la primera; también inventaban y se contaban chistes, hacían piruetas y se daban vueltas de carnero hasta marearse, caminaban de manos a lo largo de la pileta, saltaban a la

cuerda hasta que, de puro exhaustas y contentas, y también porque de tanto contar se les trababa la lengua, al final simplemente se dejaban caer y rodaban por el pasto, y cuando, después del entrenamiento, se subían al colectivo hambrientas y acaloradas, si todavía encontraban dos asientos libres y si no subían después personas mayores, porque en tal caso Gisi siempre se ponía de pie y les cedía su asiento, cada vez entonces que podían viajar a casa sentadas, Mo apoyaba su cabeza en el hombro de Gi y al instante se dormía, y Gi iba sentada a su lado muy callada e inmóvil, esforzándose incluso por amortiguar con su cuerpo el balanceo y el traqueteo del colectivo, y despertaba a Mo recién cuando estaban llegando a la parada en que tenían que descender.

En la casa, en la pieza que compartían, ponían sus camas una junto a la otra, porque seguían necesitándose cerca, y se hacían cosquillas hasta que, de tanto reírse y también de puro disfrute, como dice Mónica, les dolía la barriga. Cierta vez pintaron juntas su pieza, adornaron las paredes con triángulos en color marrón y naranja, quedó sensacional, las compañeras de clase de Mo le envidiaban esa hermana que era su mejor amiga y que siguió siéndolo todavía cuando Gi estaba con Alfredo, su primer y único novio, al que más de una vez dejó plantado porque prefirió quedarse a jugar con ella.

Alfredo fue también quien acompañó a Gisi cuando debieron sacrificar a su perro Lumpi, un pequinés que originalmente le habían regalado a Heidi, pero después se encargaron ellas de él, Gi y Mo, y un día Lumpi se fue a la calle y un camión le pisó una pata. El veterinario opinó que había que sacrificarlo, pero Mónica se opuso entre sollozos, matarlo no, también con tres patas puede seguir viviendo, por lo que pasaron toda una noche dándole a beber cucharaditas de agua, él les lamía las manos, apagado, sin levantar la cabeza ni mover la cola, y a la mañana siguiente Gi abrazó a Mo y la llevó en brazos hasta su cama, dormite, no llores, Alfredo y yo lo vamos a llevar ahora.

15

La cosa con Alfredo había empezado ya años antes, cuando Heidi tenía trece o catorce y estaba en primer o segundo grado de la secundaria. Ya no sabe cómo y dónde lo vio por primera vez. Él vivía por la zona, a unas veinte cuadras, es posible que alguien de la barra de amigos lo trajera. Alfredo era un mes o seis semanas mayor que ella, robusto, morocho, del tipo criollo, y a toda costa quería salir con ella, nosotros dos solos, sin los otros, porque no registraba los esfuerzos de Heidi por sacárselo de encima, ella en esa época no quería estar de novia con nadie, ni en sueños, coquetear sí, pero nada más. Pero Alfredo no aflojaba, insistió varias veces con la invitación, la aguardaba en la calle, llegó a aparecerse en su casa, hasta que Heidi no vio otra salida que pedirle a su madre que si él venía a buscarla, le dijese que ella no estaba en casa, el Alfredo está por llegar, decile por favor que no estoy. Se rindió, después de dos o tres fracasos.

Cuatro años más tarde, en 1970 o 1971, Heidi se había hecho la rabona en la secundaria. Atravesaba con una amiga la Plaza Independencia en el centro de la ciudad cuando escuchó su nombre, volteó y se encontró con Alfredo.

Qué coincidencia, tanto tiempo, cuánto me alegro, decime, te puedo visitar. Siguen viviendo en la calle Juan Jufré, ¿no?

Sí, dijo Heidi, siempre ahí. Me alegro también. Cómo has estado.

En realidad no quería saberlo. Alfredo tenía unos modales muy especiales, se comportaba como un caballero y eso a ella le molestaba: prefería a los chicos más desinhibidos, esos que por ahí alguna vez te retiran la silla cuando ibas a sentarte, chicos más salvajes. Alfredo era juicioso, aburrido. Cuando todo el mundo saludaba dando un beso en la mejilla, él ofrecía un apretón de manos: Hola, mucho gusto.

Entonces te puedo volver a ver.

Bueno, está bien, Alfredo.

Y en el mismo momento estaba pensando cómo podría sacárselo de encima. Naturalmente, al día siguiente él estaba en la puerta de su casa.

¿Tenés ganas de salir conmigo?

No, hoy es imposible.

Entonces mañana.

Tampoco puedo.

¿El viernes?

En algún momento a ella se le acabaron las excusas.

De acuerdo. Pero tenés que traer a un amigo, alguien que mis padres conozcan, de lo contrario no me dejan salir. (Una mentira piadosa, porque hacía tiempo que Heidi se había tomado el derecho de salir con quien fuera. Su padre le advirtió solo que nunca se metiera con un militar ni con un divorciado.)

Alfredo la pasó a buscar acompañado de un chico del barrio con quien ella ya había jugado en la infancia; fueron a bailar y en cuanto el otro se perdió en la barahúnda, él ordenó champán rosado para celebrar ese día, dijo, y para brindar porque ella por fin había aceptado su invitación. Ella no sabía para dónde mirar, en cualquier caso no en los enamorados ojos negros de Alfredo, y tampoco sabía qué hacer con las manos. Por una vez en su vida respondía, cuanto mucho, con monosílabos. La reserva de ella no logró disuadirlo a él de negociar ya mismo la próxima cita.

Pero esta vez de veras los dos solos. ¿Podés el martes próximo?

Heidi trató de ganar tiempo. Volvió a mentirle que sus padres no la dejaban salir sola con un chico.

Nunca, jamás de los jamases. Cuanto mucho, con mi hermana, y de a cuatro. Si pudieras conseguir a alguien para ella.

Se lo puse dificilísimo, dice Heidi. Fue como haberle dicho: Si te disfrazás de Superman, salgo contigo. Una condición de locos, además él no conocía a Gisi, porque cada vez que él venía a mi casa, ella estaba metida en su cuarto estudiando.

Mi hermana, yo, vos y otro chico. O ni te gastes.

Bueno, hasta el martes entonces, y voy con un amigo. Más o menos a las ocho, ¿te parece bien?

Ahora le tocaba a Heidi convencer a su hermana.

Gisi, tenés que ayudarme, este Alfredo está encaprichado conmigo pero yo con él no, por nada del mundo quiero estar con él a solas, para él va en serio, te juro que en la primera oportunidad me va a meter la lengua en la boca, pero yo no quiero nada con él, me cuesta horrores hasta darle la mano, vení conmigo, una sola vez, prometió que traería a un amigo.

Y mi hermana, dice Heidi, me hizo este favor enorme: Bueno, dale, dijo, voy contigo.

El cuarto fue Óscar Mussuto, a quien Heidi y Gisi vieron esa noche por primera vez. Óscar era alto, tenía hombros anchos, descendía de inmigrantes sicilianos y no hablaba con afectación. Su padre había fallecido tres años antes, Óscar había tenido que hacerse cargo a sus

diecisiete años del negocio, desde entonces comerciaba con autos. A Heidi le cayó bien, al menos no había comparación con Alfredo, que seguía sin gustarle.

Así que: ella y Alfredo, Gisi y Óscar. No salieron solamente una vez. A la tercera o cuarta, Alfredo se sentó al volante del auto de Óscar y al estacionar le hizo un buen arañazo al costado contra el cordón de la vereda, que era muy alto, o quizás lo chocó contra el vehículo que estaba delante de ellos, Heidi no recuerda los detalles, pero sí que no fue nada grave: el auto quedó con unos rasguños o una abolladura y no se habló más del tema.

Pero en casa, esa misma noche, Heidi le dijo a Gisi: Pobre Óscar, Alfredo encima le estropea el auto.

Cómo pobre. Óscar tuvo la culpa, él lo distrajo. Y después de todo.

¿Después de todo, qué?

Eso, nomás.

¿Me estás diciendo que te gusta más Alfredo?

Gisi asintió con la cabeza. Heidi quedó sorprendida.

Sabés qué cosa, dijo al cabo de un rato. Cambiemos, simplemente. Porque entre Alfredo y yo, la verdad, no va a pasar nada. Al otro, no lo conozco mucho. Pero de todas maneras me cae mejor.

Y cómo vamos a hacer, dijo Gisi. No podemos decirles simplemente escuchen, ahora vamos a probar al revés, ella contigo y yo con él.

Dejame a mí, yo me encargo.

Cuando fueron a bailar la vez siguiente, Heidi esperó a quedarse un momento a solas con Óscar.

Mirá, no sé si vos podrás hablarlo con tu amigo, pero la cosa es así: a mí él no me gusta para nada, pero no sé cómo decírselo, me da miedo lastimarlo.

Y como él tardaba en responder, a ella se le ocurrió que él ahora se sentiría engañado. Para salvar la situación, dijo: Si voy a ser sincera, me gustás más vos.

Exactamente esas fueron mis palabras, dice Heidi. Desde entonces Óscar dice que yo lo seduje. Lo único que yo quería era sacarme al Alfredo de encima. Y funcionó. No sé cómo lo planteó Óscar, pero cuando la vez siguiente pasaron a recogernos, Alfredo se dirigió enseguida a Gisi, y para las dos partes estaba claro que habíamos rebarajado las parejas. Fuimos en el auto al Parque San Martín, era día de semana, y yo dije Gisi y yo hoy no podemos salir hasta tarde, mañana hay colegio y tenemos que levantarnos temprano. Estábamos caminando bajo los árboles, adelante íbamos Óscar y yo, más atrás los otros dos, todo muy inocente. La distancia se hizo cada vez mayor y de pronto ya no vimos más a mi hermana y a Alfredo. La verdad es que yo con Óscar me aburría y me imaginaba que Gisi se estaría

aburriendo igualito y que iba a estar bastante enojada conmigo. En cualquier caso yo quería regresar a casa lo antes posible, pero los otros dos seguían sin aparecer, por lo que empecé a preocuparme. No mucho, porque en aquella época podías salir a caminar incluso de noche sin peligro de que te asaltaran, pero intranquila. Si pasó algo, pensaba, es mi culpa, porque yo la convencí a Gisi de que me hiciera este favor. Cuando por fin los encontramos, yo no podía creer lo que veía. Se estaban besando, y Gisi parecía que flotaba, estaba como en trance, no fue sencillo hacerlos subir al auto. Óscar iba al volante, yo a su lado, los otros dos iban atrás. Cuando miro de reojo para atrás estaban besándose otra vez, o seguían besándose, apretados en un nudo, todos despeinados, yo asombrada. Más que asombrada. Después, en la casa, Gisi estaba como en el séptimo cielo. Ese fue el comienzo de su relación, se llevaban inmejorablemente, nunca vi ni escuché que pelearan, no podía compararse a cómo era entre Óscar y yo.

Alfredo pues, Alfredo Escámez. Nacido el 25 de mayo de 1953. (No es cierto, dice Heidi. Él nació días antes, a principios de mes, pero su madre lo anotó en el Registro con esa fecha porque los que nacían en el aniversario de la Declaratoria de la Independencia nacional quedaban exonerados del servicio militar.) Estudiante de secundaria y luego de la Universidad Tecnológica Nacional. Conductor de taxi. Sindicalista. Miembro de la Juventud Trabajadora Peronista. Montonero. Desaparecido desde el 27 de octubre de 1976.

16

Miguel Mancuso también fue a la Escuela Secundaria Técnica Química en Las Heras. Estaba un año más adelantado que Gisi, por lo cual recién la conoció cuando él tuvo que repetir tercer grado, y el primer día de clases después de las vacaciones se sentó en un banco justo en diagonal delante de ella. Advirtió que era muy tímida y que se ponía colorada por cualquier cosa. Eso a pesar de ser la mejor de la clase, en Matemáticas un genio, como él dice, aguda y de gran inteligencia, el orgullo de todos los profesores, pero no se callaba si creía que habían sido injustos con un alumno. No solo por eso llamó pronto la atención de Miguel, sino también porque se sentaba en un banco al lado de Elba Maure, y ambas no podían ser más distintas. Gisela era bastante alta para su edad, rubia, gordita. Elba también era rellenita, pero baja, de piel morena y pelo muy negro. Gisela hablaba poco, y Elba hablaba hasta por los codos. Quizá se entendían tan bien justamente porque eran de temperamento opuesto.

Fue una cuestión de *feeling*, dice Elba. Yo soy extrovertida, eso le habrá gustado a Gisi. En Mendoza las personas son bastante reservadas.

También con Liliana Vargas fue muy amiga Gisi, desde el primer grado. La hermana mayor de Liliana vivía muy cerca de la familia Tenenbaum, entonces ella iba mucho de visita a la calle Juan Jufré. Las chicas estudiaban juntas para los exámenes, y Elba y Gisi, que eran muy aplicadas, le explicaban a Liliana con mucha paciencia lo que ella no había entendido en clase.

Miguel tuvo al comienzo muy poco contacto con Gisi. Daba la impresión de que no le interesaban los chicos. Recién en el correr del año siguiente surgió una amistad muy tierna a partir de la convivencia en el salón de clase. A veces iban a bailar al Calatrava, un boliche en el centro de la ciudad: él con Liliana, Gisi con José Álvarez, otro compañero de clase. Para horror de Miguel, Gisi se moría por Tom Jones, lo encontraba muy atractivo, tanto por su voz como por su aspecto.

Para mí era un perfecto cursi británico. Un mediocre metido a cantor que ni siquiera sabía abrocharse la camisa. En Argentina era la

época de las canciones de protesta, ¡y Gisela loca por Tom Jones!

Sin proponérselo, Miguel se convirtió en su confidente masculino. Una especie de hermano, y a él le hubiese gustado ser algo más para ella. Una vez ella le confesó que le gustaba José Álvarez.

No entiendo.

No hay nada que entender. Me gusta, eso es todo.

Era entrañable, dice Miguel, y con gran capacidad de amar. Además, estábamos en esa edad en la que de por sí andás con todas las antenas paradas, registrás todo lo que pasa o podría pasar entre muchachos y chicas. Y ella gustaba de José Álvarez. Se habrán dado un par de besos, eso fue todo.

Miguel estuvo desde el primer momento encantado con Willi y Helga. Le parecían como de otro mundo, por la seriedad con que trataban problemas que en otras familias ni se tocaban, y por la curiosidad que manifestaban por saber qué pensaban los jóvenes. Le impresionaba también su modestia. En esa época se habían comprado un auto, viejo, que más bien estaba para tirar, y que Willi conducía con un estilo altamente temerario, pero cuando salían a visitar a sus pacientes seguían haciéndolo en bicicleta o a pie.

Elba recuerda que en casa de Gisi muchas veces se escuchaba música clásica. Eso no era común, como tampoco lo era para ella que discutieran mucho y abiertamente sobre política, y que los padres no recurrieran a argumentar con su experiencia de vida mucho mayor. Helga servía batidos de leche para todos, eso tampoco se veía en otro lado.

Gisi tuvo una educación completamente diferente a la de todos nosotros, dice Liliana. No es que fuera muy liberal, sino que se basaba en el principio de confianza recíproca. Por ejemplo, Gisi a los trece años ya tenía su propia llave de la casa. Nosotros, ni soñar con eso. O la vez que el director de la Secundaria llamó por teléfono a los padres para que fueran a hablar con él, porque Gisi, según él, había infringido la disciplina escolar. Guillermo respondió que él y su esposa no veían la necesidad de escuchar reproches de ningún tipo, ya que su hija sabía defenderse sola.

Puede ser que la queja del director tuviese que ver con la huelga del año anterior. Los chicos tenían que presentarse de uniforme en la escuela, pantalón o falda marrón, camisa blanca, corbata marrón. Pero de pronto al director se le ocurrió que además debían vestir obligatoriamente un guardapolvo color celeste, como la bandera nacional. Para los padres de familia, en su mayoría gente humilde, esta decisión arbitraria significaba una carga adicional muy grande, ya les resultaba un sacrificio reunir el dinero para costear el uniforme. Hubo entonces, y en ello participó Gisi, una disputa bastante fuerte entre la dirección del establecimiento y los representantes de los

alumnos, cuyo último capítulo fue que Gisi le hizo un desplante al director en la ceremonia de fin de curso. En esa oportunidad había sido distinguida con tres premios: como mejor alumna del grado, como mejor alumna en Matemáticas y como mejor compañera de clase. Cuando la llamaron al estrado para recibir las medallas, ella agradeció y estrechó la mano de todos los profesores, pero no del director.

Pero también es posible que la citación a los padres por una mala conducta de Gisi estuviese relacionada con otro conflicto. Este hombre era terco, autoritario, un verdadero nazi en su forma de pensar y en su estilo de mando, como afirman Helga y Willi, él siempre encontraba algún motivo para perseguir y fustigar a los alumnos rebeldes. Cierta vez, cuenta Elba, los tuvo formados de pie horas bajo el sol abrasador porque, durante el recreo largo, ellos para divertirse habían secuestrado una vaca de un tambo que había frente al colegio, y la habían ordeñado en el patio.

La relación con los profesores era buena en general. La mayoría de ellos enseñaba además, o principalmente, en la universidad, eran muy exigentes con los alumnos, pero también se esforzaban en transmitirles sus conocimientos y en aplicarlos de forma práctica. La clase de Química, por ejemplo, se hizo por algún tiempo en un edificio del Ministerio de Economía, donde llevaron a cabo, por supuesto en forma honoraria, un control de calidad de alimentos. Miguel recuerda a tres profesoras que les daban a ellos la posibilidad de expresar sus ideas, entonces todavía muy desordenadas y exaltadas, sobre cómo era y cómo podría ser el mundo. Estaba la profesora de Historia, Soria, quien les brindaba un espacio para que discutieran sobre sucesos políticos de actualidad, como el secuestro y asesinato del general Aramburu, el operativo con el cual los montoneros impactaron por primera vez a lo largo y ancho del país, los disturbios sociales en Mendoza y su sangrienta represión, las exigencias sindicales impresas en los volantes que se distribuían delante de las fábricas y en las universidades. Después estaba la profesora de Literatura, Gringa González, quien les hizo comprender que las obras artísticas llevan marcadas las circunstancias bajo las cuales han sido creadas, y quien en algunas oportunidades les trajo para escuchar discos de Joan Manuel Serrat, dice Miguel, con canciones que invitaban al diálogo y la comunicación. Y la señora Bobillo en Geografía, que los animaba a trabajar en grupos sobre temas como inflación, monopolio, producto social, fascinantes, dice Miguel, para personas que recién empezaban a advertir que las circunstancias sociales habían sido hechas y que podían ser transformadas.

No es que el colegio fuese un caldo de cultivo del activismo político, pero sabíamos de qué estábamos hablando. Especialmente

Gisela. Poco a poco, también José Álvarez y Elba. Vargas, no tanto. En esa época recién conocí mejor a Gisela. Para mí, ella era un diamante en bruto. Tenía todo lo necesario para convertirse en un ser libre. No era el caso de Heidi; esta era muy bonita y sencilla, pero más hueca. Con Gisela yo tenía una química, nos entendíamos incluso sin hablar. Por eso me trastornó bastante cuando Alfredo apareció a su lado. Sentí que él le quitaba a Gisela parte de su independencia. Se lo dije a ella: ¿Por qué te dejás influir, por qué te vas corriendo tras de una moda? ¿Por qué no pensás, antes de involucrarte en algo? Me contestó con evasivas: Todo muy bonito con la espiritualidad, pero hay que hacer algo. Dejar un poco esa moral cristiana, si alguien te hiere en la mejilla, ponerle la otra. No es para mí, dijo. Pero yo no tenía esa idea cristiana. Si querés vivir en la manada, tendrás que aullar con los lobos. Y eso ocurrió con Gisela. Estaba buscando su identidad, una comunidad en la que desarrollarse, donde le dieran calor. Así somos los seres humanos. No tiene nada de malo. Al comprometerse por los demás, Gisela transformó el espíritu en materia.

Miguel estuvo cerca de decidirse, como Gisi, por la política. A comienzos de los años setenta todo parecía ser tan claro. Los derechistas usaban uniforme, los izquierdistas usaban el pelo largo. En dos ocasiones lo detuvieron en la calle, lo llevaron a la comisaría más cercana y lo raparon. Los «gorilas» odiaban y temían a Perón. Solo por eso ya valía la pena ser peronista. Los montoneros, que en Mendoza no tenían mucha fuerza, trabajaban para reclutar gente. Una vez Gisi fue a casa de Miguel y le dejó un paquete de ejemplares de la revista *El Descamisado*. Él los repartió, pero en el fondo le repugnaba. Alfredo trató de convencerlo para que ingresara a la organización, Gisi también. A pedido de ellos él recogió de la terminal de ómnibus a una persona de contacto que venía de Buenos Aires. El hombre se llamaba Tito, eso era todo lo que él sabía. Lo condujo al hotel. Fue con él a la habitación. Allí Tito le mostró una pistola. Miguel se dijo entonces: Esto no es para mí.

Tomé distancia porque no quería crearles problemas a mis padres.

Y porque le resultaba más prometedora la experiencia mística, la exploración e iluminación del individuo. A los dieciséis años ya había profundizado en las enseñanzas del esotérico armenio George Ivánovich Gurdjíeff, quien en su Cuarto Camino presenta la posibilidad de un desarrollo integral del ser humano mediante el cultivo armónico de la vida intelectual, emotiva y física del individuo. Después estudió las escrituras de los llamados Caballeros Americanos del Fuego, una secta (o movimiento, como dice Miguel) cuya aspiración es expandir la conciencia a partir de la renuncia, relativamente conocida como «Secta de los economistas» y bastante controvertida debido a su táctica de ocupar con partidarios de la

doctrina los cargos vacantes en empresas privadas y públicas.

Tampoco a Liliana le gustó que Gisi se enamorara de Alfredo. Ella ya lo conocía de antes. Él y Óscar Mussuto iban a clases particulares de Francés con la misma profesora que ella, los dos eran bastante vagonetas, dice Liliana, cuesta entender que uno de ellos llegara a tener cinco o seis años después una influencia tan grande sobre Gisi. Para ella, Liliana, fue Alfredo el culpable de que su amiga se replegara un poco. Y si salía con los amigos de la clase, iba ella sola, sin Alfredo, a quien evidentemente no le gustaban estos contactos. Él era un poco autoritario, un tipo machista, Liliana cree que no le dejaba mucho espacio a Gisi.

Elba no opina así.

Gisela y Alfredo hacían una pareja ideal, dice. Combinaban bien uno con otro, se complementaban maravillosamente.

Por ejemplo, el viaje de egresados a Córdoba, dice Liliana. Estuvimos todo el año juntando el dinero para el viaje. Gisi también. Y después ella no viajó. Dijo que no quería. Alfredo no quería.

Eso fue en 1973. Al año siguiente, Miguel hizo el servicio militar. En ese momento el Ejército se preparaba para una gran campaña contra el Ejército Revolucionario del Pueblo, marxista, que había desatado una guerra de guerrillas en Tucumán. El Gobierno declaró el estado de emergencia sobre la provincia y sancionó un decreto por el cual los militares contaban con todas las potestades a fin de aniquilar a la guerrilla. Cuando Miguel terminó el servicio militar, quiso estudiar Medicina. Sus padres se opusieron, para qué habían costeado su formación previa para Química si ahora quería empezar con otra cosa. Se negaron a mantenerlo. Él aguantó sin dinero medio año, después tomó su mochila y se marchó a Córdoba. Allá encontró trabajo en una empresa encargada de hacer el catastro para Catamarca. En su tiempo de recluta había perdido el contacto con Gisi y Alfredo. Supo por terceros que habían pasado a la clandestinidad. En abril de 1975 se encontró casualmente con Gisi en la Plaza San Martín.

Se la veía espléndida. Pero también parecía acosada. Yo diría que hasta con miedo.

A fin de ese año Miguel regresó a vivir en Mendoza. En casa de su antigua profesora Gringa González conoció a Stella, una muchacha con quien se casó diez meses después, en octubre de 1976. En torno a Gringa González se congregaban alumnos de la secundaria y de la universidad, en su mayoría chicas, que los fines de semana salían a trabajar en los barrios pobres. Miguel recuerda que una vez refaccionaron una escuela rural muy pobre. También recuerda que Gisi estuvo en dos de las reuniones del grupo, en algún momento entre noviembre de 1975 y marzo de 1976.

Nos sentábamos en el patio de la casa de los padres de Stella, una botella de vino hacía la ronda, tocábamos la guitarra, cantábamos canciones de Daniel Viglietti.

Después la vio una vez más. También Elba habría de ver una vez más a su amiga, dos o tres días o una semana después del último encuentro entre Gisi y Miguel. Y naturalmente también Liliana, quien dice: Cuando alguien necesita auxilio hay que jugársela.

17

Heidi estaría sinceramente enojadísima con Gisi y con sus padres, si estuviera en el pellejo de la madre de Alfredo o de su padre, o de quien sea en esa familia. Pero ha ocurrido justamente lo contrario, adoran a Gisi hasta el día de hoy. Y ello pese a que sin duda fue su hermana, la hermana de Heidi, quien llevó a Alfredo a meterse en política. A un chico común, simple, de barrio, igual a otros cien mil, el padre obrero en una planta de cemento, la madre modista, una hermana que estudió Magisterio, excelente maestra, a decir verdad, que hace tiempo se merece el ascenso a directora de escuela y se lo van a dar, y que está metida con su esposo en el Rotary-Club, por lo cual su hermano probablemente se revolvería en la tumba. A esta familia promedio, sin ninguna instrucción política, Gisi se le apareció evidentemente como una luz, una muchacha que ya en primer curso de Facultad de Ingeniería, con apenas diecinueve años, había sido elegida presidenta del Centro de Estudiantes, en una facultad donde casi todos los estudiantes eran varones y donde hasta ese momento la derecha había sido fortísima, una muchacha que aprobaba todas las materias como jugando, que además trabajaba en un laboratorio, mientras Alfredo conducía taxi, llevaba pasajeros de un lado a otro y no estaba seguro si efectivamente quería aprender para maestro de obras en la construcción, por lo cual hizo una orientación vocacional con una psicóloga amiga de Heidi, y después de la orientación vocacional siguió sin saberlo; en dos palabras, un muchacho sin un objetivo claro. A pesar de todo, si ella, Heidi, fuese la madre de Alfredo, le tomaría a mal a Gisi hasta el día de hoy que lo hubiese metido a él en todo eso. Pero nada, ni odio ni reproches, ni un asomo de rencor.

Hace apenas un par de meses, Heidi entraba en una escuela cuando la interceptó una joven. Que si no tendría un momento. A Heidi no le gusta que le vengan con cosas justo antes de entrar a una de esas reuniones de asesoramiento psicológico con las maestras, necesita estar tranquila para juntar fuerzas antes de que las maestras, exhaustas y mal pagadas, la muelan a preguntas y quejas de todo tipo. Además, ella estaba llegando como siempre sobre la hora, la directora de la escuela ya la esperaba en la puerta.

Ahora no, dijo Heidi, tengo mucho que hacer, pero si sos maestra te puedo dar un turno en otro momento y me venís a ver para hablar.

No le robo más que unos segundos. Se trata de algo personal.

Es lo que dicen siempre, dice Heidi.

Bueno, ¿de qué se trata?

Soy la prima de Nenucho, dijo la mujer y la miró llena de expectativa.

¿De quién?

De Nenucho.

Heidi necesitó unos segundos hasta darse cuenta de quién estaba hablando. Alfredo. De niño en su casa lo llamaban Nene, cuando creció le quedó Nenucho como apodo.

Resulta que estuve ordenando cosas y encontré su licencia de conductor. No sé qué hacer con ella, entonces pensé que quizás a usted se le ocurriría algo. Y además le quiero decir que su hermana está bien, la veo casi todos los días. Podría traerle fotos de ella, si a usted le interesa.

Ay Dios, está completamente chiflada, pensó Heidi.

Cuántos años tenés, le preguntó.

Veintisiete.

Entonces no podés haber conocido a mi hermana.

Sí, yo la veo seguido. Está igualita.

Mirá, dijo Heidi, acá te dejo mi tarjeta, llamame y vemos, ahora de verdad no tengo más tiempo, me están esperando.

Ella, Heidi, casi se desmaya después de ese encuentro. Finalmente no todos los días alguien viene a hablarle de su hermana y encima asegura que está viva. También se hizo reproches por la tarjeta, ahí están la dirección y el teléfono de su casa, mejor le hubiese dado la tarjeta con el número del consultorio, pensó, ahora es posible que una noche se aparezca por la casa o que llame en mitad de la noche por teléfono para insistirme con su historia. Heidi no les contó nada del asunto a sus padres, habría sido como echar sal en una herida. Pero a lo que ella quiere llegar con la anécdota es que la cháchara delirante de la prima de Alfredo es típica de la adoración que tenían y siguen teniendo por Gisi en esa familia. Si fueran católicos, hace rato habrían mandado construir un altar doméstico para ella y habrían colgado exvotos y le estarían prendiendo velas y pidiendo cosas. Por qué es así, Heidi no lo puede entender. Aunque quizás, ¡ojo!, ella no quiere ser malinterpretada, de verdad no es prejuiciada, pero quizá tenga que ver con que ellos son todos morochos, piel y cabellos oscuros, sin antepasados europeos, y de pronto se les aparece Nenucho con una muchacha rubia de ojos azules, hermosa, educada, solidaria, siempre dispuesta a ayudar pero sin soberbia ni alharacas caritativas. Ella

ignora qué cosa hizo Gisi con esta gente, lo que está claro es que ellos están absolutamente convencidos de que la aparición de Gisi en sus vidas fue lo mejor que les pasó. Y por ese motivo no llegan a razonar que, sin Gisi, Alfredo probablemente todavía estaría vivo. Ahora Heidi recuerda que sí volvió a ver a su hermana todavía una vez más después de aquella visita, cuando Paola tenía tres meses y Gisi se llevó, deliberadamente o no, su peine.

Era mediodía, un día de semana, Heidi tenía que regresar enseguida a trabajar como maestra. Y Gisi se encontraba allí, y su madre. Ambas estaban sentadas en el sofá, y su hermana lloraba. Nos hemos querido tanto, decía. Y lloraba. Y su madre trataba de consolarla. Y ella, Heidi, la única sentada a la mesa, tomaba el almuerzo. Más adelante, en la terapia, varias veces se observó a sí misma en esa situación. La manera en que se inclina sobre su plato y come, no sabe qué decir, y solamente piensa tres cosas: Tengo que cuidarme. Tengo que ir a trabajar. Me están esperando. No logró aliarse con su hermana en ese momento decisivo. Esto era en su casa, de Heidi. La única vez que vio a Gisi llorar. Que Gisi permitió que otros percibieran cuán desesperada estaba. Porque Alfredo acababa de caer en manos de los militares, y porque ella sabía que lo iban a matar o que ya lo habían matado. Gisi dijo: Lo van a matar. Después también dijo que él le había salvado la vida. Porque habían pasado horas, después que él cayó, hasta que allanaron la casa en la que vivían. O sea, que Alfredo no había hablado, pese a que seguramente lo torturaron brutalmente. Nadie más de su grupo cayó, porque él no los cantó. Cómo habrá hecho para no traicionar a nadie. Protegerlos a todos, sobre todo a su hermana, que estaba sentada en el sofá y lloraba mientras ella, Heidi, se llevaba un bocado tras otro a la boca y masticaba y tragaba y se repetía tres oraciones como si de ellas dependiera su vida.

Hubo antes una época en la que Gisi y ella trataban de evitarse. A ella no le gustaba lo que hacía su hermana, y a esta última no le gustaba lo que ella hacía. Su hermana todavía iba a la secundaria, estaba en el último grado; y ella había empezado a estudiar Psicología. Para entonces se había afianzado su relación con Óscar, que era horriblemente celoso y creía ver un rival en cada bípedo sexualmente adulto. Además ella no tenía ningún interés en tratar con la gente que Gisi traía a su casa. Desconfiaba. Siempre andaban todos misteriosos: llamadas telefónicas dudosas, asambleas hasta altas horas de la noche, voces alteradas que llegaban desde la sala o la terraza y que callaban todas al instante, no bien ella abría la puerta. Hablaban de política, eso era todo lo que ella tenía claro de lo que hacían, y eso la ponía furiosa. En el meollo, Gisi, y, por supuesto, Alfredo. Él era ya prácticamente parte de la familia, estaba siempre en esa casa para

desagrado de la abuela Laura, quien había venido a pasar su vejez a Mendoza en casa de su hijo y su nuera. Laura Tenenbaum sospechaba que Alfredo quería instalárseles, pero podía confiar sus temores solamente a su nieta mayor, Willi y Helga la hacían callar cada vez que ella insinuaba algo de una sanguijuela. Gisi por su parte era muy drástica, a ella no se le podía decir nada, y Mónica le hubiera ido enseguida con el chisme a su hermana querida.

Heidi rara vez llevaba a Óscar a su casa. De hecho, ella, en esa época, rara vez estaba en la casa. En lo de Óscar se sentía segura, eso era importante para ella. La política no prometía seguridad alguna. Gisi vivía en un mundo y ella vivía en otro. Lo que Heidi se planteaba no era cómo lograr justicia para todos, sino, por ejemplo, si importaba más la satisfacción de una vida sexual plena o el temor de un embarazo indeseado. Ya había dejado de ser virgen.

Es una locura que lo hayamos hecho, le dijo entonces a Óscar, soy la oveja negra de mi familia, si quedo embarazada mi padre me cuelga de un poste de luz.

Su madre la había advertido: Este muchacho viene de una familia tradicional. Si vos te acostás con él, él no se casa con vos. Espero que sepas lo que tenés que hacer.

Mi hermana, le dijo Heidi a Óscar, no lo habría hecho jamás sin estar casada.

Óscar se rió.

Yo la vi salir de un hotel con Alfredo.

Estás mintiendo, dijo Heidi. Me lo decís solo para que yo no tenga mala conciencia.

Si no me creés, dijo él. Pero con estos ojos los vi.

18

Willi y Helga continuaron sus estudios de Medicina, imperturbables. Pero tampoco se dejaron apremiar. Al final del primer año Helga no aprobó el examen de Física y por eso no pudo cursar el segundo año, ante lo cual Willi resolvió tomarse también un respiro, a fin de seguir cursando ambos el mismo año. Seis o siete años más tarde él suspendió Obstetricia y esta vez fue Helga quien lo esperó. Entre ambos hechos, y también después, varias veces tuvieron que interrumpir los estudios por motivos económicos, hasta que finalmente el 3 de mayo de 1972 rindieron juntos el último examen. Hasta que se doctoraron pasaría un año más, en el que aprobaron el internado médico en el Hospital Central, sucesivamente en Medicina general, Cirugía, Pediatría, Obstetricia. Enseguida abrieron un consultorio en la planta baja de su casa en la calle Juan Jufré. Adecuaron el primer ambiente como sala de espera, el otro ambiente lo compartieron, de un lado ejercía Willi como médico general; del otro lado, Helga como ginecóloga. Desde el primer momento, nunca les faltaron pacientes.

Al mismo tiempo, a mediados de 1973, Perón regresó a Argentina. En septiembre de 1955, siete meses después del nacimiento de Gisi, una rebelión militar lo había derrocado y arrojado al exilio. En el sentir de la población, durante su ausencia todo se había deteriorado en el país. Una sucesión de dictaduras, interrumpida por dos breves períodos con presidentes elegidos democráticamente y obligados a abandonar el cargo antes de tiempo por presión de los militares. La soberanía nacional había sido socavada al adoptar Argentina la Doctrina de la seguridad nacional de los Estados Unidos, según la cual debe buscarse y combatirse al enemigo al interior del país, entre los propios ciudadanos; la independencia económica se la habían jugado las clases dirigentes al desperdiciar la ocasión de llevar a cabo una reforma agraria, modernizar la ganadería extensiva y, con las ganancias por las exportaciones, desarrollar la industria pesada. Además, a fines de los años sesenta el Gobierno había reducido los aranceles aduaneros y aumentado los intereses bancarios muy por encima de la tasa internacional usual, lo cual favoreció las inversiones a corto plazo pero no estimuló la creación de nuevos centros de

producción. La industria nacional se vio, en consecuencia, acorralada por las importaciones baratas, el desempleo creció, el Estado benefactor fue progresivamente desmantelado.

Desde España Perón incrementó su influencia sobre los acontecimientos en Argentina. Se valió para ello de una retórica contradictoria: a los derechistas les prometió un Estado organizado corporativamente que no obstaculizaría la libre circulación del dinero ni alteraría las relaciones de propiedad ni los privilegios vigentes; a los izquierdistas los alentó a emprender la lucha armada contra los oligarcas nacionales y los consorcios extranjeros, los funcionarios sindicales corruptos y los órganos de seguridad represivos. El «socialismo nacional» que postulaba como objetivo era lo suficientemente difuso como para satisfacer a ambas fracciones de su movimiento. Para unos, significaba que el General quería sanear el país según principios nacionalsocialistas; los otros creían ver en él corroborada su concepción de una vía independiente al socialismo, atenta a las especificidades nacionales. La polarización creciente de la sociedad, y el ejercicio de la violencia por parte de fuerzas que indistintamente se remitían todas a Perón, llevó paradójicamente a que capas cada vez más amplias de la población se convencieran de que solamente él sería capaz de poner las cosas en su sitio.

En las elecciones de 1973, en las que Perón estaba proscripto, triunfó su candidato Héctor Cámpora, representante de la fracción izquierdista del partido, quien pretendía transformar el país mediante un programa de reformas sociales. Pero al cabo de pocas semanas, Perón consideró que los incidentes del 20 de junio justificaban sugerir a Cámpora que renunciara a su cargo a fin de posibilitar que él lo sucediese, tras elecciones anticipadas celebradas en octubre. Durante el mandato de Perón, y más aún durante el de su viuda María Estela Martínez, la extrema derecha tuvo carta blanca para proceder contra los revolucionarios en sus propias filas.

Ese 20 de junio de 1973 más de tres millones de personas habían marchado en peregrinación hasta el aeropuerto internacional de Ezeiza para dar la bienvenida a Perón a su retorno del exilio. De pronto, pistoleros comenzaron a disparar desde el palco principal, ocupado a la fuerza por los peces gordos del sindicalismo, sobre las columnas de la Juventud Peronista, ante lo cual los montoneros devolvieron el fuego. La «Masacre de Ezeiza» terminó con trece muertos según datos oficiales, con más de trescientos cincuenta según estimaciones prudentes. La ruptura entre el Presidente y sus seguidores izquierdistas se hizo pública el primero de mayo de 1974, dos meses antes de la muerte de Perón, cuando éste expulsó a los «imberbes» de una concentración multitudinaria en la Plaza de Mayo de Buenos Aires.

Willi y Helga siempre habían desconfiado de las dobleces de este político autoritario. Tampoco les había inspirado simpatía María Eva Duarte, su esposa tempranamente fallecida, cuya herencia social revolucionaria reivindicaban los montoneros. Y, por encima de todo, se habían mantenido inmunes al fervor religioso con el que Perón y su principal propagandista eran venerados desde siempre. También en esto eran distintos a la mayoría de los padres de los jóvenes que Gisi traía a casa. Estos estudiaban ya casi todos desde hacía dos o más años en la Universidad Tecnológica, en la que Gisi se matriculó a comienzos de 1974 para cursar Electrotécnica. Lo que los unía era la férrea voluntad de transformar las estructuras sociales, la fe en que la mayoría de la población respaldaría esas transformaciones, la certeza de vivir en un momento histórico que los obligaba a precipitarlas. Ninguno de ellos ponía en duda que Argentina y, quién sabe, quizá todo el continente, se hallaba en el umbral de una regeneración profunda. Ni siquiera las calamidades de la política en los países vecinos Uruguay y Chile pudieron menoscabar su optimismo. Quizá lo fortaleciera su propia juventud que les permitía vivir hundidos en el presente y, al mismo tiempo, considerar que lo imaginable de por sí surtiría efecto. Creían conocer los peligros. Y el tiempo era a la vez escaso e ilimitado. Escaso en relación con las demandas, las obligaciones que se imponían; ilimitado, porque ellos lograban conciliar estudios, política, trabajo, amor, amistad, y todo lo hacían con pasión.

El grupo se había formado en 1972. Por entonces surgió, a partir de la fusión de varios partidos de izquierda, el Partido Socialista Popular, orientado a lograr una alianza entre la clase obrera y la burguesía. El proletariado, opinaban sus dirigentes, está representado por el Peronismo, mientras la clase media lo está por el Partido Cívico Radical. Por lo cual, decían, sería apropiado aspirar, para las elecciones próximas, a una candidatura conjunta de ambos grupos políticos con participación socialista. Los jóvenes socialistas en Mendoza se opusieron a esta corriente, en primer lugar porque sabían que ni peronistas ni radicales estarían dispuestos a integrar una coalición, en segundo lugar porque estaban convencidos de que en Argentina no existía todavía una organización representativa de una determinada clase social. Debido a su oposición, fueron expulsados del partido. Bajo su nueva denominación, Partido Socialista de Vanguardia, no concitaron mayor interés, ni siquiera a nivel local. Únicamente en la Universidad Tecnológica lograron atraer a más alumnos, porque su organización estudiantil, la Agrupación Universitaria Popular, no sólo cumplía acciones de protesta, sino que planteó también exigencias aparentemente menores, como la de un comedor estudiantil.

Solamente política universitaria era demasiado poco para ellos. Comenzaron a analizar el concepto de socialismo nacional, profundizaron en la historia argentina, rastrearon hasta sus orígenes, antes de la independencia, el dualismo entre producción agrícola y economía de exportación, entre pobreza en el interior profundo y riqueza en el puerto único de Buenos Aires. Gisi ya participaba de este círculo de lecturas. Con sus preguntas y objeciones puso muchas veces en aprietos a Alejandro Dolz, el responsable político de la agrupación.

Pero su crítica nunca era ofensiva, dice él.

No quería sobresalir, dice Cristina Coll, quien también estaba allí.

Ella quería llegar al fondo de las cosas, dice Mili Vernet, el tercero que sobrevivió.

Era abierta, como éramos todos abiertos, también para admitir posiciones opuestas.

Porque aquella no era todavía la época que nos impondría la disciplina estricta, dice Alejandro. Cuando comenzamos con la actividad política, los riesgos eran asumibles, y más adelante, cuando las posiciones se endurecieron, ese grupo ya no existía.

Fue la mejor época de nuestra vida, dice Cristina.

En relación con la militancia política, dice Alejandro.

En relación con la convivencia, dice Cristina. Lo compartíamos todo.

Como hermanos, dice Alejandro.

Como compañeros, dice Mili.

Como amigos, dice Isa Navarro, que es la esposa de Mili.

Nos íbamos al campo, armábamos por ahí nuestras carpas, escalábamos, nadábamos, dice Cristina. También hacíamos fiestas, cantábamos canciones y nos reíamos tanto y con tantas ganas que hasta el día de hoy Mónica cree que lo nuestro era un trabajo político solo muy en segundo lugar. Ella iba casi siempre con nosotros.

Entre tres la sacamos una vez del agua, dice Mili. Gisela, Alejandro y yo. Mónica se estaba bañando y de pronto un remolino, el río se la llevaba, hicimos una cadena y la sacamos.

Y a los padres de Gisela los amábamos, dice Cristina. Se respiraba una naturalidad en esa casa. A mí me mandaron siempre a colegios de monjas. Mendoza era un medio muy cerrado, muy pesado todo lo religioso, la sexualidad era tabú. Salvo en casa de Gisela. Recuerdo que una vez Guillermo le dijo: Por lo menos sacá los preservativos de encima de la mesa antes de que llegue tu hermana menor. Esa anécdota la contábamos como un chiste, esas situaciones nos hacían reír mucho y al mismo tiempo nos daban envidia porque nosotros no vivíamos nada parecido.

Todos hubiésemos querido tener padres como esos, dice Mili. El

respeto con que te trataban. Ojalá uno pudiera aprender de ellos.

Y del carácter de Gisela, dice Cristina. Lo honrada y confiable que era. Creo que fue la mejor persona que he conocido en mi vida. Era completamente sincera. Imposible que mintiese ni una vez, o que respondiese con una evasiva.

Nunca hablaba mucho, dice Mili. Pero lo que decía era importante.

Escribía mucho, dice Isa, y cuando se le cansaba una mano seguía con la otra.

Una remera de hilo verde muy gastada, eso se ponía casi siempre, dice Cristina. No necesitaba lucirse para ser feliz.

Tenía un halo muy especial, el aura de un ángel, dice Mili. Con Alfredo estaba todo bien. Un compañero, un amigo, podías confiar en su palabra. Pero él no tenía ese ángel. Él era el hombre de acción, ella era la reflexiva.

Ambos como sacados del libro de cuentos, dice Cristina, *La bella y la bestia*.

A través de Alfredo vine a conocerla, dice Mili. Habíamos tenido una reunión de la agrupación estudiantil y ella vino después a buscarlo. Estaba todavía en la secundaria. El año que viene voy a ser compañera de ustedes, dijo. Así fue. Más que eso. Cristina y Alejandro tienen razón: la época con Gisela fue efectivamente la mejor época de nuestras vidas. Luego vino el tiempo del miedo, del terror, de las pérdidas, el tiempo de la mentira y del aislamiento, la época en que nos esforzamos por asirnos a algo, un sostén, cuando todo se hundía. En esa fase estamos todavía.

Hasta ahora yo pensaba que las relaciones más profundas se dan en situaciones extremas. Porque dependés del otro. Pero ahora tengo que corregirme, dice Alejandro. Creo que tuvimos la amistad más entrañable entonces, en ese grupo. Y no era una situación extrema. No teníamos que ocultarnos. Fue un estallido de creatividad, fue descubrir un mundo nuevo, y lo encontramos juntos. Al menos en la cabeza. Y en el corazón. Y a destiempo. Porque con el golpe de estado en Chile empezó el neoliberalismo. Solo que nosotros no lo supimos. Ni siquiera Gisi lo supo.

19

El grupo se disolvió un tibio día de una primavera a la que ya no seguiría un verano despreocupado. La reunión fue, como de costumbre, en casa de Gisi, eso refieren Alejandro y Cristina, y Mili recuerda que, dos días antes o después de aquel último encuentro, hubo en Buenos Aires una conferencia de prensa conspirativa en la cual los montoneros anunciaron su decisión, en vista de la creciente represión por parte de los órganos del Estado, de regresar inmediatamente a la clandestinidad. Eso fue el 6 de septiembre de 1974.

Ya antes habían comprendido que no podían seguir como hasta ese momento. Durante meses habían discutido qué posibilidades tenían de ingresar, con su concepción del socialismo, en un partido o un movimiento que fuese lo suficientemente fuerte y viable en su desarrollo como para implementarla. O en uno del que al menos pudiera esperarse que evolucionaría en tal sentido, aunque en ese momento tuviese poca relevancia. Otra solución no se les ocurría. Esperar, mirar, seguir discutiendo sin incidir en la marcha de los acontecimientos les pareció una traición.

Fue un debate duro, apasionado. Evitaron, sin embargo, humillarse unos a otros. Y cuando, después de cuatro o cinco horas, se separaron, ya escindidos pero no enemistados, no prevalecía en ninguno de ellos ni la satisfacción ni el alivio de haber hecho la elección correcta. No había exultación en los de la mayoría, que se había pronunciado por ingresar de inmediato a la Juventud Peronista o a su organización partidaria para las elecciones, el Partido Auténtico, ni tampoco caras fúnebres entre los derrotados. Sino un asomo de melancolía, en algunos incluso la callada intuición de que se acababa algo que era irrecuperable y que mejor hubiese perdurado. La vida no fragmentada, como lo llama Cristina, en la cual no es necesario sacrificar el presente en aras del futuro, ni la felicidad privada en aras del bienestar colectivo.

Gisi y Alfredo se pronunciaron por el ingreso; también Mili, Isa, el amigo de Mili Nacho Mamani, el *Flaco* Osvaldo Rosales, el reservado José Galamba. Su argumentación se basaba en que la lucha por la

hegemonía social se jugaba dentro del peronismo. Sin él, no habría cambios, y dentro de él la disputa entre las distintas tendencias seguía indefinida. Fortalecer desde dentro la tendencia izquierdista, a eso apuntaba su elección. Alejandro Dolz consideraba ilusorio creer que el peronismo habría de asumir alguna vez la función de un movimiento de liberación nacional: estaba demasiado captado por elementos reaccionarios, incluso fascistas. La mejor, la única opción, sería unirse a Poder Obrero, una organización leninista que no estaba infestada de las contorsiones populistas del peronismo ni del reformismo de los partidos de izquierda tradicionales. Pero solo pocos amigos estuvieron de acuerdo con él, dos o quizá tres, e incluso Cristina lo siguió a Alejandro a Poder Obrero no por convicción íntima, sino porque era su novia.

Después de la reunión quedamos muy deprimidos, dice Alejandro. No creíamos que el camino de ellos fuera transitable.

Significó la ruptura, dice Cristina.

La primera gran pérdida, dice Alejandro. Salvo eso, ellos tuvieron razón. Mejor dicho, ellos estuvieron menos equivocados que nosotros. Lo que ellos esperaban, no se produjo. Pero podría haberse producido. Existió la posibilidad. Lo nuestro, por el contrario, estuvo desde el comienzo condenado al fracaso. ¿Qué era finalmente Poder Obrero? Tres docenas de revolucionarios sin perspectivas de revolución.

Willi también lo veía así, ya entonces. Gisi lo había convencido de que sin el peronismo no era posible ir a ninguna parte. Ahí estaba el pueblo, que está con nosotros, como ella afirmaba; que no quiere saber nada con ustedes, como replicaba Willi. Pero él mismo señalaba que, siempre y en todos lados, aquellos que luchan por la libertad han estado en la minoría, y con su escepticismo quería evitar que ella, de puro confiada, cometiera una imprudencia. Naturalmente, él compartía el ideal de Gisi de un socialismo desarrollado a partir de las particularidades nacionales y no impuesto contra esas particularidades. Se sentía orgulloso de ella, pero no consideraba que manifestarlo fuese necesario. No tuvo objeciones a que su hija militase en la asociación estudiantil peronista, conocida por su radicalismo. Le resultaba inimaginable disuadirla de hacer lo que habían juzgado correcto. Además, el activismo político de Gisi nunca la perjudicó en sus estudios ni su trabajo. Por las mañanas enseñaba Matemáticas, Física y Química en un colegio privado, por las tardes asistía a las clases en la universidad, por las noches participaba en capacitaciones; en la mañana muy temprano, o entre medio de las otras actividades, hacía volanteadas. Seguía ruborizándose cada vez que Mili, después de un examen, le preguntaba cuántos puntos había sacado. 9 en Análisis matemático I, 9 en Inglés técnico, 10 en Química aplicada, 8 en Física I, 10 en Estadística.

La atmósfera en las universidades mendocinas era menos explosiva que en las de Buenos Aires, Córdoba o La Plata. Willi dice que se debía a que la mayoría de los estudiantes seguía viviendo en casa de sus padres y bajo su vigilancia, y que estos generalmente no querían saber nada de la política. En la Universidad Tecnológica la situación era otra porque muchos estudiantes de carreras técnicas eran mayores, más maduros, tenían un trabajo durante el día, ganaban su dinero, no dependían económicamente de los padres. Por otro lado, también había extremistas de derecha, grupos de matones, soplones que informaban a la policía sobre condiscípulos de ideas políticas inconvenientes. Una vez, Heidi escuchó a su hermana contar que ella y otras chicas, cuando se dirigían por las escaleras de la Facultad a una manifestación o a una asamblea, muchas veces tropezaban deliberadamente y, para no caerse, buscaban sostén en desconocidos. Así podían detectar de manera rápida y discreta si el joven que subía la escalera a su lado llevaba una pistola debajo de la chaqueta. Heidi reaccionó indignada, tanto con los fascistas como con su hermana que se ponía intencionalmente en peligro. Igualmente indignada quedó el día que Gisi le recalcó que a partir de ese momento, si se veían por la calle o en cualquier lugar fuera de su casa, no la saludase más.

Sobre todo, no me llames por mi nombre, dijo. ¿Entendiste, Colorada?

No, soy demasiado tonta para eso, dijo Heidi, echó atrás la cabeza en expresión de suficiencia, y dejó a su hermana plantada. En realidad, hubiese querido echarle un sermón. Igual que a una de la asociación juvenil de Gisi que estudiaba Psicología con Heidi, y una y otra vez le insistía que fuese a tal mitin o tal manifestación, hasta que ella estalló, furiosa.

Haceme el favor de dejarme en paz con esos mítines. No quiero saber nada. Por qué mejor no se ponen con el trasero en la silla a estudiar.

Mónica, por el contrario, tomó la medida de precaución de Gisi como un juego. No voy a poder callarme tu nombre, entonces acordaron que invertirían sus respectivas abreviaturas: Gi se llamó desde ese mismo momento Mo, y Mo se llamó Gi.

Esto fue ya en 1975, cuando Gisi cursaba segundo año de Facultad y el país se hundía en el caos. La viuda de Perón se rodeó de ministros y asesores que creían solícitos en el poder de los astros, en la mano ordenadora del arcángel Gabriel y en la efectividad de las terapias liberales de shock económico; detectaban por todos lados el olor a azufre del marxismo y declararon nulos e inválidos los acuerdos vigentes entre trabajadores y empresarios. En junio, después de una drástica devaluación del peso y el correspondiente aumento general de precios, el salario real se contrajo de la noche a la mañana en un

sesenta por ciento de promedio. Por primera vez la central sindical peronista convocó una huelga general contra el propio gobierno. El estado mayor del Ejército se negó a proceder contra los huelguistas; era preferible aguardar hasta que nadie más estuviese dispuesto a defender a la corrupta diligencia estatal contra militares golpistas.

El año anterior había entrado en vigencia una nueva ley universitaria que prohibía todas las actividades políticas en los centros de estudio. Dieciséis universidades habían sido desde entonces intervenidas por el Gobierno, cuatro mil profesores universitarios despedidos, y mil seiscientos estudiantes encarcelados. Los escuadrones de la muerte de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) organizados por el ministro de Bienestar Social López Rega habían comenzado a cazar opositores entre sindicalistas, estudiantes e intelectuales. En Mendoza esos escuadrones actuaban de todos modos con tanta consideración que salían a asesinar una vez por semana, los viernes por la noche, por lo cual muchos compañeros de Gisi acostumbraban pernoctar del viernes al sábado en casa de amigos o fuera de la ciudad, al aire libre, en las montañas. Dado que entre tanto Gisi iba a la Facultad en el turno de noche y las clases terminaban poco antes de las doce, Willi la esperaba después en la parada del colectivo.

Resulta ocioso preguntar qué la llevó en agosto de 1975 a unirse a Montoneros. La transición de la Juventud Peronista a la guerrilla peronista era fluida, no había contradicciones ideológicas, y las diferencias esenciales -aquellas entre las estructuras políticas y las militares, entre la prescindencia de las armas y la fuerza de estas- perdieron importancia en la misma medida en que la sociedad toda se militarizó. Los unos hacían el trabajo previo para los otros, alquilaban los autos o las viviendas para conspirar, proveían documentos de identidad, ocultaban panfletos y armas, trabajaban como correo o reunían informaciones que los montoneros necesitaban para sus asaltos y atentados. Una vez, el grupo de Mili recibió la orden de hacer el relevo de la rutina diaria del secretario administrativo de la Universidad Tecnológica, de quien se sabía que coordinaba las actividades de los grupos de choque derechistas. Durante una semana vigilaron su casa, anotaron meticulosamente cuándo el hombre, su esposa, sus hijos salían, cuándo retornaban, cuándo llegaba en la mañana la empleada doméstica, cuándo salía a hacer las compras, cuándo se tomaba el colectivo a su casa. Unos días después un comando voló el tejado de la casa. No hubo heridos.

En aquel entonces, dice Mili, la vida de los montoneros todavía era excitante, como de novela. Pero nosotros, en la Juventud Peronista, estábamos tan expuestos como ellos. El riesgo era para todos igual. Con la diferencia de que ellos tenían además la aventura y la aureola

de ser una especie de Robin Hood.

Hay que descartar que a Gisi la hubiese atraído la aventura. Mili, Isa y Nacho recuerdan que ella siempre tenía mucho miedo. Miedo de que la violaran, la torturaran, la martirizaran.

Tenía una manera muy infantil de manifestar ese miedo, dice Isa.

Nosotros también teníamos miedo, dice Mili, cada uno de nosotros. Pero los sucesos estallaron como una ola sobre nosotros y nos arrastraron. Aunque sabíamos lo que podía ocurrir, cada vez nos gastábamos menos en pensarlo.

Lo que sí conservamos, dice Nacho, fue el instinto de los animales antes de un terremoto.

Él y Mili están convencidos de que Alfredo influyó sobre la decisión de Gisi, que en todo caso la anticipó, porque, impulsivo como era, seguramente ingresó en Montoneros antes que ella.

No lo discutieron con nosotros. No nos preguntaron, antes, qué opinábamos.

También a sus padres Gisi los puso ante hechos consumados. A Helga la sobrecogió una sensación inquietante cuando lo supo: Hemos decidido sumarnos a los montoneros. Ningún esfuerzo realmente enérgico por retenerla, hasta el día de hoy Helga se pregunta si no deberían haber intentado quebrar la voluntad de su hija. Pero cómo, pues, si ellos mismos la habían enseñado a respetar la voluntad de los otros. Helga dice que todo aquel tiempo se sintió de algún modo paralizada.

Aparte de la ilusión de que la población en su mayoría fuese favorable a los montoneros, la asustaba aquello que Nacho llama la precondición de matar y que determinó que ni él ni tampoco Mili siguieran el ejemplo de Gisi. Willi siempre se opuso terminantemente a la violencia física, había proscrito la posesión y la compra de armas, jamás había accedido ni a tomar siquiera en su mano una pistola o un fusil, jamás había golpeado a sus hijas, sino que les había enseñado con el ejemplo que es posible doblegar con ideas y con palabras a personas y situaciones adversas. Gisi hizo referencia a la brutalidad de las fuerzas de seguridad, él no logró rebatir la objeción de ella de que debían defenderse para no ser exterminados rápidamente. Ya no quedaba ninguna institución a la que recurrir si a uno le infligían o le comunicaban una injusticia, una pena. Se trataba ya únicamente de vida o muerte. Y de un objetivo supremo.

La apoyamos, dice Willi. Desde luego.

Además ellos tuvieron razón, dice Helga, cien por ciento. Previeron lo que iba a pasar e intentaron impedirlo. Que los otros iban a convertir el país en una colonia de los consorcios económicos.

¿Que si su lucha valió la pena? Eso se sabrá en cien años, dice

Willi.

20

El 10 de febrero de 1976, un martes, Helga y Willi cumplían veinticinco años de casados. Laura Tenenbaum reservó para el sábado siguiente una mesa en la Bodega 900, el restaurante más distinguido de la ciudad, a fin de celebrar con un toque elegante las bodas de plata de su hijo y su nuera, en un grupo pequeño con las nietas y, por supuesto, también con Óscar y Alfredo. Willi se compró una corbata floreada y Helga se mandó hacer un vestido especial para la ocasión, la cual, por lo demás, cerraba un ciclo y abría el siguiente en la historia familiar, puesto que Heidi y Óscar se habían casado el año anterior y Heidi estaba ahora embarazada de seis meses, y Gisi y Alfredo tenían la intención de pasar antes de fin de año por el Registro civil.

Pero la cena elegante debió ser cancelada, Helga nunca estrenó el vestido y por mucho tiempo cada 10 de febrero no tendría ánimo de celebrar, sino de llorar. Recién nueve o diez años después Heidi se atrevió a volver a felicitar a sus padres en su aniversario de bodas, con cautela, apenas unas flores para Helga, quien dijo: Lo que más querríamos sería poder borrar esta fecha del almanaque, ha sido la peor en nuestro matrimonio, y Heidi replicó, sin embargo: Para mí es un día afortunado, si ustedes no hubiesen decidido juntarse, yo no estaría en el mundo. Y pasaron todavía unos años más hasta que Helga y Willi estuvieron dispuestos a salir juntos el día de su aniversario de bodas, y a posar para fotos de recuerdo, ellos dos o con las hijas restantes, los yernos y nietos, el primer bisnieto.

La fatalidad se había puesto en marcha poco antes del mediodía. A esa hora apareció Alfredo por casa de ellos, le pidió a Willi que lo acompañara: los militares habían allanado una vivienda, habían herido a un compañero. Willi se levantó de la mesa, fue a buscar su maletín y salió a los trancos tras Alfredo. En el auto ocupó el asiento del acompañante, miró la alfombrilla o la guantera durante todo el trayecto, mantuvo los ojos bajos también cuando descendió y siguió a Alfredo para ingresar en un edificio. Era una medida de precaución usual a fin de no poder revelar, en un interrogatorio, ni el trayecto ni el escondite.

Cuando Willi regresó, al cabo de dos horas, le dijo a Helga que no había sido nada grave. El joven al que debió asistir se había torcido el tobillo en un movimiento brusco. Más le preocupaba su estado de ánimo: estaba deprimido, tenía remordimientos porque en el allanamiento los militares habían capturado a su esposa o su novia, mientras él había logrado ocultarse tras una plancha o un barril que había en el fondo de la casa. Allí lo descubrió uno de los soldados, contó el joven con la voz entrecortada, pero no lo delató, él ya iba a salir de su escondite cuando el hombre de pronto se dio media vuelta y se fue.

Una historia increíble, dijo Willi.

Eso fue el martes, dice Helga.

El viernes, el prometido de la hermana de Alfredo les avisó que los militares habían registrado y hecho estragos en casa de la familia Escámez. Que habían estado a la busca de Alfredo, que afortunadamente él no estaba en casa. Solo para que estuvieran informados. Consecuencia inmediata del hecho era que Gisi no podría ya atreverse a ir a la casa y que también ellos debían prepararse para la eventualidad de una razzia. No la hubo, debido a razones que Willi y Helga solo pueden barruntar: en el vecindario vivía un capitán o comandante que siempre los saludó con simpatía, quizá él se encargó de que los dejaran tranquilos, si bien a partir de ese momento la casa estuvo vigilada.

Heidi se enteró recién después y paulatinamente de que sus padres, por motivos de solidaridad, de responsabilidad y de lealtad hacia Gisi, con frecuencia asistieron a montoneros heridos o enfermos, aguardaban incluso en estado de alerta cada vez que se realizaba una acción riesgosa y, bajo el pretexto de visitar pacientes, llevaban y traían mensajes y escondían a personas. Ella se mudó de la casa paterna cuando se casó. Pero incluso si hubiese permanecido allí, Helga y Willi habrían intentado ocultar sus actividades ilegales ante la hija mayor, por la seguridad de ella y de ellos mismos. Efectivamente, Heidi no recuerda que ese 10 de febrero requirieran a su padre por una emergencia. Y ello pese a que ese día los estuvo visitando sobre el mediodía. ¿O recién el sábado? Mientras ella ayudaba a su madre en la cocina, Gisi entró por la puerta y dijo: Mami, llegó el momento, tengo que desaparecer. Ya mismo. Cabe suponer que antes o después de ello hubiese ido a su cuarto y puesto alguna ropa en su bolso de tela. Que su madre se secara con infinita lentitud las manos en su delantal. Que las tres quedaran entonces unos segundos como congeladas. Que se escuchara el goteo de la canilla. O música de la radio. Gorjeo de pájaros desde la terraza. Pero si hoy, diría la madre, esta noche tenemos la fiesta. Que Gisi sonriera. Entendelo, por favor, la orden dice inmediatamente, replicaría, y también inmediatamente

se habría marchado.

Para no regresar nunca más, como dice mi madre.

Seis semanas antes, en la noche del 2 al 3 de enero de 1976, un comando de los montoneros había realizado un atentado contra la Comisaría 5ª en Godoy Cruz. El objetivo era un agente temido y odiado por la crueldad con que torturaba, pero le dieron a uno de sus colegas, a un cierto Alberto Cuello, de quien se decía que era una persona por demás decente. Dispararon a Cuello desde un auto en marcha, por error, porque a último momento él había cambiado con el otro su turno de vigilancia delante de la comisaría. En vez de alegría contenida, como habían esperado los atacantes, en Mendoza la reacción de la gente fue de horror y de repulsión. Alfredo había participado en el operativo al volante del vehículo acompañante, un taxi que tomó del garaje sin que lo supiese su empleador. Quizá alguien lo observó entonces, o lo vieron cuando devolvió el auto: en cualquier caso el dueño del taxi le espetó que había participado en el atentado. Alfredo lo negó, su jefe hizo con la mano un gesto de salida, él no quería saber nada, solo evitarse problemas, lo palmeó en el hombro, cuidate, mi viejo, una pena, nos entendíamos bien.

¿Te va a deschavar?, le preguntó a Alfredo el jefe de su célula.

No creo. A menos que trascienda y que lo aprieten.

Por un tiempo ni te aparezcas por tu casa. ¿Conoce aparte de vos a alguien más de la organización?

No, dijo Alfredo. O sea, sí. Me vio varias veces con mi novia.

Entonces también ella necesita un lugar seguro.

El lugar más seguro que pudieron encontrar para Gisi fue la casa de los padres de su compañera Lichi Larrea, y ello precisamente porque allí solía ir de visita un oficial de policía, el comisario Narváez, director del Servicio de Inteligencia policial de Mendoza. Cabe considerar poco probable que la casa fuese vigilada sin que él estuviese al tanto. Narváez estaba casado con la madrina de Lichi, conocía a la muchacha desde pequeñita y no ignoraba su compromiso político y su posterior militancia. Cuando en noviembre de 1975 detuvieron a tres montoneros en el domicilio del novio de Lichi, él la envió por si acaso a Chile por dos semanas, hasta que la cosa se tranquilizara. Ella regresó en diciembre, y en enero, más o menos por el 12, le preguntaron si Valentina podría ocultarse en su casa. Ese era el nombre de guerra de Gisi, derivado de Valentina Tereshkova, la cosmonauta soviética, primera entre las mujeres en volar al espacio. Lichi y Gisi, o Valentina, habían participado en los mismos cursos y entrenamientos, reclutado gente como delegadas en distintas facultades, un par de veces habían volanteado juntas. Dentro de la organización ambas cumplían, según Lichi, funciones de nivel medio.

Mientras Lichi salía durante el día a atender sus obligaciones políticas, Gisi se atuvo estrictamente a la orden de no abandonar la casa. La madre de Lichi celebró esa inesperada compañía. Por más nombre de guerra y por más discreción, ella conocía de antes a esa chica de cabellos rubios cortos como nadadora, le gustaba que le contara de técnicas de entrenamiento y de las experiencias de una deportista exitosa, le conmovía su comportamiento, mezcla de confianza y timidez, le halagaba comprobar el gran apetito con que comía sus milanesas, sentía casi celos cuando su hija llegaba a casa y se quería retirar a su cuarto con la huésped. Gisi miraba películas viejas en la televisión, jugaba a las cartas, se quedaba hasta la madrugada leyendo los libros de Psicología de Lichi. Un período sosegado y nutritivo, estaba agradecida por ese ocio impuesto, le dijo a Lichi acá puedo hacer cosas que en casa nunca hice. Sobre las tareas de cada una dentro del Movimiento apenas hablaban, hacía rato que la discreción era la base de todos los intercambios. Pero de noche, cuando estaban acostadas, sus camas una junto a la otra, conversaban en voz baja sobre aquello que las acuciaba y colmaba: el deseo de tener hijos, formar un hogar, la familia no como germen de neurosis ni como baluarte del estado clasista, sino como la alianza social más pequeña en la lucha por un gran objetivo. Por ejemplo. O sobre la manera en que cada una de ellas lidiaba con el peligro que continuamente las acechaba, qué estrategias habían desarrollado, qué patrones de conducta ensayado, qué reglas interiorizado, a fin de no sucumbir a sus efectos. Una cuestión particularmente urgente: poco antes en Buenos Aires, no en Mendoza, unos montoneros de alto rango sometidos a tortura real o a mera amenaza, habían revelado cuanto sabían y entregado así a centenares de miembros. La organización, dice Lichi, se encontraba ya entonces en un momento muy crítico, camino a la desorganización. Sus dirigentes les habían martillado, como mandamiento supremo: no entregarse vivo, resistir hasta escapar o morir en el intento. Se desconoce qué opinaba Gisi de la cápsula de cianuro que los montoneros estaban llamados a llevar siempre consigo para el caso de no tener escapatoria. Lichi recuerda, eso sí, que manifestó temor de que algo pudiera pasarles a Alfredo y a ella. Lichi era optimista, mi viejo es músico y conoce a medio mundo, ¡si me pasara algo él daría enseguida la voz de alarma!

A los diez días les avisaron que la emergencia había pasado, Gisi podía abandonar la casa de la familia Larrea. Se despidió de Lichi y de la madre de esta con la misma sonrisa luminosa y tímida con que había llegado. Estaba al tanto de que las investigaciones oficiales sobre el atentado contra la comisaría aparentemente habían caído en saco roto. Pero justo tres semanas más tarde resultaría evidente que las autoridades estaban tras su rastro y el de Alfredo.

21

Lo que a él más le preocupa de todo esto, preferiría no explicarlo en presencia de sus suegros. No porque tenga nada que aducir contra ellos ni porque fuera a atreverse a criticarlos, por el contrario, son dos personas maravillosas con quienes él se lleva inmejorablemente, al fin de cuentas él es el primero y el mayor de sus yernos, los quiere muchísimo y ellos lo quieren porque lo conocen y saben que él es como es y no de otra manera. Pero ya que tanto le insisten en que dé su opinión, él diría que en la familia no todo funcionó como debió haber funcionado.

Pero en primer lugar recordaría la época en que él pretendía a Gisi, que era preciosa, con sus ojos celestes y piernas largas y sus pechos pequeños y tentadores, lo cual no impidió que entre ellos no pasara absolutamente nada, porque los dos eran demasiado distintos. Gisi era trabajadora. Incluso muy trabajadora. Pero eso no hubiera obstado, diría él, eso él lo conocía de su propia familia, su padre logró adquirir unas propiedades laburando muchísimo sin que después se hubiese creído por eso más que nadie, y sacó de sus cinco hijos tres profesionales universitarios, y los dos restantes son comerciantes. El problema fue, más bien, que Gisi era muy intelectual y muy introvertida, correcto, pero él no, también correcto, y por eso él no sabía qué hacer con ella y al revés, tampoco ella sabía qué hacer con él, y todas las veces que salieron juntos, Alfredo con Heidi, él con Gisi, y otro muchacho del barrio llamado Alberto con una tercera chica que ya falleció, entonces sí que le costaba trabajo convencer a Gisi para que bailara con él, porque ella o no lo escuchaba o miraba para otro lado, o se aburría; no bebía, no fumaba tampoco, mientras los otros, Heidi inclusive, fumaban como chimeneas porque eso era parte de hacerse adulto. Él captó enseguida que nunca iba a hacer méritos con Gisi. Con su hermana, quizá. La esperanza es lo último que se pierde y no hay peor gestión que la que no se hace. A Alfredo le pasó exactamente al revés: con Heidi nada, con Gisi quizá, por lo que fue una cosa obvia que se intercambiaran las hermanas. Porque, diría él, en aquel entonces Gisi ya tenía la política en la cabeza, y él no. Para nada, ni rastros, su ambición nunca fue más lejos que velar por sí y por su familia, pasar tranquilo con amigos, llevarse bien con los

vecinos, no depender de nadie y no tener miedo de nadie. Gisi estaba en otra, quién sabe, diría él, a lo mejor ella y Alfredo se adelantaron a su tiempo, él eso no puede y no quiere juzgarlo, en cualquier caso él se alejó de ellos en cuanto se dio cuenta en qué estaban metidos. Cada vez que pasaba a recoger a Heidi por la casa, veía reuniones de muchas personas allí sentadas, discutiendo. ¡Eso no era para él! Ni para Heidi, a quien él se llevó para su lado, algo que más adelante, cree, le acarrearía algunas irritaciones, diría, con sus suegros, quienes algún tiempo estuvieron indispuestos con él porque él no quería tener absolutamente nada que ver con Gisi ni con Alfredo. Es comprensible que estuviesen molestos. Al fin de cuentas, Gisi era su hija. De su esposa era la hermana. De él, la cuñada. Y él era nuevo en la familia. Pero él sabía lo que estaba en juego y los acontecimientos le dieron, lamentablemente, la razón. En una oportunidad, durante el Proceso, como los generales llamaron a su dictadura, «Proceso de Reorganización Nacional», un sábado a la mañana, ellos ya tenían la beba, la hija mayor, él se va después del desayuno al negocio. Sale pues del edificio, abre el auto, se sube, arranca el motor, se siente bien, pinta bien la mañana con la clientela y después el almuerzo en casa de los suegros, pero apenas dobla la esquina hay tres tipos que a sus espaldas fuerzan la puerta del edificio y entran. Seguramente militares o paramilitares de uno de esos comandos para tareas especiales, por más que no tenían uniforme y no se presentaron ni se identificaron. Rompieron sencillamente la cerradura. Su mujer estaba justo en la ducha. Hay que reconocer que se comportaron de forma bastante civilizada, uno le arrojó una toalla y la dejaron vestirse, y ni a ella ni a la beba les tocaron un pelo. A Heidi la hicieron sentarse en el sofá y responder una gran cantidad de preguntas y mirar cómo los hombres revisaban todo el apartamento; abrieron todos los cajones, examinaron uno a uno todos los libros. Al final se marcharon, pero antes anunciaron que ese mismo día les harían una visita a los padres de Heidi. Él se enteró recién cuando regresó del negocio. Ese allanamiento, diría él, casi lo enloqueció de miedo. En una época en la que de por sí uno estaba a merced de estos tipos, un ataque de esos podía repetirse en cualquier momento, y peor que la primera vez. Ese era su panorama, diría él. No tenía en mente otra cosa que salvar a su familia, evitar que les pasara algo, sobre todo a su hija, a la primera. No se trató de un miedo injustificado, más tarde se sabría que se robaron una cantidad de chicos, así nomás. Los padres asesinados, los hijos robados. Por eso él no quería saber absolutamente nada con Gisi que los había metido en el asunto. Por eso reaccionó tan enojado la vez que Gisi, le pidió que los alojaran, solo por una noche. ¡No, no y no! Punto. Como cuando uno habla con un chico porfiado que no aprende cuáles son sus límites, no, eso no, no, eso no podés, no, eso no

te lo doy, no importa lo que digas o hagas. Es verdad, seguro. Ella ya era grande y sabía la gravedad de la situación. Él diría que entonces estaba furioso con ella. Porque ella puso en peligro a la familia de él. Y un poco furioso también con sus suegros, porque veían todo y no actuaban. Con toda la parentela que tienen en Europa y en Bolivia no les habría sido difícil poner a salvo a su hija. De haberlo hecho, ella ahora estaría viva. Si él hubiera sido el padre, la habría empaquetado y sacado del país sin darle muchas vueltas, daba lo mismo si ella estaba o no de acuerdo. Él seguramente habría hecho eso, diría él, ya que tanto le insisten en que dé su opinión.

Lo que él diría en segundo lugar, no en presencia de ellos, porque para eso respeta y aprecia demasiado a sus suegros, lo diría mejor en su casa, estando solo, tampoco es necesario que lo escuchen su señora ni sus hijas, lo otro que le disgusta es que en la familia nadie hable de Gisi. Nadie, ni siquiera su esposa, a pesar de que es psicóloga y se ha analizado muchos años. En el mismo momento en que desapareció, Gisi se convirtió en un tabú. Nadie volvió a hablar más de ella. Como si hubiera algo que ocultar en todo eso. Y nadie la ha dado por muerta. Ni los padres, ni las hermanas. Eso, él, no lo puede entender. Él habría dicho desde el principio mi hija está muerta. O habría negado su muerte. En tal caso también habría dicho está viva, ¡así que me voy a buscarla y no paro hasta haberla encontrado! Personas maravillosas y admirables son sus suegros, sin duda, pero aquí hubo algo que falló. Su silencio. ¿Porque se sienten culpables? No lo sé, diría él.

Él no, él no tiene problema en decir que su cuñada está muerta. O que está desaparecida, que termina siendo lo mismo. Porque ¿qué hicieron con los llamados desaparecidos? Los arrojaron al mar o los fusilaron y enterraron en fosas comunes, igual que los nazis en Europa. Seguro. Y para eso inventaron esta palabra, «desaparecido». Pero muerto.

Él habría hablado, diría él. Todo el tiempo. No habría cerrado la boca. Aunque durante mucho tiempo en Argentina había miedo de abrir la boca.

Solo una vez cada tanto, los 4 de febrero, oye que sus suegros dicen: Hoy sería su cumpleaños. Eso es todo. Ni una palabra sobre Gisi, cómo sería si se hubiese casado, si su matrimonio sería feliz, si habría tenido hijos, y cuántos, dónde viviría ahora, en qué trabajaría, cómo se comportaría en esta situación o en aquella, qué cosas harían con ella. Ni una palabra. Como si no estuviera muerta ni tampoco viva, sino, suerte de ángel, revoloteara entre el cielo y la tierra. Él opina que este silencio no es bueno, diría. Quizá se explique por el país de origen de sus suegros, piensa a veces, el carácter de la gente allá, cerrados y callados, él conoce Austria, un país maravilloso de

gente callada y cerrada, algo sumisa, por otro lado bien educada, lo cual se advierte ya en su forma de conducirse en el tránsito, especialmente en los semáforos para peatones; los argentinos en eso son distintos, gritones e impulsivos y siempre listos para protestar. Aunque, en la dictadura, cuando pasaban los milicos por la calle, todos se callaban la boca y con todas sus fuerzas miraban para otro lado. Él también. Si los otros tenían las armas. ¿Ellos qué hubieran podido hacer? ¡Pum!

Diría él. Si alguien le preguntara. Por Gisi, y cómo es que ella es tabú.

22

Ojalá Gisi hubiese tenido mala suerte, quisiera Helga. Mala suerte en diciembre de 1975, cuando la interceptaron unos policías. Ojalá la hubiesen detenido, juzgado, encarcelado por asistencia a una asociación terrorista o por difamación de las Fuerzas Armadas argentinas, vaya uno a saber qué cosas le imputaron a Daniel Ubertone, el muchacho que estaba volanteando con ella, a él lo arrojaron enseguida adentro del patrullero, con ella dudaron. Aparentemente Gisi podía, en situaciones de peligro, guardar la calma pese a su presunto miedo a ser maltratada, o justamente debido a él, y mostrarse inocente, aplacar a tipos agresivos, convertir el miedo en la apariencia de una alegre placidez.

Sigue siendo un misterio cómo logró deshacerse furtivamente y en segundos de los demás volantes. En su mochila había solamente un pañuelo arrugado. Los policías exigieron un documento de identidad. Tenía solamente el carnet de socia del club de natación, vencido hacía rato. O ninguno. O, mejor todavía, el carnet falsificado, con su foto, ella mirando de frente a la cámara, y el nombre de otra joven. En cualquier caso, a Gisi, contra todo pronóstico, la dejaron ir. A Ubertone lo llevaron a la comisaría, y, después, de una cárcel a otra. Aunque no pudieron probarle de manera irrecusable ni siquiera la distribución de volantes, pasó más de siete años tras las rejas.

Él sobrevivió, dice Helga.

Como muy probablemente también Gisi habría sobrevivido ese día, si no hubiese salido solo con el susto. O si ella y Alfredo, dos o tres meses más tarde, no hubiesen dicho que no.

No, gracias. Gracias por tu ofrecimiento, de veras es muy decente de tu parte, pero.

Si hubiesen prestado oídos al esposo de la prima de Alfredo, quien cada pocas semanas viajaba en camión a Brasil. Él quería llevarlos, cruzar la frontera con ellos dos ocultos detrás de unas bolsas y cajones. Si bien Brasil era una dictadura militar, uno podía con un poco de suerte arreglárselas bien, porque allí ya amainaba lo que en Argentina comenzó recién el 24 de marzo de 1976 a las tres de la madrugada, cuando los comandantes en jefe de Ejército, Marina y

Fuerza Aérea derrocaron al Gobierno, disolvieron el Congreso, destituyeron a los gobernadores y a los jueces federales, abolieron el derecho de huelga, intervinieron los sindicatos y prohibieron todas las actividades de política partidaria.

La mayoría de la población recibió con alivio la noticia del Golpe, la gente esperaba sanciones contra la ola de violencia y corrupción, medidas enérgicas para frenar la inflación, impulsar la economía, recuperar la seguridad del Estado de Derecho.

Todo ello anunció la Junta Militar que haría, en un mensaje moderado que dirigió a la nación y tras el cual incluso Helga y Willi abrigaron la esperanza de que no sería más duro que después del último golpe de estado, el del General Onganía en el año 66.

Ni siquiera los montoneros, ellos sí que para nada, habían presagiado la saña con que se encolerizarían los militares. Nosotros estábamos junto con una chica de Santa Fe, con Elsa Sedrán, que dirigía el grupo de Gisi. Bueno, no parece tan mal, opinó ella. Pero enseguida empezaron a matarlos a todos. Uno por uno.

En febrero Gisi y Alfredo se habían ocultado en casa de la tía de Alfredo, unos kilómetros afuera de la ciudad. Regresaron a Mendoza antes del Golpe, posiblemente por disposición de sus superiores, porque estaban planeando una nueva ofensiva y cabe suponer que quisieran contar con Gisi en las reuniones preparatorias. O quizá ambos advirtieran que los vecinos de la tía los miraban con desconfianza; no podían pues quedarse por más tiempo allí. Helga dice que Gisi seguidamente se refugió en casa de Liliana Vargas, y Heidi recuerda que Alfredo y su hermana intentaron una vez pernoctar en casa de ella y de Óscar. Quizá ello sucediera entonces, tres o cuatro días antes del Golpe, quizá fuera ya semanas antes. En cualquier caso, una noche estaban en la puerta de su casa.

Colorada, dejanos pasar, necesitamos alojamiento por una noche.

Heidi abrió la puerta, se hizo a un lado para que entraran, pasó llave tras ellos, la besó o abrazó, los guió por el pasillo hasta el futuro cuarto de los niños, les preguntó si habían comido algo, a lo que Gisi respondió afirmativamente, sacó del ropero unas sábanas y toallas y las depositó sobre el sofá-cama. Hablaron poco, era tarde, casi medianoche, Óscar ya se había acostado, y Heidi les abrió la puerta en camisón, advirtió que también Alfredo y Gisi estaban muertos de sueño.

En el dormitorio Óscar le hizo una escena terrible. Que cómo los había dejado entrar. Que qué se había creído. Que por qué no le había peguntado antes a él. Que si tenía muchas ganas de dar a luz en la cana. Óscar estaba furioso, Heidi se puso a llorar, así estuvieron un buen rato, con la puerta cerrada, y las voces amortiguadas pero lo suficientemente altas para que los de la habitación contigua supieran

que eran indeseados, porque la mañana siguiente, dice Heidi, no había ninguna señal de ellos y cuando ella fue a mirar, giró la perilla y empujó con cuidado la puerta, constató que Alfredo y su hermana habían desaparecido. Debieron haberse ido la misma noche, porque la cama no había sido tendida y la puerta del apartamento no estaba trancada, sino solo cerrada sin pasar cerrojo. La habían cerrado desde el lado de afuera. Sin hacer ruido, avergonzados o divertidos o llenos de desprecio, porque Heidi y Óscar habían peleado a causa de ellos dos.

Gisi mantuvo el contacto con sus padres y con Mónica a través de sus amigas de la época escolar; en casos apremiantes incluso llamaba a la casa, aunque cabía suponer que el teléfono, al menos por períodos, estaba intervenido.

Siempre nos las pudimos arreglar de alguna manera, dice Willi. Con trucos absolutamente infantiles. Cuando hacíamos una cita por teléfono, le restábamos tres horas. Si decíamos que nos encontrábamos a las ocho, ambas partes sabían que el encuentro sería a las cinco. O el lugar de encuentro, en la calle tal y tal, a la altura de tal y tal, ya sabíamos que el lugar era diez cuadras más arriba. Lo infantil fue efectivo.

Y sin embargo, peligroso, ya antes, pero sobre todo después del golpe militar. En dos ocasiones Willi y Helga debieron ocultarse rápidamente, porque habían caído unos montoneros que los conocían personalmente y sabían de su colaboración. Cabía esperar que, en la tortura, dijesen los nombres de ellos. Una de esas veces los acogió en su casa por dos o tres días un hermano de Óscar, la otra vez se refugiaron en Buenos Aires, en casa de Trixi, la prima de Helga. A Mónica la llevaron siempre consigo, por supuesto. En la casa quedó la madre de Willi sola, todo normal, dijo por teléfono, no, nadie vino a preguntar por ustedes, también después de una semana, después de diez días la misma información, de la cual dedujeron que los compañeros de Gisi no habían hablado, o que a ellos por alguna razón los consideraban inofensivos. O que contaban en la policía o el ejército con un ángel de la guarda. Posiblemente, el vecino de quien ya se habló.

El Golpe de Estado no los benefició en su ejercicio de la profesión. Además de atender en su consultorio, ejercían también como médicos de hospital, Willi en forma honoraria en el Hospital Central, y Helga, con un contrato permanente, en el Emilio Civit. Ahora a Willi le negaron el ingreso al hospital después que él se había tomado dos días de licencia. A Helga le tocó recién en septiembre u octubre. Como todos los empleados del Ministerio de Salud, ella recogía siempre el último día del mes un sobre con su sueldo. Al desgarrar el sobre esta vez halló, en lugar de los billetes, una misiva en la que se le

comunicaba que estaba despedida con efecto inmediato. Reclamó ante el funcionario correspondiente, un militar con rango de oficial, que a ella en cualquier caso le correspondía el sueldo del último mes.

Desaparezca, dijo él. O la mando arrestar ya mismo.

Con Heidi pasó justo lo contrario. No la expulsaron a ella de la Facultad, sino que clausuraron la Facultad debido a sus estudiantes. Psicología, una carrera que, como se sabe, había caído víctima de la subversión. Afortunadamente le permitieron cambiarse a una universidad privada, y dado que solamente le faltaban algunos exámenes, tuvieron la generosidad de abstenerse de cobrarle las tasas universitarias. Que ella pudiese culminar sus estudios se lo debe a fin de cuentas a su hermana, dice Heidi. Si no hubiese sido por su cautela, seguramente la habrían echado. Ella conoce casos de estudiantes que fueron expulsados por una insignificancia. Tener a Gisi de hermana no era una insignificancia. Ella siempre cuidó de mantener en secreto su identidad para no perjudicarla a ella, a Heidi. Por ese motivo también es que jamás firmaba con su nombre ni ponía el nombre del destinatario, siempre solamente «Colorada», feliz cumpleaños, Colorada, por ejemplo en junio, cuando Heidi cumplió veinticuatro, y muchas gracias por el regalo, las tazas nos vienen genial, no teníamos.

Cuando Helga le trajo la tarjeta de cumpleaños, hacía ya dos meses que Gisi y Alfredo vivían en San Juan, en la capital de la provincia homónima, que queda a unos ciento setenta kilómetros de Mendoza.

Cabe suponer que San Juan haya sido para ellos más lugar de fuga que zona de combate. La dirigencia los envió allí, como a muchos compañeros de Mendoza. Ahora estaban incorporados a la estructura militar; participaron en prácticas de tiro en Cañadón Negro, una finca apartada, fabricaron granadas de mano en un taller, construyeron depósitos donde esconder las armas, una y otra vez robaron los vehículos necesarios para los operativos, cierta vez Gisi contó a sus padres de un tiroteo en el que ella, sin embargo, no había participado.

Siempre nos contaba todo. Quiero decir, en la medida en que podía contar. Aparentemente no participaba en las operaciones armadas. Estaba más bien encargada de la agitación, escribía notas para fábricas y barrios.

Arrojar volantes, escribir en los muros consignas contra la dictadura y exhortaciones a la resistencia, encontrarse con la gente de su grupo todos los días a determinada hora en determinada esquina. Esconderse y sobrevivir, lo que en Mendoza prácticamente ya no era posible. Allí, las Fuerzas Armadas argentinas habían cumplido en pocas semanas su objetivo declarado de aislar y luego destruir a los opositores. Pues debido a las medidas de terror de los militares, dice Nacho, nadie quería escondernos en su casa. Los parientes no, y los amigos tampoco. Y vos tampoco podés ponerlos en peligro. Llega

pronto el momento en que ya no sabés dónde vas a pasar la noche. Estás absolutamente solo. Y perdido.

En San Juan, Gisi y Alfredo tuvieron que mantenerse con recursos propios. De la organización, que a comienzos de los años setenta había reunido sumas gigantescas de dinero por concepto de rescate en espectaculares secuestros de empresarios, no recibieron ningún apoyo económico. Sí de Helga y Willi, ellos los visitaban por lo menos una vez al mes. Les llevaron una refrigeradora usada, luego un lavarropas, ya en los primeros tiempos un nebulizador para tratamiento de asmáticos. También les enseñaron a aplicar inyectables. Dar inyecciones, administrar nebulizaciones, actividades con las cuales ellos durante años habían ganado el sustento familiar.

Igual que cuando en febrero visitaron a su hija en casa de la tía de Alfredo, durante el trayecto a San Juan iban muy atentos a si alguien los seguía. En caso de duda reducían la velocidad, hacían una parada o tomaban un desvío. En San Juan, Alfredo los aguardaba en una esquina. Gisi y él vivían en el centro de la ciudad, en un edificio fácil de abarcar con la mirada. Más tarde pudieron alquilar una casa más alejada, que, llegado el caso, ofrecía más posibilidades de escape.

Mónica siempre los acompañaba. Había llorado y suplicado cuando Gisi les dijo que habían recibido la orden de irse a San Juan.

Llevame con vos, ¡por favor! Qué importa a cuál colegio tenga que ir. No les voy a dar ningún trabajo, te lo prometo.

Recitó una lista de las actividades que cumpliría para ellos sin chistar. Lavar los pisos, sacar el polvo, hacer los mandados, lustrar los zapatos, ayudar a cocinar, poner la mesa, levantar la mesa, lavar los platos, ir a mirar si llueve…

No es posible. De veras, no podés venir.

… cazar cucarachas, cebar mate, sacar los pelos del desagüe, sacar a pasear al perro…

Cuál perro, dijo Gisi, casi asustada, y a Mónica le dio risa.

23

Por qué no se consiguen un perro, había preguntado Heidi una vez, y entonces fue Gisi quien rió, con desdén, le pareció a Heidi, un poco de arriba, ¿qué sabrás vos?

Lo digo en serio, un ovejero alemán, lo entrenás para que avise si anda alguien extraño por ahí, y así ustedes tienen tiempo de rajar.

Qué tontería. Mucho más útil que un perro nos resulta el…

Y entonces Gisi dijo una palabra que Heidi hasta entonces nunca había escuchado, eran tres letras o una sílaba que entre tanto ha olvidado, pero en aquellos días preguntó qué significaba y alguien le dijo: Es un tipo de fusil.

Casi me da un ataque. O sea, que tiene la casa llena de armas. Y yo había sido tan ingenua siempre de creer que mi hermana nunca jamás iba a adoptar la lógica de los otros. No solamente mi papá, también los padres de mi mamá, el abuelo y su hermano, hacían teatro callejero en Viena, eran pacifistas convencidos. Manifestar, hacer huelga, liberar presos, todo lo que quieras, ¡pero no almacenar armas, salir a los tiros, hacer la guerra! A pesar de todo, nunca la abandoné. Siempre me mantuve unida a ella. No hubo una ruptura entre nosotras. Que yo no los acompañara ni una sola vez a San Juan, no quiere decir nada sobre nuestra relación. Me quedé acá porque por nada me hubiese separado de Paola. Yo la quería llevar. Óscar no lo permitió. Con la nena, no. Andá, si sentís que tenés que ir. ¡Pero nuestra hija se queda acá! No viajé. Les daba a mis padres algo para ella, una estufa de cuarzo, una plancha, porque para nuestro casamiento nos habían regalado tres, vajilla, aparentemente también dinero, y cada vez que me escribía que una de sus compañeras estaba esperando un bebé, yo tejía o cosía algo, o le mandaba las cosas que ya no le entraban a Paola.

La ropa de bebé Heidi volvió a verla, inesperadamente, dos años más tarde. Ella y Óscar vivían en aquel entonces en un edificio que pertenecía a la madre de Óscar y que él administraba, y en el mismo piso, justo pegado a ellos, vivía otro matrimonio joven, gente de San Rafael. Habían estado buscando con urgencia un apartamento porque ella estaba embarazada, y afirmaron estar dispuestos incluso a pagar

por anticipado seis meses de alquiler. Que el dinero se lo querían facilitar sus padres, dijeron. Salvo esta oferta inusualmente generosa, nada en ellos llamaba la atención, aparentemente trabajaban ambos, porque en las mañanas salían juntos, casi siempre a la misma hora. La mujer regresaba a casa generalmente en las primeras horas de la tarde, hacía entonces la compra y se ponía a cocinar. A veces acompañaba a Heidi y Paola cuando ellas iban al parque o a una plaza de juegos. Decía que estaba muy contenta por el niño que vendría, y de Heidi quería saber si las primeras semanas después del parto eran realmente tan agotadoras como siempre decía su madre.

¿Ya tenés cosas de bebé?, preguntó Heidi un día cuando se cruzaron en la escalera del edificio.

Sí, cualquier cantidad. Vení que te las muestro.

En su dormitorio alisó la colcha de la cama, y sobre ella fue extendiendo, para que Heidi viera: batitas, gorritos, peleles.

¿No son preciosos?

Heidi asintió con la cabeza y sonrió, tuvo que esforzarse para que no se le notara nada.

Eso pasa solamente en las películas, dice. Que al mirar un ajuar de bebé descubras el secreto de tus vecinos. Había una cantidad de cosas que en su momento yo les había dado a mis padres para que llevaran a San Juan.

Ahora comprendía también por qué una nochecita la mujer había tardado tanto en abrir la puerta, Heidi ya había entibiado la leche para la mamadera de Paola y de pronto advirtió que no tenía azúcar en casa. Salió al corredor y golpeó la puerta de los vecinos para pedirles un pocillo de azúcar, y enseguida oyó una serie de ruidos, algo se arrastraba, crujía, cierto alboroto y también cuchicheos, como si alguien hubiese entrado en pánico y guardara cosas a las apuradas. Un amante, lo está metiendo en el ropero porque cree que soy el marido, pensó Heidi divertida.

Soy yo, Heidi, dijo, y volvió a golpear.

Pasó un rato hasta que la mujer vino a la puerta.

Estábamos justo cambiando de lugar los muebles, dijo. ¿Ya habías golpeado antes?

Habrán tenido un cajón con armas o con boletines, o un mimeógrafo, algo por el estilo, dice Heidi.

Dos o tres semanas tras el inquietante descubrimiento de que vivían al lado de montoneros, Heidi regresaba de una clase, cerca del mediodía. Al doblar la esquina vio que unos hombres andaban por los techos del edificio. Hombres, agachados y con armas, también en los techos de los edificios vecinos. Siguió, contra su voluntad, de largo, ya me vieron, pensó, si me doy vuelta ahora quedo como sospechosa.

Delante de la puerta del edificio estaba parado uno de los inquilinos y miraba en dirección a Heidi. Cuando ella lo tuvo casi enfrente, él señaló arriba con el brazo y dijo, con un dejo triunfante: Andan cazando chorros. Heidi pasó frente a él sin decir nada, por la vereda, siguió de largo hasta la farmacia de la esquina, en la que preguntó si podía hacer una llamada. En ese momento paró allí fuera un colectivo, ella salió y se subió.

Diez minutos más tarde estaba delante de Óscar.

El edificio está lleno de milicos, Óscar, ¡hacé algo, cerrá el negocio, llevame a alguna parte, a recoger a Paola de la guardería… por nada del mundo, si nos estarán buscando!

Después de calmar a Heidi y dejarla en casa de la madre de él, Óscar se dirigió a su casa en el auto y pasó muy lentamente frente al edificio. Por el parabrisas, después por la ventanilla lateral, finalmente por el espejo retrovisor, observó lo que ocurría. A uno de los hombres que aparentemente cubrían la entrada del edificio lo reconoció a primera vista, era amigo de un primo suyo, uno de quien jamás hubiera esperado que participara como civil en la cacería humana. También reconoció a la pareja de San Rafael, en ese momento los arrastraban fuera del edificio. Primero al hombre.

Detrás de él la mujer tropezó, la levantaron asiéndola por los pelos.

A pleno día, dice Heidi.

Hacia la noche Óscar pudo finalmente convencerla de regresar con él al apartamento. Se enteraron de que también se habían llevado a otra vecina, una mujer joven, sola. Su hija de dos años, una niña particularmente despierta, como dice Heidi, había jugado muchas veces con Paola.

La mujer secuestrada, su nena entregada sin explicaciones a un vecino, me hubiese gustado traérmela a la casa, por suerte alguien avisó a los abuelos, ellos la vinieron a buscar a los pocos días.

Nunca más se supo nada de esta mujer ni del hombre de San Rafael. De su esposa embarazada se sabe que unos días después fue arrojada desde un auto, desnuda, en las afueras de la ciudad, en Challao. Heidi está convencida de que en eso algo tuvo que ver el vecino del brazo extendido y el dejo satisfecho. Que él los denunció. Él lo negó y no se le pudo probar nada. A uno de los secuestradores, el amigo del primo de Óscar, lo denunció Óscar más adelante. Dice Heidi. Con nombre y todo. Es poco probable que haya tenido que rendir cuentas ante un tribunal.

Y mucho antes, todavía en su primer apartamento, el del Barrio Cano, lo otro, lo que Óscar ya mencionó, aquella mañana de sábado en septiembre u octubre del 76, en la que Heidi estaba lavando pañales en el cuarto de baño. Salvo el corpiño, estaba desnuda, y

también Paola estaba desnuda la parte de abajo, porque sangraba un poquito la piel en la cola, después se supo que era por un hongo de la piel, pero entonces creían que Paola no aguantaba los pañales y siguieron el consejo de la pediatra de dejar la parte irritada descubierta todo el tiempo posible, por eso Heidi le había puesto solamente una camiseta.

Ella en el baño con un cesto lleno de pañales, Paola en el dormitorio sobre la cama matrimonial y, en la puerta del apartamento, el pasador con la cadena puesta. De repente algo que rechina, como si alguien empujase la puerta forzando al máximo la cadena. ¡Papi!, gritó Heidi. Habían acordado que su padre las recogería a ella y a Paola para ir a almorzar, y él siempre era así, tan impetuoso para abrir y cerrar puertas, a los golpes, ¡pum! y ¡pum!, nunca va a cambiar en eso, pensó Heidi. Papi, ¡ya voy!, volvió a gritar. Se incorporó y dio media vuelta, vio entonces la boca de una pistola. Supone que era una pistola, hasta el día de hoy no lo sabe, tampoco le interesa, y entonces se asustó tanto que aunque se volvió toda ojos y oídos, no registró nada de lo que había para ver y oír. No pudo decir palabra y le flaquearon las piernas. Todo lo que veía era un arma de fuego dirigida a su cara, y más atrás un hombre que la miró brevemente, desapareció por un momento, regresó y le arrojó un batón, quizá incluso el vestido que ella después del desayuno, para que no se arrugase, había puesto con cuidado sobre el respaldo del sofá. Se sentó sobre el borde de la bañera. Dura, como paralizada.

Le pasa siempre. Cuando se asusta mucho, se le aflojan las piernas.

El hombre la sujetó por debajo de la axila, colocó el brazo izquierdo de ella sobre su hombro y la arrastró afuera, a la sala, donde había dos hombres más. ¿O quizá solo uno? Allí la dejó caer en una silla. Que dónde estaba su hermana, que cuándo la había visto por última vez, que si también estaba en contacto con Alfredo Escámez, que dónde se los podía encontrar. Le ponían fotos delante de los ojos, de gente que suponían que ella conocía. Heidi no sabe qué respondió, ni si llegó a responder.

Los hombres revolvieron el apartamento, hurgaron en sus papeles, le encontraron un carnet viejo del Centro Cultural Israelita, que si todavía era socia, revisaron uno por uno todos los libros de la biblioteca, pero no encontraron ninguno que estuviera prohibido. Los diarios del Che Guevara y la *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire, así como algunos libros de Psicología, Heidi los había quemado enseguida después del Golpe.

En algún momento le alcanzaron a la nena que había empezado a gritar en el dormitorio, pero Heidi seguía como paralizada y no habría podido sostenerla, se le habría caído de los brazos, ¡No, no!, por lo que los hombres no tuvieron más remedio que colocar a Paola en el

moisés, donde debe de haber seguido gritando un rato. Heidi no se puede acordar. Solamente que no estaba en condiciones de tomar en brazos a su hija, y que los hombres hicieron muchas preguntas, y habían traído unos aparatos que colocaron ante su vista sobre la mesa, picanas, le cruzó como ráfaga a Heidi por la cabeza, pinzas o grapas para torturar con electricidad, quizá fueran solo grabadores, o armas, al menos uno de los instrumentos a ella le pareció claramente un arma.

Finalmente, uno de ellos descubrió la mancha violeta en el piso, tinta, ¡ya tenemos la prueba, acá hay una imprenta clandestina!, y Heidi les explicó atorándose, pero con toda precisión, cómo había surgido, que el médico de su hija había recetado una tintura, violeta de genciana, que ella, Heidi, le tenía que aplicar con un pincelito en la piel en el pliegue anal, y una vez, durante el procedimiento, Paola moviendo sus piernitas arrojó el frasquito al piso, la tintura se derramó sobre el piso de linóleo, que la absorbió, y aunque ella enseguida limpió, nunca más pudo sacar la mancha. Los hombres aparentemente la creyeron, pero volvieron a dar vuelta a todo el apartamento, por si no habría de todas maneras algún volante hecho a mimeógrafo. Se quedaron una hora o una hora y media, cree Heidi, no quebraron nada, no rasgaron nada, no derramaron nada, no la maltrataron, ni siquiera la amenazaron, antes de guardar nuevamente sus aparatos y de retirarse.

Apenas se marcharon, las piernas de Heidi volvieron a responderle, ella corrió al balcón para convencerse de que los hombres efectivamente se habían ido, los vio salir del edificio riéndose. No eran los matones de costumbre, se comportaron de manera bastante civilizada, usaron un vocabulario adecuado, además iban bastante bien vestidos, y, como se dijo, Heidi recuerda que al alejarse iban riéndose.

Desde casa de la vecina del apartamento debajo del de ellos, la única que tenía teléfono en el edificio, llamó a Óscar.

Tenés que venir enseguida. Pasó algo terrible. No, con Paola está todo bien.

Él llegó muy pronto, a un tiempo furioso y aliviado, y poco después llegó el padre de Heidi, estacionó y bajó del auto, pero desde el balcón Óscar le hizo señas de que se fuera, él luego le explicaría todo. Llevó entonces a Heidi y a la nena a casa de la madre de él, donde se quedaron el resto del día. Nunca más quería regresar a ese apartamento, dijo ella, dice Heidi.

24

Anhelar que las cosas tomen el más favorable de los giros. Trabajar en ese sentido. Para que pueda abrirse la puerta, entrar la hija, llegar del cielo un ángel. Para eso ella debería haberse salido de la organización, mejor ya entonces cuando prohibieron oficialmente a Montoneros. Abjurar de la lucha armada. Existió la posibilidad, por algunos días, podría haberlo pensado, no era necesario decidirlo de la noche a la mañana, afirma Heidi. Abrirse no ofrecía ninguna garantía, pero sí una oportunidad muchísimo mayor de salir con vida. Valerse de la ayuda material de los padres, ocultarse en casa de algún pariente, en otra ciudad, evitar la calle un año o más, encontrar luego un trabajo lo más discreto posible, estacionario, sin público, sin servicio externo, sin muchos colegas, por ejemplo en un laboratorio, para lo cual Gisi reunía las condiciones ideales. De casa al trabajo, del trabajo a casa.

Gisi no quiso. Lo recuerdo perfectamente. Dije: Salite, todavía hay tiempo. Pero ella estaba ya demasiado involucrada. No puedo dejar a mis compañeros. Esa fue su respuesta. Estaba a cargo de un grupo. Se sentía responsable por su gente.

No puedo abandonarlos.

Esa fue la respuesta a todas las otras propuestas, a todas las súplicas de su madre. Solo una vez, dice Helga, había estado dispuesta a viajar con nosotros a Buenos Aires. No en forma definitiva, pero al menos por un tiempo habría estado medianamente a salvo.

Tengo que solicitar autorización, dijo. Y al día siguiente: No, no es posible.

En Buenos Aires podría haberse mudado a casa de Peter, el primo de Helga, a una casa que él ocupaba solamente los fines de semana. Alrededor solamente pastos altos, siete arbustos, un laurel, un muro, los vecinos fuera del alcance del oído. Decile a Gisi, había mandado decir él, que en casa será bienvenida en todo momento.

No también a la oferta de su tío en Viena. Heinz Markstein había regresado a Austria en enero de 1951, donde pasó a desempeñarse como periodista, lleno de expectativas respecto a transformaciones sociales y a ascensos profesionales que habrían de colmarse solamente en parte, y distinto a como él había imaginado. Ahora estaba de visita

por unos días, y como Helga y Willi le habían coordinado un encuentro con Gisi, él viajó con ellos a San Juan. También él advirtió el peligro en que se hallaba su sobrina y le propuso salir del país con él.

A Viena. Podés vivir con nosotros, seguir estudiando en la universidad, como profesional vas a serle más provechosa a tu país y a la revolución.

La segunda de sus hijas era apenas cuatro meses menor que Gisi, él quería llamar inmediatamente a su casa, que le enviasen el pasaporte de ella, con él Gisi podría salir sin ningún problema del país, nadie notaría que no era la chica de la foto.

Gracias, tío Heinz, pero no puedo…

Irse habría significado abandonar, uno mismo y los otros, la causa por la cual luchaban, así como su pretensión de seguir siendo creíbles. Por eso tampoco Lichi Larrea quiso dejar de ningún modo Argentina.

A su novio lo detuvieron al día siguiente del golpe de estado en su lugar de trabajo, la Oficina de Vialidad de la provincia. El comisario Narváez hizo que el lunes siguiente lo dejaran salir con libertad condicional, y se lo llevó directamente a casa de Lichi para verla, y le planteó tres alternativas respecto a su futuro:

O esperás acá hasta que vengan a buscarte. O te presentás. O yo me encargo de que te dejen pasar la frontera. Lo antes posible. De lo contrario, ni yo podré hacer nada más por vos.

Ni una cosa ni la otra, y menos que menos al extranjero.

Su novio trató de hacerle cambiar de opinión. Mientras estuvo preso lo habían torturado y, bajo la capucha, tuvo que oír cómo sus secuestradores violaban a mujeres.

Él tiene razón, Lichi. Andate, no esperes.

Estaban sentados, o de pie, o caminaban de un lado a otro de la cocina. El comisario había insistido en que discutieran el tema a solas: él y Lichi, el novio de Lichi, la madre de Lichi. Nadie más. Le estuvieron hablando desde las siete de la tarde hasta la medianoche. Lichi seguía opinando que justamente ahora su obligación era quedarse, continuar. Su madre sollozaba. Su novio suplicaba. La paciencia del comisario era inagotable.

Diez días después Narváez llamó por teléfono a una agencia de viajes y reservó dos lugares para el micro a Santiago, para Lichi y su madre, pero a nombre de él. Lichi se opuso hasta el final. Él y el padre de Lichi debieron llevarla entre los dos del brazo, uno a cada lado, hasta el micro. En el control de fronteras no hubo problemas. En la capital chilena madre e hija se despidieron. Lichi tomó un avión a Ecuador, donde no pudo sacudirse la sensación de no ser más ella misma. Regresó al cabo de tres años y medio. Con los primeros

excarcelados de los calabozos de la dictadura fundó un grupo político: Intransigencia y Movilización Peronista, un nombre como sacado de un panfleto incurablemente anticuado. Pero el nombre es lo de menos, dice Lichi. En ese grupo conoció a Guillermo Tenenbaum. Por algún tiempo él participó en todas las reuniones. Después, ya no. A la madre de Gisela recién la conoció cuando inscribió a sus hijos en el club de natación. El grupo existe hasta hoy. Lichi está segura de que jamás lograrán nada. Pero igual siguen, aunque solo sea por oponerse al individualismo, como ella dice, el político y el otro, el instinto gregario en pos de la felicidad individual. Cree que Gisi trabajaría con ellos en ese grupo.

Alejandro Dolz huyó a Buenos Aires dos días después del Golpe. Cristina Coll lo siguió en septiembre. En noviembre nació su primer hijo, Sebastián. Ese mismo mes Alejandro decidió separarse de Poder Obrero. Las actividades de la organización se limitaban entonces a ataques y medidas de autodefensa violenta, involuntariamente competía con los militares en un ámbito en el que sin duda era inferior. Los cadáveres de sus compañeros, o lo que de ellos quedó, aparecieron en el Río de la Plata, encadenados a tanques.

Sin la ayuda de los comerciantes judíos del Barrio Once, que dejaron entrever que en el fondo de su corazón seguían siendo socialistas, Alejandro no se hubiese podido mantener, sin recursos, en esa ciudad desconocida. Le confiaron, sin garantía ni adelanto, grandes partidas de camisas, pantalones y trajes, que él intentaba luego colocar en el comercio minorista. Más tarde encontró trabajo en el departamento de control de calidad de una fábrica de plásticos, después en un depósito de muebles. Cristina estuvo empleada como diseñadora gráfica, primero en una agencia publicitaria, después en una revista para mujeres. Mientras su situación económica se estabilizaba en forma progresiva, ellos seguían poseídos por el miedo a ser descubiertos. Durante años debieron ocultar ante sus vecinos y compañeros de trabajo una parte de la historia de sus vidas sin la cual ellos no eran ellos mismos. Cada vez que por casualidad se cruzaban, como sucedió algunas veces, en una confitería o en la calle, con gente conocida de Mendoza, incluso con buenos conocidos o amigos de la época de estudiantes, todos hacían como si no se conocieran. Nada de detenerse ni de saludarse, ni siquiera un mínimo gesto de reconocimiento, de una mesa a otra, en el restaurante. A fin de protegerse, desarrollaron la capacidad de parcelar las manifestaciones de su vida. Los primeros tiempos casi no pasaba un día sin que les llegaran noticias de las bajas, aquel y aquella y aquel otro también, baleado, desaparecida, mutilado. Exteriormente parecía como si el duelo no les afectara. Osvaldo Rosales, por ejemplo. Cuando se enteraron que él había sido abatido delante de su casa y su cadáver

secuestrado, Cristina no pudo llorar. Lo cierto es que hubiese querido llorar, ella quería mucho al Flaco y la noticia le dolió tanto. Pero existía este mecanismo de fragmentarse en una Cristina que actuaba, otra que hablaba, una tercera que retenía las lágrimas.

Ella vio a Gisi una vez más, en febrero de 1977, en una heladería de la calle San Martín, en Godoy Cruz. El encuentro lo arregló Helga, Cristina la había llamado por teléfono, si habría posibilidad de ver a Gisi, tenía consigo a Sebastián, para eso había venido a Mendoza, para mostrárselo a sus padres y a sus suegros, y hoy le aflige que casi no recuerda detalles. ¿No tenía Gisi el cabello teñido de negro? ¿No llevaba también un pañuelo en la cabeza, como una mujer del campo? ¿No parecía agotada, deprimida? ¿No se dedicaron las dos, Gisi y ella, más al pequeño Sebastián que a ellas mismas? ¿No fue él el centro de atención del encuentro porque las salvaba de verbalizar experiencias para las cuales ellas todavía no tenían palabras, o solamente tenían palabras abstractas, porque las asustaba tenerse que admitir, cada una y ante la otra, que ya había un abismo entre ellas? ¿O no fue más bien que ambas, en callado acuerdo, se rebelaban contra el hecho de haberse convertido demasiado pronto en adultas? Se comportaron en esa heladería de la calle San Martín, pasible de ser allanada en cualquier momento, no como dos mujeres de veinte y pocos años que han madurado precozmente, dice Cristina, sino como dos niñitas que quisieran más que nada jugar a las muñecas y se ocupan de un bebé solo porque justo no hay muñecas disponibles.

Isa Navarro y Mili Vernet escaparon de sus perseguidores por casualidad, con olfato para el momento correcto y después de una persecución salvaje que culminó a su favor a pesar de que se trasladaban en un 2CV. Por casualidad, porque Isa no estaba en su oficina la mañana del 7 de junio de 1976, cuando unos hombres preguntaron por ella. Con olfato porque ella llamó inmediatamente a Mili al banco y porque Mili, sin perder tiempo, salió del edificio por la puerta trasera mientras el comando a él destinado lo acechaba en el vestíbulo de la sala de ventanillas. La persecución la lograron inclinar a su favor porque el otro vehículo no arrancó de primera y ellos ganaron así doscientos metros de ventaja. Una vez que dejaron atrás a sus perseguidores, abandonaron el auto y siguieron a pie. Diecinueve días estuvieron ocultos en el apartamento de un matrimonio joven, al vigésimo compraron dos boletos de ferrocarril a Buenos Aires, pero evitaron la estación, por el contrario estuvieron hasta la hora de llegada del tren dando vueltas por una plaza en las inmediaciones. Recién cuando el tren se disponía a seguir viaje corrieron al andén, subieron de un salto al último vagón y se sentaron en un compartimento vacío.

En Buenos Aires Mili tuvo un encuentro con un enlace de

Montoneros que quería integrarlo inmediatamente a la organización. Pero a él lo espantó la ligereza con la que buscaban la confrontación con las Fuerzas Armadas sin considerar las bajas, una empresa suicida a la cual él, cree Milli, pese a todo se habría sumado si no hubiese estado Isa. Ella lo detuvo, no en tanto que se opuso, sino porque él se sentía responsable por ella. Por lo que cortó todos los vínculos con Montoneros.

No importa qué decisión tomés, siempre es la decisión equivocada. Fuera de la organización estás desprotegido. Si te quedás dentro, vas con ellos por el camino errado. Cuando mi decisión estuvo tomada, yo sentí que los abandonaba. No sé qué sintieron ellos. No sé qué habría sentido Gisela.

Isa dice que ella recién retrospectivamente fue de veras consciente de la gravedad de la situación. De haberla captado ya entonces, seguramente no hubiese quedado embarazada.

Su primer hijo, Martín, nació en 1977. Él les salvó la vida por lo menos en dos ocasiones, en razzias en el colectivo y en un restaurante, en las que, gracias a la personalidad risueña y sociable del bebé, ellos no tuvieron que mostrar documentos. El segundo hijo llegó al mundo tres años más tarde.

Entre los dos tratamos de convencernos de que, si era una niña, nuestra amiga todavía estaría viva. Fue una niña. La llamamos Gisela.

Mucho tiempo no le contaron a su hija cómo le había llegado ese nombre poco común. Querían que creciera en lo posible libre de preocupaciones, sin el peso de una esperanza frustrada. Casualidad o no, también esta Gisela se consagró de joven a la natación, y es radical en sus exigencias políticas, estricta consigo misma e insobornable al juzgar a otros.

¿Habría soportado Gisi el exilio interior? Te obligaba a ser insincero. Isa y Cristina, Mili y Alejandro jamás pudieron responder con franqueza a la pregunta de por qué habían cambiado Mendoza, esa joya de jardinería, vinicultura y naturaleza andina, por la capital federal, desasosegada y de clima tan insalubre. Por qué nunca regresaban allá a visitar parientes o a pasar las vacaciones en las montañas. Dónde se habían conocido. Por qué motivos habían abandonado sus estudios universitarios. Siempre corrían peligro de enredarse en su propia red de mentiras. También por ese motivo llevaron una vida retraída, tardaron en estrechar amistades, prefirieron aferrarse uno al otro, ellos y otras ocho parejas de Mendoza, exiliados en su propio país, solamente un día a la semana libres de aparentar: los domingos, que pasaban juntos.

Nacho Mamani fue el que aguantó más tiempo en Mendoza. Después que los nuevos dueños del poder lo sacaron de la Oficina de Vialidad provincial, se empleó un tiempo en la construcción del nuevo

estadio, donde dos años más tarde se disputarían los partidos pre finales del campeonato mundial de fútbol. Aunque había dejado la actividad sindical, el círculo en su torno se hizo cada vez más estrecho. En noviembre se llevaron a su hermano, el próximo sería él. A comienzos de diciembre del 76, huyó a Buenos Aires.

Te llevo, le dijo a Gisi.

No sin Alfredo, respondió ella.

El 6 de marzo de ese mismo año, cuando ya estaba decidido que los enviarían a San Juan, Gisi y Alfredo habían celebrado en secreto una boda simbólica. Cosa nada infrecuente entre montoneros, cuyos orígenes tenían un cuño fuertemente católico, en cuyas filas había algunos sacerdotes, y quienes, debido a que los perseguidos no podían presentarse a un Registro civil ni a una iglesia para contraer matrimonio, se daban, en sitios ocultos y solo ante los compañeros de lucha más cercanos, la promesa de que, en las buenas y en las malas, habrían de amarse y ser fieles en su amor. Nada sublime, su promesa era también un motivo para reunir una vez más a los mejores amigos, una comida de despedida: pan y mortadela y unas botellas de vino. Mili e Isa, Alejandro y Cristina, José Galamba y su esposa Alicia, y, por supuesto, los novios.

Por ahí todos empezamos a llorar, dice Isa.

Porque sabíamos que iba a ser muy difícil, dice Mili. Alfredo pronunció un discurso. Dijo: Sabemos lo que nos espera, no volveremos a estar juntos todos los que hoy estamos reunidos. Alfredo de por sí habló mucho esa noche. Gisela no. Estaba muy seria. Se notaba que tenía miedo.

Yo confiaba en que ella habría de sobrevivir, dice Isa. Porque siempre era tan organizada para todo.

25

Heidi estaba en casa de sus padres, con Paola que estaba en el moisés al lado del teléfono, que sonó, ante lo cual Heidi levantó el tubo y una voz, que ella no reconoció enseguida si bien era la de su hermana, le dijo:

Colorada, se llevaron al Alfredo.

No, en realidad no dijo ningún nombre, sino dijo solamente: Se lo llevaron al Negro, y el Negro era, pues, Alfredo.

Y colgó. Heidi fue a la cocina y le dijo a su madre acaban de llamar, creo que fue Gisi, que dijo esto y esto. Recién al repetir la frase que acababa de oír, comprendió su significado, y volvió corriendo al teléfono para llamar a Óscar, que fuese a recogerla inmediatamente. Quería largarse, a su casa con su hija, no quería saber nada del asunto. También sus padres se marcharían, con Mónica, y quién sabe cuánto tiempo estarían fuera. No se sabía qué le sacarían a Alfredo a los golpes.

El 27 de octubre de 1976, cerca del mediodía o después del almuerzo.

La segunda versión es más breve. Que Helga levantó el tubo del teléfono. Que Gisi le dijo: El Alfredo tuvo un accidente, mañana voy para Mendoza, y que ella se asustó pero no dejó que se le notara, sino que respondió con voz serena: Esperanos, nosotros vamos a recogerte.

Al día siguiente Helga y Willi no viajaron a San Juan en auto, sino en tren. Quizá porque el auto estaba en el taller, o porque Gisi se lo pidió así, podría hacerse tarde y viajar por el campo de noche era peligroso.

Alfredo fue capturado cuando asistió a una cita, uno de los muchos encuentros acordados cuya casi única finalidad era controlar quién seguía estando en libertad y quién había ya desaparecido.

La verdad es que tendría que haberme tocado a mí, informó Gisi a sus padres. Él le dijo dejame que voy yo, yo conozco a este chico, está pasando pésimo desde que se llevaron a su novia, por ahí logro darle un poco de ánimo. Así que fue él. Pero la cita estaba cantada.

Cuando dos horas más tarde Alfredo seguía sin aparecer, Gisi se apresuró a dejar la casa. En camino llamó por teléfono a los otros, los

previno, les pasó instrucciones en clave. Encontró en algún lugar cobijo por esa noche. Al día siguiente esperó a sus padres en una confitería.

En Mendoza se quedó poco tiempo, solamente tres o cuatro noches, que tenía que regresar a San Juan, dijo, quizá para reorganizar el grupo o para disolverlo, distribuir a los sobrevivientes en otras células. También había una cita con la que quería cumplir a toda costa. Se tomó el micro de la mañana temprano, horas después avisó a sus padres que se regresaba, el contacto no se presentó, o sea, lo agarraron, había podido ver a algunos otros compañeros, entre ellos a José Galamba y a Ana María Moral, quien se les había escapado a los militares, ellos le dispararon mientras huía pero solo le hicieron una pequeña herida en la pierna.

¿Y Alfredo? Ante sus padres, las autoridades negaron que él estuviese en poder de las fuerzas de seguridad. Con el tiempo su madre supo que durante una semana había sido torturado en una comisaría de San Juan, luego transferido a Mendoza, presumiblemente a los sótanos de la sede central de la policía en la calle Belgrano esquina Pedro Molina, donde funcionaba el centro clandestino de detención D2. Alguien lo vio en el aeródromo. Es posible que desde allí lo hayan trasladado más lejos, afuera, al Atlántico Sur, o a un campo de concentración en Buenos Aires, o a Las Lajas, al anodino galpón rodeado de un muro desprolijo, a pocos kilómetros de la pista.

Él y Gisi habían contemplado la posibilidad de que le tocase a uno de los dos. En ese caso la otra o el otro debía sentirse libre de recomponer su vida. De ser necesario, desprenderse de la recordada dicha, del compartido optimismo, entregarse sin mala conciencia a otra persona. Esto se dice tan fácilmente. Quién sabe si Alfredo habría estado en condiciones de hacerlo. Y Gisi. Su precaria situación no le permitiría rehacer su vida personal. Todo seguía. Lo que no quita que ella hiciese planes de futuro, que hubiese comenzado a instalarse en una existencia sin él. En los meses previos a su desaparición, cuando nuevamente estaba en Mendoza, dijo a sus padres en una oportunidad: Cuando se acabe todo esto voy a terminar la carrera. Después hago mi doctorado en Química. O, durante un paseo con ellos en las afueras, al pasar cerca de una plaza de deportes: Jugar al tenis, eso me gustaría aprender.

En agosto Gisi se había desmayado en San Juan, en la vía pública. Había perdido de pronto mucha sangre. Un aborto espontáneo, en el segundo mes. Alfredo avisó a Helga, ella salió para allá enseguida. No había peligro, su hija era de constitución robusta.

Ustedes estarán contentos de que la cosa saliera así.

Qué tontería, por supuesto te habríamos apoyado. Pero un hijo en estas circunstancias.

Por qué deberían tener hijos solo los hijos de puta, dijo Gisi.

Habría nacido en marzo, dice Helga. En tal caso habríamos perdido, además de a nuestra hija, también a nuestro nieto.

Ya el 28 de octubre, cuando recogieron a Gisi de San Juan, Willi pasó con ella la mitad de la noche a la busca de un alojamiento. Él, al volante; ella, en el baúl del auto. Todos a quienes les preguntó declinaron.

Lo sentimos, Guillermo.

Doctor, los apreciamos mucho a usted y a su hija, pero póngase en nuestra situación.

La quinta o sexta dirección fue la de la familia Cruz. Una amiga de Gisi del club de natación, Mary, todavía vivía en la casa, Willi y Helga habían hecho además amistad con su hermano mayor, Pancho. La madre, una viuda tan conservadora como acaudalada, ni lo dejó terminar a Willi.

Que entre. Y que se quede acá todo el tiempo que ella considere necesario.

Cuando regresó definitivamente de San Juan, no quiso ser una carga aún mayor para sus padres.

Ya me encontraré algo. Dejen que de esto me ocupe yo sola.

Miguel Mancuso dice que fue un día a fines de octubre o a comienzos de noviembre, como a las siete de la tarde, que tocaron el timbre de su casa. Fue a abrir y allí estaba Gisela, sola, con los cabellos muy negros, lindo contraste con su cara blanca, vestida muy discretamente, como una señora mayor, falda hasta las rodillas, chaqueta amplia, y él no pudo hacer otra cosa que abrazarla, se dieron un abrazo impresionante, todavía él la alzó y le dio una vuelta en el aire, luego la puso con cuidado en el suelo y la condujo rápido al interior de la casa.

Su exaltación también se debía a que él había creído que ella estaba muerta, había circulado el rumor de que habían baleado a Gisela en una plaza en alguna parte de San Juan. A los padres de ella no quiso preguntarles, por no comprometerlos.

En la casa vivían cuatro: Stella y él, el ceramista Fausto Marañón y su mujer, y estaban todos salpicados de pintura, porque ese día habían pintado las paredes. Los otros dos moradores también conocían de antes a Gisela, quien se veía muy cansada y no habló mucho. Ella le preguntó a él si no le daría su documento de identidad, que necesitaba aparentemente para otra persona, lo que para él no era problema alguno porque él siempre perdía o traspapelaba sus documentos de identidad, y él le preguntó a ella qué pasaba con Alfredo. Cree recordar que ella respondió que a Alfredo lo habían matado. Conversaron un poco mientras cenaron juntos, los cuatro contaron de

su intención de buscar trabajo en Brasil, en cuanto hubiesen reunido el dinero suficiente querían seguir a Francia. Miguel notó que a la visita se le cerraban los ojos, él y Fausto trajeron un colchón de la baulera, Stella extendió unas sábanas y Gisela cayó redonda y se durmió al instante.

Se notaba, dice Miguel, que ella estaba en un largo viaje.

A la mañana siguiente se despidió.

¡Quedate, descansá un par de días!, dijo él.

No puedo, dijo ella, me están buscando, este lugar no es suficientemente seguro, conozco otras casas donde les costaría más llegar.

¿Qué pasa con tus viejos? ¿Querés que les diga algo?

No, no te acerques.

Esas fueron las últimas palabras que le oí. En sus ojos podía leerse que todavía no estaba derrotada. Que en ella ardía un fuego, el afán de seguir.

26

Ese mismo día debe de haber recalado todavía en casa de Liliana Vargas, todo así lo indica salvo el color de su pelo; estaba rubia cuando vino a mi casa, dice Liliana, se tiñó el cabello recién más tarde, esto lo confirma Elba Maure, quien en ese período se encontró varias veces con sus amigas.

También Liliana fue a mirar cuando tocaron a la puerta, y se alegró muchísimo de volver a ver a Gisi. Estuvieron un rato hablando en la vereda, delante de la casa en el Barrio San José, donde Liliana vivía con su madre y tres hermanas solteras, y Gisi le dijo que necesitaba urgente un lugar donde quedarse. Que había intentado alojarse donde su hermana mayor y su cuñado la había echado. Que había ido entonces a casa de un antiguo compañero de estudios (no dijo quién), y ahora a su casa, donde Liliana.

No me mintió ni un segundo. Nada de cuentos como que estaba de paso. Incluso dijo que lo entendería si yo le dijera que no, porque ella nos ponía en peligro no solo a mí, sino a toda la familia. Pero yo no tuve que pensarlo. A mis hermanas les dije que Gisi iba a vivir en forma transitoria con nosotras, porque sus padres, como médicos muy ocupados, casi no estaban en casa, y aquí ella al menos tendría compañía. Una fundamentación no muy convincente, y probablemente sospecharan algo raro cuando unas semanas más tarde Gisi se tiñó el pelo de negro, estás loca, nosotras estaríamos felices si tuviésemos tus rulos rubios, pero salvo eso nunca dijeron nada.

Liliana alojó a Gisi en su habitación, cuyas ventanas daban a la calle. Ella en esa época no tenía trabajo, así que las dos pasaban mucho tiempo juntas. A diferencia de ella, que dormía hasta media mañana, Gisi se levantaba temprano, cuando Liliana se despertaba ella hacía rato que leía en un libro, un mamotreto sobre economía, y todas las mañanas estudiaba los diarios, mirá, acá dice que murieron tres sediciosos en un enfrentamiento, eran gente nuestra y no fue ningún enfrentamiento, les dispararon por la espalda. Generalmente Gisi salía de la casa cerca del mediodía o después del almuerzo y después de tres, como mucho después de cinco, horas estaba de regreso, en cualquier caso antes de que oscureciera.

Durante el día y también en la noche, mientras no dormían, Gisi escuchaba atenta cada ruido que venía de fuera. No estaba mal que la habitación diese al frente, eso le daba tiempo de advertir un asalto enseguida y quizá habría podido huir por el fondo y por los techos; las casas estaban construidas una pegada a la otra, y Gisi tenía un buen estado físico, había sido la mejor en carrera, salto largo, salto alto; trepaba como un gato, para ella una pared no era un obstáculo. Además tenía consigo una granada de mano, cree Liliana. Si bien Gisi jamás se la mostró y Liliana nunca revolvió en su bolso. Pero algo debe haber dicho su amiga, de lo contrario ella no lo mencionaría ahora. También supone que Gisi se habría matado antes que entregarse. Antes muertas que caerles en las manos, se habían jurado las dos.

Cierta vez Liliana quiso llevarla a una fiesta familiar, una sobrina suya cumplía quince años, pero Gisi declinó porque su presencia solo los pondría a todos en peligro, por otra parte para ir debía ponerse un vestido y zapatos de taco, y así vestida no habría llegado lejos en caso de una emergencia. Pero sí aceptó gustosa las veces que la invitaron a salir unas horas a dar una vuelta por las afueras de la ciudad, en días calurosos, en el destartalado R4 de César, el novio de Liliana, a quien Gisi conocía de antes, porque él había sido compañero de ellas en la secundaria. Caminar junto al río, bañarse, jugar a la pelota, tenderse en la hierba. En realidad fue como había sido antes, en las vacaciones largas de antes, ese largo verano con su Navidad y Fin de Año que las amigas pasaron juntas. Nunca se pelearon. Ni siquiera se dieron esas pequeñas irritaciones, corrientes cuando dos personas comparten habitación mucho tiempo y una de ellas está solo de visita.

Pero algo fue distinto, dice Liliana. Gisi había cambiado. Estaba muy metida en una cosa, concentrada en su causa. Le importaba eso y nada más. Liliana intentó un par de veces convencerla de que se marchara al extranjero, seguramente a tus padres se les ocurra algo, yo hablo con ellos, le decía, lo que no habría sido nada difícil, porque Guillermo era el médico de la familia y Helga era su ginecóloga, y de todos modos ella ya cumplía servicios de mensajera entre padres e hija, pero Gisi respondía siempre lo mismo: No, porque entonces nuestra lucha habría sido en vano.

No decía: nuestra lucha, sino: la lucha de Alfredo. «Entonces, la lucha de Alfredo habría sido en vano», textualmente.

No fue solo la lucha de él, fue una lucha colectiva, y vos sos una en ese colectivo que también tiene que pensar en sí misma. Que incluso tiene el deber de pensar en sí misma. Salvar la vida.

Pero Gisi no quería tratar ese tema.

Un día de febrero dijo tengo que irme a otro lado.

¿Por qué?, dijo Liliana. Acá estás a salvo, nadie va a encontrarte en

nuestra casa.

Es mejor así.

Liliana presintió y supo, también Gisi presintió, que se despedían por mucho tiempo. Quedó mirando a su amiga que se alejaba, erguida y valiente, el bolso al hombro y las manos vacías.

27

¿Te acuerdas de José Galamba? Era hijo de inmigrantes checos que se deslomaron hasta estar demasiado cansados incluso para el modesto buen pasar logrado, y creció en General Alvear, una ciudad pequeña y polvorienta en el sur de la provincia. En Mendoza, en la universidad, se enamoró de Alicia, cuyo padre era oficial o suboficial de la Reserva. Ella correspondió a su amor, el amor de un joven que pasaba callado horas y veladas enteras, tomaba mate y no decía una palabra. Se casaron y les nació una hija, a la que llamaron Natalia, y un hijo de nombre Mauricio. Antes, o en el medio, José abandonó los estudios y comenzó a distribuir muebles de fábrica a distintas tiendas de decoración de Mendoza, San Juan y San Luis. Una empresa lucrativa, pudieron alquilar una casa que era lo suficientemente grande como para alojar además, en forma permanente, a dos montoneros. Natalia tenía dieciocho, Mauricio siete meses de edad cuando un comando especial allanó la casa y se los llevó junto con su madre. Por un pelo los hombres no capturaron también a José, él estaba en camino, a cincuenta metros de la casa, entonces los vio, dio la vuelta, se ocultó en una acequia que estaba seca, huyó al día siguiente a San Juan. Gracias a los contactos de su padre con antiguos compañeros de armas, no mataron a Alicia, sino que la metieron en una cárcel. Sus padres pudieron llevarse a la niña, Mauricio permaneció provisoriamente junto a su madre, en una celda con prostitutas.

Medio año después de la detención de Alicia, en la Navidad de 1976, José escribió a sus hijos una carta de treinta y ocho páginas, en la que «con la caricia más dulce que un padre puede hacer, con el más tierno de los besos» les aseguraba que jamás los había olvidado y jamás los olvidaría, y que cuanto había hecho y haría había sido por la felicidad de ellos, la cual no puede separarse de la felicidad general. Describió las precondiciones de esta, atormentado porque ellos eran aún demasiado pequeños para las razones de él, confiado en que un día habrían de comprenderlo. Se valió de los conceptos igualdad, justicia, libertad. (Un hombre rico, un hombre pobre; dinero que genera dinero, fatiga que arrastra tras de sí cada vez más fatiga; viajes en avión, hambre; fiestas infantiles, ser trapero.) Además, palabras como monopolio, religión, explotación, exterminio, socialismo,

pueblo. Les confió su amor por su mamá. Había caído nieve la primera vez que se dieron un beso, copos gruesos, pesados, y él le puso a Alicia su chaqueta por los hombros. Que todo lo habían hecho después de conversarlo y de común acuerdo. Que casi se le rompió el corazón, en su impotencia, cuando aquel comando cayó sobre ellos y su madre. Les pedía que comprendieran que él se hubiese alejado corriendo, que no se hubiese entregado porque de nada habría servido, porque haciéndolo él no hubiese podido salvarlos. Después nuevamente la palabra amor, por primera vez la palabra esperanza. Esperanza en un reencuentro, en muchos besos, en una vida de a cuatro. Pero ya antes, por la mitad, había escrito José, no descartar que él ya no esté cuando ellos lean esas líneas, «porque soy parte de las contradicciones sociales y lucho por superarlas».

La carta llegó tras muchas vueltas a manos de los padres de José, quienes, en un bidón y envuelta en hule, la enterraron en el fondo de su casa. Dos años más tarde excarcelaron a Alicia, una semana después la detuvieron de nuevo. En 1980 salió libre definitivamente y llevó a sus hijos a vivir consigo. Durante mucho tiempo nada supieron de la carta. Recién después que los padres murieron, los hermanos de José se atrevieron a desenterrarla. Se la entregaron a los hijos de José, quienes, a la distancia de un cuarto de siglo, contemplaron el legado con escepticismo y con emoción. Natalia y Mauricio a su vez tienen hijos, que son mucho mayores que ellos entonces, hijos muy hermosos, como dice Mili, jóvenes no solamente lindos, sino almas buenas, y con Mauricio, dicho sea de paso, se puede guardar silencio tan bien como con su padre.

José fue el que aguantó más tiempo en San Juan. Un día de marzo de 1977 tocó el timbre en casa de Helga y Willi (en la calle Juan Jufré, y fue pura casualidad que los encontrara allí, porque ellos el primero de abril se mudaron a la calle Coronel Díaz, a una casa vieja que habían estado refaccionando durante tres meses), se había venido caminando desde allá, atravesando campos, por caminos de arena, y ahora lo tenían enfrente, agotado, empapado en sudor y con un saco de granadas de mano a la espalda. Esa misma noche o al día siguiente lo condujiste al pequeño apartamento en Godoy Cruz, o lo condujo Ana María Moral.

Ana María, sobre quien descubrí pocas cosas: el apodo, el último nombre falso, la disciplina especial como nadadora, la edad (25), la asignatura en la universidad (Estudios Literarios), el nombre de su novio (Luis Moyano), a quien cuatro o cinco policías mataron a golpes en diciembre de 1976 en San Juan. Ana María esperaba un hijo de él, sufrió en enero un aborto involuntario y luego de eso Helga la atendió y cuidó, también Willi la atendió una vez. Ambos la invitaban cada vez que paseaban contigo y con Mónica hasta las afueras de la ciudad.

Un par de veces participó de la excursión; después, ya no. El final, en la iglesia, en una celda o en una especie de galpón. Su cuerpo fue soterrado en un cementerio, a escondidas, pero los padres se enteraron de cómo murió y dónde yacen sus restos. Allí está su tumba. Y su nombre.

Quedas tú, queda el hablar y el callar sobre ti. El deseo de mantenerte con vida y la necesidad de poder enterrarte.

¿Qué más sé que tú no sepas?

El recuerdo que Mónica guarda de vuestro último encuentro. En las instalaciones de un camping, al borde de la piscina. Los cabellos oscuros, el ceño fruncido. El cuerpo desolado como una veleta. Los pies desnudos, agrietados.

¿Pero por qué?

Porque tengo que caminar mucho.

Mónica de un lado de la piscina, tú enfrente. Tu semblante, tu figura, tu tristeza. Lo que más la trastorna: ¿por qué no tuviste instinto de supervivencia? Tiene que haber sido depresión o fanatismo, dirá.

Y del penúltimo: habéis estado caminando largo rato sin rumbo, codo a codo. Pero tú ya no le transmitías nada. Nada personal, nada que le concerniese a ella sola. Ahí ya llevabas el soldado dentro, dice. Peor, te habías convertido en uno. No eras más Gisela Tenenbaum.

Tampoco aquella vez en que Helga tenía tanto miedo que se le escapó, como una exhalación: ¿Qué hago con vos, Gisi? ¿Hago un pozo y te meto dentro de la tierra, muy profundo donde no te encuentren?

Tú te reíste.

No fue una risa cínica, ni desganada. Más bien una risa de amable incomprensión, como si no entendieras lo que Helga quería decir.

¿De qué está hablando?

Esta es la pregunta que Mónica se sigue haciendo: por qué seguiste cuando ya todo estaba perdido. Cuando Alfredo estaba desaparecido, cuando ya no tenías más responsabilidad sobre otros. ¿Porque en la normalidad no hubieses podido reconocerte? ¿Porque pensaste que no tenías nada más que perder? Sin embargo, perdiste a tu familia. Y tu familia a ti: tu ausencia los arrojó al silencio. Mónica guardó silencio porque vuestro padre guardó silencio y ella no quería hacerle daño, y porque ella no hubiese sido capaz de hablar de ti como de una muerta. Helga fue la única que no se entregó. Se puso un pañuelo blanco en la cabeza y salió a manifestar a la calle por tu vida. Mónica, no; temía que alguien pudiera decirle que habías sido asesinada. Su hermana Gisela, a quien tenía por invencible, por todopoderosa. La que iba a liberar a los pobres de la pobreza, a cambiar el rumbo de los gobiernos, a enseñar a los hombres los derechos humanos. En una

etapa posterior te le aparecías como un monstruo, dice. Te veía desfigurada, como probablemente te desfiguraron, los brazos hechos muñones, con un solo ojo, el pecho en jirones. Después hubo otra época más, en la que le daba pánico estar sola en la casa, porque constantemente creía escucharte. Voces, pasos, el chirriar de la puerta que abres y cierras. También tuvo miedo de ser rechazada, debido a ti, por la familia de su novio. ¡La hermana de una sediciosa, que quién sabe qué cosas habrá hecho! Pero, sobre todo, ella no estaba en condiciones de hablar de ti en tiempo pretérito.

Eso ya pasó. Está más tranquila. Trata de convencerse de que no regresarás. Hasta ser tan fuerte como Heidi, a quien perturbó el hecho de que casi nadie volviera a hablarle de ti. Mabel, por ejemplo, amiga de ella y también tuya desde cuando jugaban juntas de niñas, no preguntó una sola vez por ti. Tampoco la familia de Óscar. Años después, Óscar le dijo que le preguntaban a él por ti, a espaldas de Heidi, porque no querían lastimar a tu hermana. ¡Lindo sentido del tacto, dejarlo a uno solo en la tristeza y la miseria!

Quizá ella tuviera los amigos equivocados. Liliana, por ejemplo, preguntaba a tus padres en cada oportunidad si ellos sabían algo de ti, si había alguna pista. Encuentra que Helga y Guillermo envejecieron de golpe diez, quince años. Nunca dio nada por los rumores de que te habían visto acá y acullá. Si hubiesen sido ciertos, dice, si hubieses sobrevivido, entonces también habrías sabido dar con ella.

O con Miguel, que llegó solamente hasta Brasil con su mujer y la otra pareja. Allá no obtuvieron el permiso de residencia, y para seguir viaje hasta Francia no alcanzó el dinero, por lo que después de siete u ocho meses abandonaron el plan. Recién a su regreso escuchó Miguel que estabas desaparecida. Tuvo la esperanza de que ese rumor fuese tan inconsistente como el otro, el de antes, de que habías sido baleada en San Juan. Recordaba tu indicación de que no se acercase a tus padres. Ahora se sintió libre de hacerlo. Willi le dijo que el rumor, por desgracia, era cierto. Pasaron años. Miguel ascendió a director de control de calidad, luego a director técnico de una fábrica de cemento. Una vez, en un vuelo de Mendoza a Buenos Aires, se encontró con Willi. Le preguntó si habían encontrado algo. Tu padre negó con la cabeza.

Miguel opina que lo peor es no poder siquiera llevarte una flor. Porque no se sabe adónde. Él tiene la esperanza de que alguna vez habrá justicia, justicia como certeza: respecto a dónde has quedado, aquello que ha quedado de ti. Hallarlo es la mayor añoranza de tus padres, dice Paola, quien sigue atesorando tu regalo, el osito de peluche rojo.

Encontrar un hueso tuyo, enterrarlo, enterrar con él el dolor, esparcir flores para ti. Entonces ellos podrían, pero por favor no en



breve, por favor no demasiado pronto, morirse en paz.

28

Hace poco Helga se hacía reproches. Si yo a Gisi la hubiera, si tan solo hubiéramos. A lo cual Paola dijo: Gisela vivió como quiso vivir. Hizo lo que consideró correcto, y nadie habría podido disuadirla de que lo hiciera. Eligió su camino por su propia voluntad y a sabiendas del riesgo. Nadie la presionó a nada. Ella no se rindió.

Ese fue su camino, me digo una y otra vez. No es, sin embargo, un consuelo.